



Amparo Poch y Gascón

A LA ANARQUÍA POR EL OPTIMISMO

Artículos en la prensa libertaria

Amparo Poch y Gascón

A LA ANARQUÍA POR EL OPTIMISMO

Artículos en la prensa libertaria (1932-1964)



1ª edición: 8 de marzo de 2022 por [Anarquismo en PDF](#)

Edición conmemorativa del 8M

AGRADECIMIENTOS: A LAS COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS DE LA [FUNDACIÓN ANSELMO LORENZO](#) Y DEL [ATENEU ENCYCLOPÈDIC POPULAR](#). A [CONCEPCIÓN GÓMEZ CADENAS](#), QUE NOS FACILITÓ COPIAS DE SU ARCHIVO PERSONAL Y SU APOYO INCONDICIONAL. A [ANTONINA RODRIGO](#), QUE RESCATÓ A [AMPARO POCH](#) DEL AGUJERO DE LA HISTORIA Y LA DEVOLVIÓ AL PRESENTE PARA REGOCIJO DEL FUTURO. A [SERGIO GIMÉNEZ](#), QUE NOS ANIMÓ Y AYUDÓ A LLEVAR A CABO EL PROYECTO. A [THIAGO LEMOS](#), APOYANDO SIEMPRE CUALQUIER PROYECTO RELACIONADO CON [MUJERES LIBRES](#). A TODAS LAS ANARQUISTAS PASADAS, PRESENTES Y FUTURAS.

ÍNDICE

<i>Panorama sexual</i> _____	5
<i>El hombre ante la vida</i> _____	10
<i>La guerra y la degeneración de la especie</i> _____	14
<i>La cuestión del derecho a la vida</i> _____	19
<i>Nuevo concepto de pureza</i> _____	24
<i>Intoxicaciones y enfermedades producidas por el trabajo</i> _____	28
Presentación _____	28
Introducción _____	29
El plomo _____	31
El mercurio _____	36
<i>Tres temas vitales</i> _____	39
<i>A la anarquía por el optimismo</i> _____	43
<i>Frente al gesto bélico</i> _____	47
<i>Papel del valor en la moral libertaria</i> _____	50
<i>La mortalidad infantil</i> _____	53
<i>La autoridad en el amor y en la sociedad</i> _____	60
<i>La convivencia, antídoto del amor</i> _____	63
<i>Morbilidad y mortalidad maternas</i> _____	67
<i>La tuberculosis, enfermedad social</i> _____	72
<i>Consultorio de puericultura</i> _____	79
<i>La sífilis enemiga de la belleza</i> _____	83
<i>Un veneno: el alcohol</i> _____	87

<i>Sanatorio de optimismo</i>	90
Apertura y marcha triunfal	90
Un cliente: el celoso	93
Terrible fracaso	96
Controlados e intervenidos	99
Fiestecitas superevangélicas	100
¡Ooooooh! Ginebra	101
Un viaje de placer	104
La raza esforzada del «aval»	107
<i>El recién nacido</i>	110
<i>El niño sano</i>	117
<i>Elogio del amor libre</i>	123
<i>Aceptamos la tarea de la hora</i>	131
<i>Todos juntos</i>	132
<i>Imperialismo y guerra</i>	134
En el principio era Inglaterra	134
La nación contra el mundo	137
<i>La mujer ante la libertad</i>	140
<i>El profundo sentido de la frontera</i>	143
<i>La conquista de la libertad</i>	146
<i>Insulto a la belleza</i>	149
<i>El dominio de la leyenda y la cuestión sexual</i>	153
<i>La determinación del sexo</i>	156
<i>Valor del principio individualista</i>	162
<i>La vida y los libros</i>	166

PANORAMA SEXUAL¹

La civilización, bajo un régimen en que el dinero es poder y el afán de lucro un poderoso móvil de acción, ha desfigurado, mutilado y corrompido la naturaleza del hombre.

Por una parte, ya desde niños, en cuanto las influencias sociales pueden llegar al pequeño ser, sobreviene una ciega coerción, brusca y brutal, de múltiples tendencias, en bloque, lo mismo buenas que malas. Inhibición que causa los primeros y a veces graves conflictos morales capaces de repercutir durante toda la vida.

El contacto social hace eso lo primero de todo: reprimir, rechazar, amontonar obstáculos al curso natural de las tendencias humanas que se han calificado de inconvenientes.

El pensamiento ajeno entra en el individual con el nombre de censura, conciencia, justicia y otros simbólicos en las religiones. El individuo tiene que pelear a ciegas con sus apetitos profundamente fijados por herencia.

Pero este mismo régimen social que se opone a la obra del instinto, sembrando neurosis, hipocresía, timidez, caracteres amorfos, borrosos y huraños, excita y cultiva por otro lado los apetitos cuya exaltación envilecida y explotada puede lucrar al capitalista. Así, con manejo criminal, desgarrar lo que debió estar profundamente unido: el apetito de su fin; se ríe del instinto, lo desconoce cuando lo ha

¹ Orto, n.º 5, julio de 1932. Reproducido en *El Sindicalista* en el número del 10 de marzo de 1937.

desfigurado por impedirle evolucionar normalmente, o cuando le conviene negarlo con gatzmoñería hipócrita en nombre de una religión y una moral de trampa.

El hombre normal siente una profunda necesidad de amor normal. Cuando esta necesidad se satisface plenamente, el instinto satisfecho y en plenitud, la vital tendencia cumplida, no tienen algaradas espectaculares, pasan silenciosos, aunque imprimiendo poderosa huella en el carácter del individuo. Sólo cuando la necesidad persiste sin cubrir, las agitaciones que se producen, las alteraciones de la salud moral o física revelan el poder del instinto en el hombre.

Cuando el hombre no satisface, por lo que sea, su natural necesidad de amor, cuando sus tendencias afectivas padecen en este sentido, otras surgen poderosas, como por compensación, y aparecen los grandes ambiciosos de dinero, de gloria, de honores. O por otro rudo padecimiento afectivo, en alma precozmente vibrante, de intensa radiación emotiva, la historia de los hombres, que, conocedores durante su infancia de la miseria familiar, encierran luego en un odio vengativo a la sociedad entera, laborando por el advenimiento de otro régimen en que no quepan tamañas injusticias. Tal ha sido Rizal, y así han sido otros famosos líderes.

Las condiciones actuales de la existencia violentan y desvían la marcha natural de las cosas humanas. El hombre en estado salvaje busca compañera en cuanto alcanza la pubertad, siguiendo las normas que la Naturaleza le insinúa por medio del instinto. El hombre civilizado encuentra múltiples razones seriamente económicas o de otra categoría para retrasar una y otra vez la perfecta unión amorosa, si es que llega a realizarla alguna vez, ya que ella es mucho más que un apareamiento corriente. Muchos mueren sin haber gustado las altruistas mieles de la ternura, sin haber alcanzado la plena evolución instintiva, a pesar de haber realizado múltiples contactos sexuales.

Ocurre así por muchas razones. Una de ellas, porque ya el amor normal y perfecto desde el punto de vista psicofisiológico no es frecuente, pues su evolución es alterada, entorpecida, cuando no impedida por completo. La filogenia del amor normal nos lo muestra con hermosas irradiaciones en todas las actividades del individuo; los sentimientos de simpatía, de deber, la altruización instintiva en plena «emoción amorosa». Sentimientos que en el hombre aparecen ahora ya, extendidos más allá de la familia, socializándose, perfectamente separados del impulso puramente erótico, pero cuya unión es necesaria para constituir el perfecto amor.

Por eso un «platonismo», por muy entusiasta que sea, no alcanzará la categoría amorosa, como no la tiene un mero ayuntamiento carnal, realizado sólo por placer propio, lo que a lo sumo revela un instinto detenido en su evolución, algo más adelantado que el autoerotismo de los primeros años de la vida.

Ha degenerado el amor por el desmesurado cultivo del egoísmo. Cultivando vilmente el erotismo humano, el masculino sobre todo, excitándolo artificialmente, manteniéndole en la vibración constante y necesaria para lucrar a quienes explotan este excesivo entrenamiento.

Se acumula capital hasta con lo más profundamente grabado en la misma sustancia del individuo...

No importa el número ni la calidad de los sacrificados. Para satisfacer la corrupción se ha reclutado un ejército de mujeres, sabiamente adiestradas en todas las ficciones, capaces de sobreexcitar el apetito normal y llevarlo a los dominios de la patología. Ellas realizan las uniones que, por pagadas, no pueden ser morales. Ellas están al margen de la sociedad que finge asustarse de su presencia cuando sabe que las ha creado a su imagen semejanza.

Semejante cultivo extenuador y repugnante es favorecido por las artes decorativas, creadoras de muebles y decoraciones de belleza

enfermiza; un seudo arte y un aluvión de literatura seudocientífica casi siempre con el pretexto de mentirosa preocupación, ha contribuido a desarrollar una pornografía «académica» tan reveladora y perjudicial como el tosco espíritu pornográfico de los ignorantes.

Con ello se aumenta en grado repulsivo la jactancia sexual del hombre; se intensifican los contagios a pesar de las obligadas visitas a los Dispensarios y de la vulgarización de las medidas profilácticas; se consume alcohol, con uno u otro nombre; y como si esta degeneración moral y física no fuera bastante para hacer ver a cuantos arden en la hoguera de los «instintos sociales» el triste camino que la Humanidad sigue, la ignorancia viene a terminar la obra, realizándose la procreación a ciegas, sin pesar antes las circunstancias que van a rodear al nuevo ser, sin seleccionarse las conjugaciones, como si la reproducción humana interesara menos que la de cualquier ganadería.

El homosexualismo se consiente y se celebra. El anuncio de las reuniones de homosexuales se lee en grandes rotativos europeos... Se les deja estar, lo que seguramente es más cómodo que tratar a esos desgraciados, como anormales que son...

Como si se ignorase la pauta dada por Steinach,² Lichtenstern, Godale y otros biólogos, para la posible modificación de los invertidos.

Tal es el panorama cierto que ofrecen ahora estas importantísimas cuestiones. El tiempo viejo ha cerrado para ellas ojos oídos; así no verá ni podrá oír las víctimas, los dedos acusadores, los llantos y estremecimientos.

Pero otros tiempos viene a reconocer la transcendencia social de muchas cosas descuidadas o pervertidas. Tiempos nuevos que

² Eugen Steinach (1861-1944), fisiólogo austriaco, pionero de la endocrinología. En 1918, Steinach comenzó a trabajar con Robert Lichtenstern, un urólogo austriaco, en una investigación sobre la relación entre las hormonas y la homosexualidad.

encauzarán, con normas de pureza, los instintos hacia su objeto normal, y les permitirá su sana evolución. A ello se llega sólo por sendas austeras, sencillas, únicas capaces de liberarnos de tanto dolor a cuantos lo sentimos, a cuantos lo palpamos en la carne viva de los caídos.

Del esfuerzo de todos ha de salir el prestigio, la importancia social que las cosas merecen: tal la unión de dos seres, que no es sólo un acto físico, una sucesión de reflejos nerviosos, sino que ha de ser una colaboración consciente y seria en la obra instintiva humana; tal los sentimientos de simpatía que deben alcanzar a todos los hombres del mundo y socializarse más y más hasta abatir todos los límites.

EL HOMBRE ANTE LA VIDA³

Los prejuicios religiosos y la ignorancia, en gran parte debida a los imperfectos métodos de estudio, han sostenido, durante muchos siglos, la leyenda de una creación aislada para cada especie animal.

El evolucionismo ha sido duramente combatido, incluso por gente de buena fe y de gran inteligencia, pero incapaz de liberarse de los prejuicios introducidos por el Génesis. Un sabio tan noble y tan reconocido por todos, como Agassiz,⁴ bajo la presión de las leyendas bíblicas, admitió, sumido en confusiones, una creación especial para cada raza humana, al comprobar, entre ellas, diferencias mayores que las existentes entre algunos animales.

Otros, que no nacieron con vocación de mártires y que sabían lo que significaba replicar a la Iglesia con la verdad, se retractaron; aunque más tarde, en condiciones de ponerse a salvo de persecuciones, proclamaron a gritos el resultado de sus investigaciones laboriosas.

Los autorizados trabajos de Charles Darwin, los de Lamarck, los de Buchner y otros han conquistado en la ciencia moderna el lugar que merecen.

Las especies no están desligadas unas de otras; no han surgido de la nada sin ningún parentesco entre ellas. El estudio de la evolución embrionaria muestra el lazo parental entre animales cuyo estado adulto ofrece, a simple vista, grandes diferencias.

³ *Estudios*, n.º 121, septiembre de 1933.

⁴ Jean-Louis-Rodolphe Agassiz (1807-1873), naturalista suizo, reconocido principalmente por sus trabajos sobre las glaciaciones, pero también por oponerse a la teoría de la evolución de Darwin.

Desde Charles Darwin, la Biología se ha enriquecido con numerosos descubrimientos importantes y con sugestivas hipótesis, luego comprobadas.

Una de ellas es la ley biogenética, A la evolución de la especie se la llama *filogenia*; a la evolución del ser, desde la conjugación, *ontogenia*. La ley biogenética las relaciona, considerando la ontogenia como una reproducción abreviada de la filogenia. Los desacuerdos aparentes de esa ley con los hechos observados, han sido explicados satisfactoriamente por los sabios.

La biología progresa paralelamente con la Fisicoquímica. Esta última invade sucesivamente nuevos campos de los fenómenos vitales; regiones envueltas, no hace mucho tiempo, en oscuro misterio, alrededor de cuyo reducto se cabeceaba pesadamente, sin poder hacer otra cosa.

Sucesivamente han ido saliendo del negro fondo de los fenómenos vitales las fermentaciones, con sus agentes causales; y tras ellas, con un alcance práctico imposible de prever al principio, y tal vez ahora, la verdadera significación de los miasmas que azotaban a la Humanidad doliente e ignorante; y la mentira de aquella ciencia del siglo XIII y principios del XIX: la Xenogenesis.⁵ Actualmente la Fisicoquímica pone ya la planta en lo que más cuidadosamente se le había cerrado, creyendo que jamás podría intentar su conquista: la psique. La ciencia coge la vida, la curioseosa; le busca las tripas, como el chiquillo a su caballo de cartón.

Zwaardemaker⁶ considerando que la vida es una manifestación

⁵ La supuesta producción de un organismo sin ninguna semejanza a sus progenitores.

⁶ Hendrik Zwaardemaker (1857-1930), científico holandés, inventor del olfatómetro.

de la radioactividad; Méchnikov,⁷ tratando de prolongarla; Bohn, hermanándola con la Química; Loeb,⁸ haciendo la pregunta, fruto de sus múltiples experimentaciones, de si no sería posible prolongar, en el tiempo, la vida del hombre, si se consiguiera hacer descender un grado la temperatura de su sangre...

Todos ellos, y muchos más, en atareada investigación, van lanzando bengalas rutilantes sobre el antes negro panorama, misterio de la vida.

Pero, ¿dejará, verdaderamente, de ser alguna vez misterio la esencia de la vida?

O es que, como dice Gustave Le Bon, si no conocemos las cosas más que por comparación, en virtud de sus relaciones, y los fenómenos de la vida sólo pueden compararse con ellos mismos, tendremos que renunciar, hasta ahora, a penetrar en su íntima naturaleza, repitiendo sus palabras:

Que es preciso extender la interpretación de la palabra conocimiento, y admitir que hay formas de comprensión de los fenómenos completamente distintas a las nuestras. Quizás sean descubiertas algún día, pero hasta ahora permanecen completamente ignoradas.

Lejos ya de nosotros aquellos días en que decían los sabios que el queso y los trapos sucios generaban ratones; que los diminutos infusorios surgían espontáneamente en los caldos. Ahora ya sabemos que todo ser vivo procede de otro por el intermedio de un germen o

⁷ Iliá Méchnikov (1845-1916) fue un microbiólogo ucraniano, ruso y francés, Premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1908. Hermano de Lev Méchnikov, geógrafo, anarquista y secretario de Élisée Reclus.

⁸ Jacques Loeb (1859-1924) fue un fisiólogo y biólogo estadounidense de origen alemán. Su trabajo más influyente llevaba por título *The Mechanistic Conception of Life*.

semilla. Y que la unión de dos gérmenes, conjugación, parece indispensable en los animales superiores siempre que han de reproducirse; y en los inferiores, de cuando en cuando, para reparar las energías que se agotan en el curso de las sucesivas divisiones.

Todo esto también se ha transformado actualmente: infusorios han sido cultivados durante siete y diez años sin que interviniera la conjugación, sino renovando frecuentemente el medio. Huevos de estrella de mar han producido embriones sin el concurso del germen masculino, sustituido por sustancias agregadas al medio y dotadas de determinada acción fisicoquímica. Se ha logrado también hacer germinar pedazos de huevo desprovistos de núcleo...

Esto conmueve profundamente conceptos que se tenían por fundamentales.

El espermatozoide, por ejemplo, antes de ser conocido, era calificado de aura, y creído vapor misterioso. Luego, ya descubierto y estudiado, fue tenido por imprescindible para la segmentación de los huevos; ahora viene la Ciencia y lo suplanta con unas sales... Sin embargo, para la especie humana, como para los animales de organización elevada, sigue siendo necesario. No hay un medio aún para que el germen femenino se segmente sin el concurso del espermio maduro; pero esto no quiere decir que no lo haya más adelante.

Las espesas nubes que cegaban los ojos del hombre ya no son impenetrables. Lo incognoscible pasa a ser bien conocido, y el misterio va dejando de serlo.

¿A dónde llegaremos? ¿Entraremos, por fin, a plena luz, en la tierra serena de la verdad?

Lo que sí parece es que los antiguos mitos van cayendo hechos pedazos, a los lados, para orlar el camino.

LA GUERRA Y LA DEGENERACIÓN DE LA ESPECIE⁹

De la guerra se ha escrito casi tanto como del amor. El juego de pasiones que la enciende; el cálculo egoísta, cuidadoso de mantener siempre flamante el odiado espantajo patriotero para azuzarlo cuando a su prepotencia le parezca oportuno, han suscitado innumerables comentarios, plasmados en libros, folletos, conferencias, películas... Generalmente, comentarios de indignación. Protestas vehementes de pacifismo. Promesas firmes de que todos se alzarían, enardecidos, contra una guerra futura. Todos. Pero en el ambiente flota, desmintiéndolos, la turbia posibilidad de la catástrofe a que todos quieren oponerse. Medios, fechas y pretextos para la contienda se anticipan entre descripciones inhumanas. ¿Veremos otra vez la ciencia, prostituida, al servicio de la muerte; la elocuencia corrompida; las organizaciones obreras en fracaso, como en 1914? ¿Otra vez sentiremos el crujido doloroso de la impotente solidaridad humana?

Sin embargo, nada más necesario que la defensa. Cuando se rueda entre breñas grises, retratado el abismo en las pupilas, es necesario afianzar las manos. Así es de urgente negarse a caer en el abismo donde hierven canciones bélicas. Ni patrias, ni banderas, ni honra nacional. Mitos creados para empujar hermanos contra hermanos. Reductos sombríos fuera de los cuales se disparan los odios. Espejuelos colocados estratégicamente para deslumbrar. Narcóticos sabios para exaltar, adormeciendo las inhibiciones reflexivas.

Ni patrias, ni honras, ni nada. No más víctimas a una mentira.

⁹ *Estudios*, n.º 124, diciembre de 1933.

Sólo una patria sin límites. Sólo un pueblo: Humanidad. Las diferencias étnicas para la Biología. Responda el HOMBRE volviendo la espalda y sacudiéndose a los importunos que le babeen el cuento.

*
**

La degeneración de la especie humana, el atolladero inmundado en que sus extraviados apetitos forcejean, se deben a factores conocidos de sobra, de móvil común: lucro. Aunque a veces se procure ocultar astutamente.

El alcohol paraliza la reflexión y los sentimientos elevados; al desatar los centros nerviosos inferiores, liberándoles de la influencia inhibitoria y coordinadora del gran cerebro, exalta y fustiga la «animalidad», torpe y obscena. Endurece las arterias, lesiona las neuronas, el hígado y los riñones. Deteriorados por blastoforia, los gérmenes del alcohólico producen una desdichada descendencia.

No sólo por sí es una plaga que ya basta para embrutecer: Baco sostiene y aumenta otro factor degenerativo que de él alcanza ayuda poderosa: la prostitución, a cuyo contacto los Estados «reglamentaristas» se han corrompido.

La prostitución, en todos sus matices, desde el triste fango del burdel hasta la relativa «higiene» del concubinato, del amor venal, excita artificialmente y pervierte los apetitos

sexuales. Los desvía de su fin natural e insensiblemente franquea los pasos que separan

la senda normal del atajo tortuoso de la patología.

Inicia a los ignorantes y cultiva, diestramente, los «caprichos» de los masoquistas, sadistas y homosexuales. Y propaga, en rápida progresión, las enfermedades venéreas, sin que pueda atenuar el efecto desastroso la visita obligatoria, que no es sino la «legislación»

de una injusticia.

El egoísmo, la fría indiferencia con que se miran los dolores del prójimo, es una consecuencia de la acumulación de las riquezas, y a la vez índice y factor de la degeneración humana. Los instintos sociales, los sentimientos altruistas, han sido resucitados por aquellos que padecen el parasitismo de los ociosos; y por algunas almas nobles, que, en posesión de una fortuna suficiente para vivir con una comodidad agradable, han preferido alistarse junto a los que nada poseen y luchar con ellos y para ellos.

La mezcla más íntima de los factores degenerativos de la especie, se encuentra, indudablemente, en la guerra. Esta produce una selección negativa, una selección al revés, según Forel.¹⁰ El servicio militar desecha los individuos enfermos, a cuya reproducción nada se opone; y cuando los ejércitos se movilizan, son los más sanos, los mejores ejemplares masculinos, los primeros enviados al frente de lucha. Y una vez empezada la matanza, son los de peor equilibrio nervioso, los egoístas, quienes se emboscan y caen, presa del pánico, para ser evacuados a los hospitales.

La última guerra ha dejado, para reproducir la especie, una mayoría de seres desmedrados, tuberculosos, neurópatas, amorales y aventureros. Pero esto no ha sido sino uno de sus múltiples estragos.

Allá donde un campamento de soldados se fija, el alcohol y la prostitución no tardan en aparecer revestidos de los más repugnantes y tristes atributos. Un ejército al servicio de Baco y otro de prostitutas, imposible de existir aislados, siguen al combatiente. Entre los soldados la sífilis se propaga con rapidez, el alcohol encuentra constantes adeptos y las obscenidades se abren camino con facilidad. Una sola

¹⁰ Auguste Forel (1848-1931), fue un entomólogo, neuroanatomista y psiquiatra suizo.

prostituta puede contagiar a un batallón. Un moderado catador de alcohol, arrastra a multitud de débiles.

Si la índole de las operaciones guerreras lo exige, pueden los soldados experimentar un prolongado aislamiento, durante el que brotan, como la mala hierba, las perversiones homosexuales y la sodomía. Cabras o borricas pagan un inocente tributo a la demanda imperiosa del apetito insatisfecho.

Luego, enconados y exaltados los ánimos por el furor y el miedo en extraña mezcla, el soldado se acostumbra a ver desdichas, a sentirse salpicado de sangre y a escuchar lamentos interminables. Sus ojos se adaptan a espectáculos terribles; sus oídos, a gritos de horror, con treguas escasas. El, hombre, ha de rematar los cuerpos que sangran, no con indiferencia, sino con fratricida rabia. ¿Qué tiene de extraño que su corazón se hiele para las desventuras ajenas? En pleno furor, en plena borrachera sangrienta, el guerrero y el sadista se dan la mano; un deleite extraño se puede imponer al alma, y un psicotraumatismo fijar la perversión.

Pero, ¿y los que sobreviven? Retornan arruinados moral / físicamente, incapaces de acomodarse a una ética que fueron obligados a pisotear. En la lucha interior, las psicosis

florece abundantemente. Excelente plantel de reproductores para una Europa en quiebra.

*
**

Interrumpo estas líneas para reseñar una noticia. Leo en la prensa que un profesor químico extranjero ha descubierto un líquido que a la temperatura ordinaria emite vapores más tóxicos, mucho más, que la iverita. Las caretas no sirven contra él, pues su contacto con la piel basta para producir la muerte. Ya se ha calculado el tiempo que

costaría equipar a los batallones con el nuevo descubrimiento. Todo está ya previsto, admirablemente ordenado para las matanzas colectivas. Los organizadores han perdido su corazón...

*
**

En verdad, hay que ir contra la guerra sin restricción ninguna. Pero es necesario pensar que el folleto, el cine, la prensa, la conferencia, servirán para muy poco cuando, de nuevo, cuelguen los fusiles al hombro de los soldados. Si éstos, todos, no dejan caer las armas y los brazos, no inanimados, sino enérgicos; si no niegan el paso adelante; si los marinos no hundan sus barcos antes que transportar el «material» en que se incluyen cuerpos humanos, si la Huelga General Internacional no surge..., ¿qué podrá hacerse?

Algunos de los últimos combatientes dicen que «las mujeres los dejaron marchar». Cierto: no se ha visto ninguna mujer que arrebatara y destrozara un fusil; que se tirase al paso de los caballos, inocentemente envueltos en la traición humana. Pero, ¿podía esperarse todo eso de las mujeres, criadas aparte, educadas, de intento, en el amor a todas las «virtuosas tradiciones», adoradoras del Dios que bendice las armas homicidas por boca de sus sacerdotes?

Sin embargo, a todo hay que llegar. La propaganda pacifista debe comprender la prensa, la conferencia, ¡todo! Pero no debe detenerse ahí. Cuando veamos que ello no basta, hagamos una muralla con nuestros cuerpos ante los soldados. Rebelión, sí. Contra la guerra.

Y contra la matriz en que se incubía: dinero, capital. He aquí un aspecto de la famosa Eugenesia.

LA CUESTIÓN DEL DERECHO A LA VIDA¹¹

Bajo la acción de nuevos impulsos y de nuevas aspiraciones humanas se han agudizado y han salido a la luz cuestiones que yacían, hasta hace poco, en una lastimosa clandestinidad. Esto ocurre con el aborto artificial, todavía penado por la legislación española cuando no la motiva una seria indicación vital de la madre; sin que la amenaza de la sanción sirva, no obstante, para hacer disminuir la estadística del llamado aborto «criminal».

Nuestro Derecho Penal se resiente, en materia sexual más claramente que en ninguna otra, del profundo error sobre el que asienta sus raíces: la afirmación del libre albedrío, cuya existencia no es sino una alucinación que nos dan las apariencias.

El que el individuo se sienta subjetivamente libre, no basta para que lo sea en realidad. En él laboran constantemente dos poderosas corrientes de energía: las mnémicas, que quedaron sedimentadas a través de millares y millares de generaciones; y las actuales que se combinan de mil modos con las anteriores, sin cesar eforadas.¹² Tales síntesis son los motivos inconscientes de nuestros actos; y esta inconsciencia de los móviles es la que nos hace sentirnos libres.

El individuo que juzga a sus semejantes asume, bajo la toga simbólica, oficios de psicólogo, fisiólogo y anatómico, que, aunque se encuentren reunidos en un solo individuo en determinados casos, no lo

¹¹ *Orto*, n.º 20, enero de 1934.

¹² De *ecforia* o *ecforía*: «Proceso de evocación, de volver a la memoria una imagen».

están en él seguramente. Sin embargo, los legisladores han dispuesto lo que debe considerarse delito en materia sexual.

Actualmente ha resurgido la cuestión del aborto artificial, que no puede, en modo alguno, considerarse aislada, sino incluida en el grupo de las que tienen el denominador común de *derecho a la vida*, y unida, especialmente, a las relativas a los derechos del embrión y al derecho a la vida de los niños monstruosos, mal conformados y de los idiotas congénitos.

Con relación al asunto del aborto artificial, hay que deslinarlo por completo del terreno del anticoncepcionismo. Si cabe discutir hasta qué punto deben respetarse los derechos del embrión humano en determinadas circunstancias, es indudable que la célula ovular, por sí sola, no merece los mismos respetos; y que los anticoncepcionales, no sólo no deben ser castigados, sino dados a conocer en los casos precisos y por las personas u organismos a quienes corresponda.

Cambian por completo las cosas si se considera la célula ovular fecundada, puesta en marcha su enorme capacidad de desarrollo. Nos encontramos, entonces, ante el embrión humano que ha sido una respuesta fatal a la fecundación, sea ésta consecuencia de un acto voluntario o forzado.

En general, el embrión, desde el momento en que comienza su desarrollo, tiene derecho a la vida. El nacimiento, en la vida del ser humano, no es sino un accidente, más o menos catastrófico, que separa la etapa en que su existencia estaba vinculada al medio intrauterino, de la posterior, en que ya le es posible vivir en el medio externo. Pero nada más. El nacimiento no otorga categoría de «ser humano», pues ésta ya se posee durante la época embrionaria, con sus características exclusivas.

Pero, si, en general, los derechos del embrión deben respetarse, circunstancias especiales pueden y deben hacer modificar nuestra conducta ante un embarazo, por muy normal que sea.

Ha de quedar bien entendido que cuando una mujer sana ha concebido *conscientemente*, en virtud de un acto *voluntario*, la sociedad debe impedir que dicha mujer atente contra la vida de su hijo. Aquí no se trata de renovar la cuestión del derecho a disponer del propio cuerpo, sino de plantear otra, ya que en el caso de la mujer en gestación, se trata de dos cuerpos —madre e hijo— o de más de dos, si el embarazo fuera gemelar. La sociedad, en este caso, tiene la obligación de velar por los derechos del pequeño e indefenso ser.

Esto supone una renovación moral, que aún no ha logrado por completo las propagandas revolucionarias; el embarazo no debe ser *jamás* para la mujer una situación vergonzosa; no debe ser *jamás* motivo de deshonor o disimulo. Lo que no se conseguirá sino cuando la mujer, removido el armazón social, posea mayor libertad sexual fuera y dentro del matrimonio y se encuentre suficientemente educada para usar de ella.

Veamos ahora los casos en que el aborto artificial debe ser «legal» en una mujer sana. Se deducen claramente con sólo establecer que a una mujer embarazada *contra su voluntad*, no se le puede exigir que conserve y ame un hijo «impuesto»; ni se le puede obligar, con amenazas «legales», a que pase por el trance del parto.

Quedan implícitos, pues, en esta proposición, múltiples casos que se suceden con desgraciada frecuencia, como el del marido vicioso, que bajo los efectos del alcohol fuerza a su mujer a realizar el acto sexual. Si la mujer queda embarazada, la ley debe concederle el derecho al aborto, y más teniendo en cuenta los daños que, por blastoforia, amenazan al producto de la concepción. Debe ser, también, *legal* el aborto en los casos de violación, en los de empleo de fuerza,

abuso de confianza o autoridad, amenazas de chantaje. En todos ellos, la fecundación es consecuencia de un acto en que la voluntad de la mujer no estuvo presente, y por ello no se le puede obligar a sufrir las consecuencias de una situación forzada; y menos a aceptar un hijo del hombre a quien quizás aborrece.

Igualmente debe permitirse el aborto cuando un loco o un idiota hace embarazar a una mujer, teniendo en cuenta las taras que han de reflejarse en el embrión, y lo mismo si la enferma mental lo fuese la embarazada.

Inmediatamente relacionada con esta cuestión está la que más arriba indicamos, y es si debe respetarse la vida de los niños que nacen con determinados defectos de conformación o idiotas. En este punto la ley es más absurda todavía. No sólo se permite, sino que se reglamenta la guerra, y aun se quiere hacer de ella una ciencia, destrozando, por motivos inconfesables, lo mejor de la juventud de los países combatientes. Allí quedan los cuerpos de los mozos robustos, forzados a servir de blanco, o alucinados por unas palabras y unas banderas que saben decir y enarbolar muy bien aquellos a quienes la matanza produce algún beneficio. Los que sobreviven lo hacen para caminar a través de los años atenazados por un indecible espanto, alterado su psiquismo y conmovidos profundamente los pilares de su sentido moral. Y muchos, destrozado también el cuerpo, vacías las órbitas o perdido alguno de los miembros.

Para clamar contra la absurda tragedia, para volcar la amargura y la protesta que sólo su recuerdo suscita, se tejen coronitas de laurel, se levantan arco, se mantiene un *fuego* constante, se inician, de nuevo, posibilidades de matanza...

Entretanto, hay que respetar la vida de los cretinos, atiroideos, condenados a una existencia inferior a la de cualquier animal «amigo»; la de los microcéfalos, hidrocéfalos, idiotas mongoloides, y

un sinfín de seres humanos, en desdicha, de los que nacen sin miembros, sin orejas, o con otros defectos graves. No sólo hay que respetar su *vida* —afortunadamente corta en los más— sino que la sanción legal, poniendo a contribución para ellos talentos y dinero, obliga a prolongarla por todos los medios que posee la Medicina. El resultado es que el cretino llegue a los veinte o treinta años con una estatura que corresponde a los seis; con un aspecto repulsivo; con una inteligencia que no le sirve más que para lanzar gritos que no tienen timbre humano. Es ver a los microcéfalos menos graves, a otros idiotas, consumir el trabajo, la paciencia y el tiempo de sus encargados para apenas aprender a leer, mientras numerosos niños normales quedan abandonados, sin medios de instrucción ni de subsistencia.

Cuando el Derecho se limpie de su raigambre mística, será permitido, tras un severo reconocimiento médico, que los niños nacidos en esas pésimas condiciones sean eliminados por medio de un procedimiento suave que sea su liberación. Y las «almas delicadas» no retrocederán con horror cuando consideren estas justas proposiciones.

Hay que esperar que, reconocida la mentira del libre albedrío, el Derecho Penal pase a ser —abatida la noción de culpabilidad sobre que se apoya— más una protección a las víctimas que un castigo a quien las perjudica. Y que, saliendo de su marasmo, caminando a compás del progreso, dará la mano a las ciencias y subirá, con ellas, a la altura del humano cerebro.

NUEVO CONCEPTO DE PUREZA¹³

Ni los mayores progresos de la técnica, ni los secretos arrancados a la Naturaleza, ni la mayor extensión alcanzada por el hombre en los dominios del tiempo y del espacio bastarían para caracterizar completamente a nuestro siglo. Lo interesante de él —con ser muy interesante cuanto queda dicho— es la subversión de los valores morales, la decisión y el brío con que el hombre ha emprendido una acelerada y entusiasta marcha en busca del exacto conocimiento de su personalidad íntegra. Se han removido, al intento, los sedimentos profusos a cuyo lado se hacían los tontos nuestros abuelos y nuestros padres; y asistimos, como a una gran fiesta, al comienzo de una magnífica era de sinceridad. Nos reconocemos cual somos y planteamos, sin gazmoñería, cada uno nuestro respectivo problema. Los instintos humanos se han revalorizado, se han reconocido y han sido colocados en su verdadero lugar. La ley de caducidad no se refiere a los instintos en el hombre. Se reconoce también su complejidad, apareciendo, como aparecen al lado de una inteligencia capaz de enorme cantidad de matices y reacciones. Y, sobre todo, se ha conseguido para el instinto humano una definición diferente del instinto animal, después de recocer que los planos de intereses no son los mismos.

La sinceridad ha barrido la picardía; la euforia consiguiente a la liberación de lo ignorado ha desplazado el malestar que la humanidad sentía por no atender a lo que forma parte de ella misma.

Conociendo las calles de una ciudad es como uno no se extravía en su laberinto; sabiendo el porqué de esos poderosos relámpagos que

¹³ *Estudios*, n.º 128, abril de 1934.

cruzan nuestra vida, de esas hondas agitaciones de nuestra personalidad, que llamamos emociones y pasiones, es como únicamente podemos dominarlas y utilizarlas; viendo claramente y en toda su importancia nuestros defectos podremos únicamente enmendarlos. Pero esta visión clara, este preciso conocimiento, esta franqueza de nosotros mismos, no se alcanza rápidamente y sin esfuerzo. Hay que hacerse el sordo al griterío enorme que la verdad levanta entre los tímidos o entre los que cierran su espíritu a toda sana ventilación.

Una de las conquistas más preciadas ha sido el libertar la moral del monopolio en que la tenían los hombres de gobierno o los hombres de dinero; y, alguna vez, los hombres de ciencia. Unos y otros forjaban a su antojo un modelo y obligaban a copiarlo a toda la humanidad, cuya alma compleja, ansiosa de expansión, no se molestaban en conocer. El sistema ha dado una vuelta completa: el hecho moral resulta del perfecto conocimiento del alma humana. Nosotros mismos no podemos dejar de asombrarnos, porque el cambio es manifiesto aun en aquellos individuos más aferrados a las viejas tradiciones, y que ahora, aunque a regañadientes, van entrando por el camino recién abierto y tienen que admitir lo que precisamente les cuesta más trabajo: una misma moral para los dos sexos. Y, además: una moral recta y humana, no malhumorada, sino apacible y tierna. Pero recta. Porque ternura no es blandura ni relajación.

La más avanzada moral, tras los períodos convulsivos que anunciaron la necesidad revolucionaria, y en la tregua que apenas existe entre los espasmos, comienza a admitir y a defender una verdad maravillosa: que la inmoralidad comienza en cuanto el acto sexual se considera en sí y por sí mismo, sin más que como un hecho análogo al hambre de pan.

Este postulado, que hará revolverse, sin duda, a los seudorrevolucionarios, se encara con aquellos individuos que sostienen que «es

necesario desespiritualizar el amor», dejándole convertido en una simple función orgánica.

Los resultados han sido desastrosos, y Eros vuelve a plantarse las alas, arrepentido de haberlas olvidado por un momento.

Esta justificación del acto sexual por el motor del sentimiento, por el calor vital de la emoción y el afecto humanos, ha tenido una inesperada y estupenda consecuencia: la de liberar, de golpe, la personalidad femenina, lanzándola a la conquista de su propia felicidad. Ello nos lleva a examinar, aunque sea ligeramente, la calidad del amor femenino y sus exigencias actuales.

Aquellos cinturones de castidad de la Edad Media han venido, después, a convertirse en anatemas religiosos o en sanciones legales. Enamorada o no, la mujer pertenecía para siempre al señor que la iglesia o el juez le daban. Sin una grieta por donde atisbar un reflejo de liberación, con amor o sin él, conformada o rebelde, tenía que sucumbir al lazo arrollado a su cuerpo. Para siempre. Toda la vida era un túnel sin final... Así las uniones

con individuos celosos, malhumorados, fieros, inútiles... Aun fosforece la llama de ese vacilante prejuicio. La monogamia humana, conveniente y normal, no quiere decir «para siempre», sino cuando, por excepcionales circunstancias, la voluntad de los enamorados y su sentimiento lo establecen así, etapa por etapa.

Podemos, sin embargo, suspirar de gozo al ver arruinarse los mitos y pasar sobre ellos entonando alegres canciones.

Fuertes personalidades femeninas, muy a menudo anónimas, comienzan a recorrer la nueva senda donde aún pinchan las espinas. Dispuestas a todo, mirando fijamente su interior, como en un día de resurrecciones, plantean las exigencias de su alma, cada vez más extensa y enlazada a la unidad universal. Hacen pasar el amor por el tamiz delicado de su ideología, y para llegar a la satisfacción carnal,

recorren la vía de la satisfacción espiritual primero. Sólo al final de ésta puede recogerse, como una flor, la vibración corporal ennoblecida. Sólo calmando, antes, sus grandes deseos de ternura, de amor por la humanidad, de libertad sin límites, es como las mujeres empiezan a encontrar un atractivo hasta ahora desconocido en la vida sexual. Esto es difícil de sostener. Supone las almas paralelas, que nunca se tocan; la fusión sin entrega; el estímulo sin lucha. Por tanto, cuando el encanto ansiado se rompe, cuando ya las vibraciones no se acompañan, cuando el compañero pone las manos sobre las alas femeninas, aun por caricia, las mujeres nuevas comienzan a mostrarse inquietas por su libertad. Y cuando el ataque a ésta es franco, la brasa sentimental se apaga, y ellas se apartan del amigo. Pero es inútil buscar en estas decididas criaturas el gesto amargo del fracaso; no puede encontrarse porque su vida no se ha roto. Nada de ruinas, nada de turbios crepúsculos en su alma.

Confiadas salen al encuentro de un nuevo amor, la llama de la convicción sobre la frente, porque quieren saborear los gozos de la vida.

¿Se tiene, entonces, la impresión de haber tropezado con una mujer débil, engañada, perdida? No. Un «opio de fortaleza se desprende de ellas. Son criaturas sinceras que no quieren prostituirse ni entregarse, sino permanecer libres, suyas, entre las más hondas emociones amorosas, sin encerrar su vida en un cuadro egoísta, sino irradiándola, como nube de paz, sobre todos los hombres.

Ahora, la psicología femenina deja de ser el enigma complicado. Ella necesita, para su entusiasmo, el fuego de lo grande. Necesita el héroe de bondad que tenga algo por qué ser amado.

Así se depurará, también, la humanidad masculina en limpio y útil campeonato de estímulo a compararse con los individuos mejores.

Como siempre, la antorcha de la libertad ha iluminado maravillas.

INTOXICACIONES Y ENFERMEDADES PRODUCIDAS POR EL TRABAJO¹⁴

Presentación¹⁵

Vamos a ofrecer a los camaradas y lectores de CNT una serie de trabajos de vulgarización científica. Su autora, nuestra compañera Amparo Poch, doctor en medicina, se ha ofrecido a valorar las páginas del diario de los trabajadores. Dotada de un alto espíritu humanista, esta joven médico pone la ciencia al alcance de los humildes.

Esto es verdaderamente consolador y halagüeño. Y decimos consolador porque la clase médica, exceptuando honrosas excepciones, pone la ciencia al servicio de los poderosos, y vende su sabiduría al mejor postor.

Pocos son los médicos que se ofrecen generosamente a mitigar los dolores del proletariado. Pocos y raros. Cuando damos con uno rebosamos de satisfacción. Aquí presentamos a esta mujer que, emancipada de toda tutela ominosa, sabe ponerse al nivel de la clase trabajadora, salvando todos los escollos que la falsa moral burguesa impone a los hombres que han hecho sus estudios en las Universidades y Centros de Educación oficial. El tema que toca magistralmente

¹⁴ Se trata de una serie de artículos publicados en el periódico CNT durante el año 1934. A pesar de las intenciones de Amparo Poch, no hay más artículos que los que transcribimos aquí.

¹⁵ CNT, n.º 325, 27 de agosto de 1934. Tanto «Presentación» como «Introducción» son añadidos nuestros.

la compañera Poch es interesantísimo. Trata de la intoxicación en el trabajo, que tantas víctimas cuesta a la clase trabajadora. Una cosa terrible de la cual hay que hablar con toda claridad para vergüenza de todos los poderosos.

La Redacción

Introducción

Hay un grupo de afecciones que se aparecen a nuestra consideración como con trazas de respuesta natural a la infracción sostenida de leyes naturales. Responden, fatalmente, inevitablemente, a la conducta viciosa del sujeto, que se prepara, día tras día, su doloroso porvenir; son las llamadas intoxicaciones por el vicio. Todos las conocéis; y al apuntaros algunos nombres no os digo nada nuevo: morfina, cocaína, láudano, éter, tabaco, alcohol... Sospecho que los dos últimos nombres os habrán hecho sonreír un poco. Lo lamento. Ahora no puedo dedicarme a borrar vuestra sonrisa confiada y un tanto incrédula. Pero lo haré más adelante.

Sin remedio, el morfinómano, el cocainómano, el eterómano, etc., son, al poco de apresarlos el vicio, enfermos lastimosos. Si no merecieran compasión, honda compasión por su estado, estaríamos tentados de dejarles reflexionar —si pudieran— acerca de sus sufrimientos, que son la represalia, el castigo, tan estrechamente unido a la acción torpe, como la quemadura de la mano que tiene la ocurrencia de tocar una brasa. Lo que sucede es que estos enfermos lo son antes de caer en su vicio, por su voluntad débil, por la escasa resistencia de su sistema nervioso. Cuando procrean, estos intoxicados tienen hijos idiotas, enfermizos, débiles mentales...

Esto constituye el aspecto más doloroso e injusto de la tragedia. Pero frente a estas intoxicaciones, consecuencias del proceder equivocado del sujeto, vemos alinearse otras mucho más dolorosas, mucho más injustas, que tienen un fondo de escarnio y burla, de venganza inaudita, y que descargan su angustioso contenido, no sobre el tipo mísero del vicioso, sino sobre el trabajador, honrado, sano, jovial y valeroso. La vida, esta vida de ahora, sobre todo, al encadenar también el trabajo, ha hecho tales intoxicaciones más frecuentes de lo que serán en la sociedad futura. Al presente, el mismo engranaje de la industria que estruja al proletario, que le explota y le zarandea sin piedad, que le mezcla y confunde con las piezas «en serie» y ahoga cuanto puede el núcleo sentimental de sus aspiraciones para imponerle un solo esfuerzo y un solo movimiento en «la cadena», como si no quedara, aún, enteramente satisfecho de su labor negativa, en un empujón final aparta de sí un pingajo humano.

¿Es un obrero del plomo? ¿Es una manipuladora del tabaco? ¿Es un hombre en relación diaria con el mercurio o con el sulfuro de carbono? En todos ellos el mismo final, tan injusto, tan terriblemente injusto, que ya incapaz la indignación de traducir la emoción que suscita, quiere la solidaridad estremecida en su más honda raíz sensible y humana, hacer algo eficaz, más eficaz que protestar con el grito o el gesto airado.

Las intoxicaciones y enfermedades profesionales, tienen una espantosa mueca de burla. No sólo se cruzan, siniestras, en el fatigoso camino del proletario. También hunden en su sombra los hijos engendrados bajo su signo.

De esta manera es mayor el sarcasmo del que, ni al final de su esfuerzo sostenido, logra encontrar la esperanza y la paz.

El plan del director de *CNT* es vulgarizar los conocimientos más necesarios de las intoxicaciones y las enfermedades por el trabajo.

Pero mi proyecto sobrepasa el suyo; y cuando termine estas crónicas, pienso seguir hablando de las intoxicaciones y enfermedades por el vicio.

¿Sabéis el valor que tiene vuestro cuerpo? Pues debéis conservarlo sano, alegre y limpio. Con un hermoso reflejo de confianza en el mañana y un constante deseo de perfección en el presente. El cuerpo sano y limpio es, como consecuencia, alegre y decidido. No vacila ni retrocede. Proyecta, naturalmente, tal fuerza de convicción, tal influencia persuasiva sobre los demás, que el ideal conquista nuevos espacios y nuevos individuos.

La medicina cede el paso, cortés, a la higiene; y el hombre comprende que es más interesante y más práctico no perder la salud que recuperarla después de perdida. Tú, querido compañero que avivas diariamente el calor humano de tu ideal, vas a charlar conmigo de esos peligros que te amenazan, astutos, hipócritas y emboscados traidoramente tras tus jornadas laboriosas. Pero ya verás como los desenmascaramos y encontramos la manera de hacerles frente, de dominar el riesgo.

Ni el trabajo ni el placer deben lacerar el cuerpo, compañero.

El plomo¹⁶

Las industrias que, por la naturaleza de las materias con que el obrero entra en contacto, alteran la salud de éste, disminuyendo

¹⁶ CNT, n.º 330, 1 de septiembre de 1934.

o anulando su capacidad, son numerosas. La vida progresa y exige; se multiplican sus exigencias en relación con la técnica. Pero se queda profundamente retrasada en cuanto refiere a revisar y renovar la organización social.

De todas las «industrias tóxicas» —muchas, según digo antes— son las más interesantes: la del plomo, o intoxicación saturnina; la del mercurio, o hidrargírica; la del arsénico, cobre, estaño, cinc, sulfuro de carbono, bencina, petróleo, etc.

*
**

Las industrias en que se maneja el plomo pueden producir dos clases de accidentes, la «intoxicación aguda», cuya duración es corta, su importancia escasa y en la actualidad se produce con poca frecuencia; y la «intoxicación crónica», conocida con el nombre de saturnismo, que evoluciona lentamente, durando a veces tanto como la vida del obrero intoxicado, cuyas consecuencias son graves y su frecuencia mucho mayor que la de la intoxicación aguda.

El peligro que para la salud del obrero ofrecen las distintas profesiones, divide a éstas en dos grupos: unas, en que el peligro es muy grande, estando el obrero constantemente expuesto a padecer la intoxicación: tal ocurre en la fabricación de acumuladores. Y otras en las que el riesgo es escaso, por ser la manipulación del plomo accidental o intermitente.

Meillère¹⁷ deduce de sus observaciones y estadísticas, como profesiones especialmente peligrosas:

¹⁷ Jean-Pierre Gédéon Meillère (1860-1934) médico y farmacéutico francés. En 1924 tuvo que abandonar prematuramente los hospitales de París por motivos de salud. A continuación, se dedicó más intensamente a la

1. Desoldadura de cajas de conserva.
2. Fabricación de acumuladores.
3. Molienda y tamizado de colores.
4. Vitrificación de etiquetas, esmaltado de la porcelana.
5. Colocación de cables telefónicos.

Claro que la perfecta higienización de las fábricas y la observación de las reglas higiénicas por parte del obrero, hace disminuir mucho el número de intoxicados por el plomo; pero solamente pueden concebirse gratas esperanzas de que el peligro sea nulo para cuando el tope del interés del capitalista haya desaparecido, pudiendo realizarse el trabajo de manera adecuada y natural.

Una profesión muy peligrosa es la de los pintores: estos obreros no sólo manejan compuestos de plomo, sino al mismo tiempo otros productos, también venenosos, de cobre y mercurio, principalmente. El saturnismo de los pintores quedaría suprimido sustituyendo la cerasa por materias inofensivas, acerca de lo que ha habido varios intentos. Los productos con que se ha pretendido substituir el carbonato de plomo son: óxido de cinc, puro; o mezclas de sulfato de cinc y sulfato de barita precipitado.

La intoxicación pasajera por el plomo produce el trastorno característico denominado «cólico saturnino». Éste constituye una enfermedad completamente apirética; con dolores vivos en el abdomen que se calman por la presión; se presentan náuseas, vómitos verdosos; estreñimiento muy tenaz; y, a veces, calambres en los miembros y dolores en varias regiones del cuerpo.

investigación en el laboratorio. Fue perito químico de los tribunales y miembro de la comisión de higiene pública y salubridad del departamento del Sena.

Acompañándose de estos «cólicos», o aisladamente, pueden atormentar al intoxicado «dolores en los músculos y articulaciones»; trastornos nerviosos que revisten, generalmente, la forma de «parálisis»; o más graves, constituyendo la «encefalopatía» o «meningitis saturnina».

Además, la intoxicación por el plomo es capaz de producir, a la larga, una progresiva decadencia física y moral abocando a una profunda demencia.

Caracterizan al intoxicado crónico algunos síntomas fundamentales: presencia del plomo en la orina y en las heces; «rodete gingival de Burton»; alteraciones determinadas de la sangre, anemia, y un aspecto muy peculiar.

El interés del saturnismo desde el punto de vista social, aumenta, si consideramos que el enfermo ofrece un terreno favorable a infecciones secundarias, especialmente la tuberculosis. Pero hay algo más doloroso que consiste en la influencia de la intoxicación sobre los procesos de la generación, reflejados en la natalidad y en la vida de los descendientes. Se sabe actualmente que la «herencia saturnina» produce, cuando la gestación llega a término, niños idiotas, epilépticos, macrocéfalos... ¡Terrible final de una vida de trabajo y esclavitud!

Cuando la madre está intoxicada por el plomo, este metal se encuentra en todas las vísceras del feto, a donde llega por la placenta. Las consecuencias de la intoxicación qué tal son muy graves.

«Constantin Paul»¹⁸ fue el primero que hizo constar estos efectos, separando los casos en dos grupos, según que la intoxicación ataque al padre o a la madre.

¹⁸ Constantin Paul, *Considérations sur certaines maladies saturnines*, París, Imprimeur de la faculté de médecine, 1861.

Cuando es «el padre» el afectado, Paul ha observado: 61 por 100 de abortos; 3,5 por 100 de nacidos muertos; 14,2 por 100 de nacidos vivos y muertos durante el primer año; 4 por 100 muertos en el segundo año. Los demás han vivido normales en apariencia.

De 70 casos de embarazo en mujeres saturninas, obtiene Paul: 77 por 100 de abortos o partos prematuros; 10 por 100 de nacidos muertos; 3 por 100 de muertos durante el primer año, y 10 por 100 de normales.

Las estadísticas de Legge,¹⁹ confirman estos hallazgos: de 77 obreras saturninas con relaciones sexuales, 17 eran estériles (22 por 100), mientras que la esterilidad normal alcanzó al 15 por 100; las otras 60 tuvieron 212 embarazos, de los cuales 90 terminaron por aborto y 10 por parto prematuro; 61 niños murieron en el primer año y 40 han sobrevivido. Pero los supervivientes son fácil presa de las infecciones.

Como se ve, la descendencia peligra en caso de intoxicación materna y paterna; la intoxicación maternal es de consecuencias peores; y el grado máximo de gravedad se alcanza cuando ambos padres están intoxicados.

*
**

He puesto ante vosotros una visión ligera de una de las intoxicaciones profesionales. Su consideración pone un gran dolor en el corazón. Pero despierta a la vez un gran deseo de no desmayar, ni un momento, en la humana tarea de hacer del trabajo un derecho y un placer, en vez de una amenaza que curva su velo angustioso sobre los hijos amados.

¹⁹ Thomas Morison Legge (1863-1932), médico británico que actuó como inspector médico para mejorar la higiene industrial.

El mercurio²⁰

Tú le conoces, compañero de las minas de Almadén o de Idria. Y vosotros también obreros del fieltro y preparadores de lámparas de incandescencia.

Es ese metal «como plata líquida» que se escapa de los dedos fragmentándose en pequeñas y brillantes esferillas. Es también un veneno para los trabajadores.

La intoxicación profesional que produce, se llama hidrargirismo y es, generalmente, de evolución lenta. Es mucho menos importante y frecuente que el saturnismo, porque el uso industrial del mercurio es más restringido que el del plomo. Y tiende a disminuir, aún, con la modificación favorable de algunos procedimientos industriales.

Donde con más frecuencia se observa el hidrargirismo es en los mineros que trabajan en minas de mercurio, en las que la intoxicación se produce por el metal volatilizado o combinado con el azufre. También padecen la intoxicación hidrargírica los trabajadores de minas de plata, por estar este metal frecuentemente impurificado con el mercurio.

Los obreros empleados en el estañado de espejos al mercurio se encuentran, también, expuestos al hidrargirismo. Pero en este aspecto industrial el peligro ha disminuido al mismo tiempo que se ha ido sustituyendo el metal nocivo por la plata. Actualmente, el plateado de los espejos, más rápido y más económico, aleja el riesgo que amenazaba antes al obrero.

En la fabricación de lámparas de incandescencia, ha disminuido también mucho el peligro, al substituir las antiguas por las lámparas

²⁰ *CNT*, n.º 342, 17 de septiembre de 1934.

Sprengel que contienen, aproximadamente, la décima parte de mercurio.

Quedan expuestos al hidrargirismo, aunque con riesgo menor, los doradores y plateadores al mercurio, constructores de barómetros, de juguetes coloreados, etc.

Muy expuestos están los fabricantes de sombreros de fieltro, especialmente los que realizan el «secretaje», o preparación de las pieles que han de obtener el aspecto del fieltro, los «cortadores de pelos de conejo». El agente de la intoxicación es, en estos casos, el nitrato ácido de mercurio.

Aun cuando todos los obreros en contacto con el metal pueden adquirir la intoxicación, esta ataca con preferencia a aquellos individuos que se defienden mal por su debilidad; así como a los alcohólicos que, por serlo, tienen sus resistencias disminuidas; y a las mujeres embarazadas que, a causa de la sobrecarga constituida por la gestación, están también en una situación de inferioridad orgánica.

El grado más leve del hidrargirismo está constituido por una inflamación de la mucosa de la boca, o «estomatitis» con abundante flujo de saliva.

En la intoxicación profunda se manifiesta el «temblor», que es lento y de marcha progresiva. Suele comenzar por la lengua y los labios para invadir los músculos de la cara; y, posteriormente, los miembros superiores para generalizarse más tarde. Tal situación puede complicarse con la aparición de «calambres».

A veces, se asocian al temblor trastornos nerviosos de otra clase, como parálisis de los miembros superiores; y alteraciones de la sensibilidad que puede desaparecer en diversas regiones del cuerpo, o estar muy aumentada. Los sentidos experimentan, a su vez, los efectos de la impregnación mercurial del organismo, y manifiestan su sufrimiento por la disminución de la agudeza visual, del olfato y del oído.

En un período avanzado, el enfermo se presenta muy enflaquecido y agotado. Está anémico y pálido. Con frecuencia el riñón se inflama, produciéndose la nefritis mercurial, que contribuye a la palidez y a la aparición de edemas o hinchazones indoloras en la cara y en los miembros.

Si la intoxicación progresa, se trastorna la vida psíquica del enfermo. Este es presa de «alucinaciones», y, finalmente, cae en una demencia acompañada de parálisis que sólo termina con la muerte.

Es fácil comprender que ninguna parte del cuerpo deja de sentir, más o menos intensamente, los efectos del hidrargirismo; por tanto, no escapan a ellos las células germinales; y como, además, los procesos de la generación se alteran en el estado de enfermedad, no es extraño que los embarazos en mujeres «hidrargíricas» o en compañeras de intoxicados, se interrumpan precozmente (aborto) y que si la gestación alcanza su término normal, el niño sea débil y muera por influencias que un niño normal soporta fácilmente.

En las obreras enfermas puede alcanzar un 80 por 100 la cifra de las que padecen abortos o tuberculosis; consecuencias ambas muy frecuentes en la intoxicación de que hoy me ocupo.

*
**

En días sucesivos os expondré las intoxicaciones producidas por el cobre, cinc, estaño, arsénico, sulfuro de carbono, bencina y por los gases y vapores tóxicos y cáusticos, como los vapores sulfurosos, los del cloro, etcétera.

TRES TEMAS VITALES²¹

Libertad

En vano se intentará llegar, exactamente, de la idea a la palabra; del sentimiento a su correcta expresión. En vano. Inútilmente queremos proyectar en el mundo exterior las constantes inquietudes de nuestra intimidad; saltar el abismo que separa nuestra mente de las cosas. La imponderable esencia de nuestra alma, permanece inédita.

Pero, a pesar de su relativa impotencia, el esfuerzo por hacernos entender, por dar libre cauce al flujo sentimental, ha hecho modelar el vocablo, llenarlo de jugo vital, impregnarlo del sentimiento colectivo. Como el hijo, lleva en sí la sangre de quienes le dieron vida. Y las palabras se afilan, se moldean, se yerguen, se ondulan, obedientes al anhelo que cabalga sobre ellas.

«Libertad» sonora, apacible, generosa, sincera, se afirma, al final, como un rotundo mazazo que estremeciera las conciencias. La boca y el alma se abren para decirla, para aspirarla, e incorporarla, viviéndola, a nuestro ser. Sencilla, como el correr del agua. Y clara. Sus tres sílabas resuenan como el aleteo de tres pájaros blancos llamando los ojos cara al cielo anchuroso, cara a la bóveda común, infinita e inapropiable.

«Freedom» y suave, suave, dulce también. Dulce y armoniosa. En todas las lenguas se adapta el vocablo a la magnificencia de esta suprema aspiración de los pueblos. El nuevo concepto que el hombre

²¹ *Solidaridad Obrera*, n.º 1011, 9 de abril de 1935. Este artículo es una reescritura del que se publicó con el mismo título en enero del mismo año en *La Casa del Médico. Revista Gráfica Mensual*.

ha formado de sí mismo y de la vida; la estructura nueva que quiere dar a sus organizaciones, la vuelta a la bondad; todo ello tiene una extraña armonía y dulzura. Buscamos la sonrisa y el amor.

«Freiheit». También fuerte y rotunda. Y quizás un poco áspera; un poco inquieta, fruncido, tal vez, el entrecejo, con temor de que se atente contra ella. Vigilante por el tesoro que la Humanidad presiente sin lograr, aún, gozar.

Afirmando, categóricamente, como una voluntad bien templada, la nueva ambición que palpita en la naturaleza entera.

«Libertà» y con esa graciosa cadencia de la palabra amorosa; de la palabra que emociona y aquieta.

A ella se tienden, hoy, las manos de los hombres; y las miradas.

Sabor grato del pan; razón del esfuerzo cotidiano; quita voluptuosidad de la jornada satisfecha al calor del sol. Esto es: «Libertad».

Señor Amor

Y tú, ¿dónde dejaste la risa, señor Amor? ¿Dónde aquellas transparentes alas de mariposa y aquella ingenua mirada infantil?

Te perdiste, ya, cuando hicieron de ti un dios. Cuando había que adorarte con el talle quebrado, pálido el rostro, la mirada perdida con languidez enferma. Ciego y decaído, prematuramente marchito, reclinaste la cabeza y ahora no aciertas a despertar. El juez te garantiza la comida y un Dios la indisolubilidad. Pero tú no te hallas a gusto entre un bosque de mentiras. Jadeas, suspiras, estiras los brazos.

La humanidad carece de potencia de amar. Se ha quebrado el dulce gesto; ha huido la emoción tierna y desinteresada. Sobre los gritos de psuedofraternidad florecen las bayonetas. ¿Qué haremos, hombres, para acercarnos unos a otros sin desconfianza? ¿Qué haremos para robustecer nuestra capacidad de amor?

Unos a otros, se combaten los hermanos. El odio hace arcos en las cejas y blancura en los labios prietos. Se disparan sus flechas; se arrojan sus denuestos tras la muralla de sus intereses o de sus ideologías. Casa, escuela, calle, periódico, amigo, club o partido... todo atiza el odio, todo afila los dientes ansiosos. Es un deber glorioso morir o matar por la Patria, o por la Idea. Anteayer, matanzas en nombre de Dios, bajo la cruz o la media luna; ayer, catástrofes sangrientas a la sombra de las banderas y al ritmo de los ensueños heroicos; hoy, víctimas a la ideología... ¡Pretextos! Mientras el hombre ignore al amor, seguirá encontrándolos o fabricándolos en serie.

Pero, ¿no habrá una buena salida, señor Amor? ¿Será imposible encender la sonrisa, extender la paz como un río manso? Vamos a intentarlo, vamos a soñarlo sobre el mundo enfadado. Hay que rectificar el gesto y la intención; suavizar el alma y la cara; endulzar la mirada y la voz. Hay que sacar del caudal íntimo, de esta brasa infinita, todo nuestro bien y nuestra ilusión; altruizarlos, prenderlos en las cosas y en los corazones. Y quedarse, luego, como una puerta abierta a la espera de todas las sensaciones. Quizás temblando; quizás con un glorioso temor... pero prestos a recibir todos los rayos, todas las alegrías, todas las penas del mundo; y a llevarlas suavemente, sin que la sonrisa desfallezca, sin que se aflojen las manos asidas al mundo y al hombre.

Serenidad

Qué bien, abrir los ojos y los oídos ante un íntimo paisaje sin colorines ni estridencias. La luz baja tan quieta que casi no resbala, sino se duerme, pacífica, en el muro, en la frente y en el libro: ¡Ah, sí hermano! Hoy hemos trabajado juntos. Hemos vivido el ritmo de los demás. Todos los corazones latiendo a la vez; todos los brazos marcando igual compás. ¿Te acuerdas de las sonrisas cambiadas, ojos a ojos,

cómo ayudaban, cómo esforzaban? ¿Y aquel hondo suspiro del fin, no por ir al descanso, sino por la satisfacción de lo hecho?

Hoy hemos trabajado juntos. Ahora tenemos esta gran ligereza de sentirnos libres. Paradójicamente libres y ligados a todos. Casi creeríamos volar y, sin embargo, nuestro corazón está sujeto a tantas cosas! Al pequeño rincón soleado; al libro predilecto; al amigo mejor; a la canción de aquella tarde; al banco de aquel día... donde la mano ensayó la más dulce caricia.

Mira cómo desfilan al descanso los hombres del taller. Sin un rumor. ¿Hemos llegado ya a esa hora feliz del amor y la libertad? ¿Hemos arruinado, ya, los muros; hemos quebrado, ya, los hierros? Porque sólo cuando esto se haya hecho, cuando no seamos los unos para los otros un problema o un enemigo, conoceremos el inagotable misterio de la vida en serenidad.

A LA ANARQUÍA POR EL OPTIMISMO²²

Aunque no resolviera, de un modo categórico, todos los más dispersos problemas morales de donde aspira su sabia la dura raíz de la desgracia humana, el anarquismo merecería la simpatía y el apoyo decidido de las inteligencias capaces de filosofar elevadamente y de los corazones acostumbrados a sentir con generosidad, por el dulce y sano optimismo y por la hermosa confianza sobre la que levanta todo el edificio de sus doctrinas.

Aún más que de sus doctrinas, de su intuición. Porque una gran parte de los que militan en las filas del anarquismo, almas buenas, todavía prendidas en infantil ingenuidad, hacen esto principalmente: intuir. Su inteligencia no recibe —quizá por la desdicha de no poder— esa armadura, esa columna vertebral que es el razonamiento doctrinario, demasiado árido y extenso para su corazón y su desdicha de explotados, que encuentran más lógico para sí y más fácil para su impotencia enteramente exógena, el salto apasionado y rápido de la intuición.

Los fundadores de la economía política tuvieron, también, un cándido optimismo, una infinita fe en el dios que se manifiesta a través del orden natural. Y estos fundadores pesaron ante sus contemporáneos con un aire grave, cuando no eran sino como niños que se quedaban asombrados y satisfechos de haber resuelto un problema cuya solución creían ellos verdadera.

Ya está bien. Una ciencia debe empezar por cierta confianza, necesaria para su progreso. Pero, después, hay que liberarse de parcialidades y esto ya es más difícil.

²² *Solidaridad Obrera*, n.º 1022, 21 de abril de 1935.

Sin embargo, de su innegable respeto humano, los «economistas», escuetos, atentos sólo al estudio del mecanismo de la producción y distribución de la riqueza, nos parecen un poco fríos y silenciosos, como todo aquel que no hace más que razonar; o que si tiene alguna escapada por el campo sentimental, casi a salto de mata, lo hace por excepción.

Es necesario darse cuenta, como lo hace Sismondi, de que en la red de leyes y principios de economía, hay un factor herido y paciente, que todos han mirado con un poco de indiferencia: el hombre. Entonces es cuando la sociología nace, empapada de generosidad y compasión por ese factor en quien nadie se detuvo con cariño.

Antes de Sismondi el hombre era la víctima de leyes más o menos fatales; o el autor de su propia desgracia; y todo ello con una seriedad en la que difícilmente se podría sospechar la existencia de un tierno y desvelado sentimiento amoroso.

Cada vez más nos emocionamos ante el HOMBRE, descubierto por la sociología. Pero no sólo para compadecerlo buscando paliativos, sino para examinar concienzudamente la manera de librarlo de todos los males que le afligen. Todos los avances sociales coinciden en un punto: el medio social presente no responde a la naturaleza humana. Es un torcedor que martiriza todas las sensibilidades; que malogra toda posibilidad inteligente si sus «circunstancias» no han seguido un azar adecuado y dichoso; «económicamente» dichoso; y que falsea cualquier sentimiento aunque tenga su raíz en la más profunda e íntima entraña del individuo. Es necesario, pues, el advenimiento de un medio social que permita el desenvolvimiento y la vida humana sin violencias ni artificios.

Pero ¿cómo vendrá este nuevo medio? ¿Cuándo y de qué modo estupendo será su advenimiento entre nosotros? (Porque NOSOTROS somos los anhelantes de ahora y los que nos sigan en estas ansias

liberadoras). Habrá que crear ese medio; habrá que «adiestrar» en cierto modo a los individuos para las nuevas normas de convivencia, dicen los socialistas estatales. Y ponen todo bajo el control y dirección del Estado, que se llama de una o de otra manera.

Aquí no hay confianza en la naturaleza humana, manifestada en cada uno y en todos los hombres. Estos necesitan un día que les enseñen el camino de su dicha. Un preceptor que les riña y que les recompense, según sus merecimientos. Una fuerza exterior, siempre viene a orientar su voluntad; no la encuentran por sí mismos en su ruta, sino que desde fuera se les señala y se les impone.

Pero el anarquismo confía plenamente en el hombre, que empezamos a reconocer. Confía en su bondad original manchada, deformada y oculta por los defectos del sistema que les zarandea sin propiedad ninguna. Y con esta confianza, con este gran optimismo, cree firmemente que el individuo es capaz de encontrar por sí mismo la realización de su destino y de llegar al armónico desenvolvimiento de sus facultades. El anarquismo se extasía ante su descubrimiento que constituye una fructífera plataforma de doctrina. Porque, ¿cómo mantener el vigor del pensamiento anarquista si se negara su verdadera base, que es este candoroso optimismo? El medio social advendrá por sí mismo y naturalmente, con el derrumbamiento de cuantas trabas pesan sobre los hombres. Cuando éstos puedan volverse libremente y contemplar el panorama de la vida, despojados de abstracciones imperialistas, hallarán rápidamente el verdadero camino. Ahora no lo ven, porque una serie de sórdidos intereses se esfuerzan en tapar sus ojos y mantenerlos de espaldas.

El hombre es bueno. El anarquismo enfoca esta figurita perdida para los economistas escuetos, y se emociona ante ella. Dejad que el hombre desentumezca sus miembros y comience a caminar sin andaderas.

El gran optimismo que informa las doctrinas anarquistas, camina mejor a intuiciones, como todo lo que tiene gran cantidad de corazón. Forzosamente hay que anegarse en esa dulce confianza para no desmayar y no desconfiar del resultado final de todas las crisis, cada vez más crueles y violentas.

FRENTE AL GESTO BÉLICO²³

Llega pronto —quizá ha llegado ya— el momento de preguntarnos: Mujeres, ¿qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer ante el gesto bélico que de nuevo hincha sus velas en el horizonte del Mundo? Ahora ya nadie puede quedarse a retaguardia; en las aldeas dolientes pero aún no invadidas; en las ciudades unidas por fantásticos refugios subterráneos. Ya no vale esta vez querer jugar al escondite, porque los aviones se burlan zumbando detrás de las nubes que ellos fabrican; y los microbios vuelan a distancias grandes y los nuevos gases traspasan la ropa, la máscara y la piel. Ahora ya no puede nadie quedarse a retaguardia.

En otro tiempo, mujeres, creísteis cumplir una imaginaria misión en los hospitales, adonde llegaban maltrechos aquellos cuya partida no quisisteis o no supisteis evitar. No. Es necesario impedir que haya heridos, aunque vuestro falso romanticismo se duela por tener que renunciar al tierno papel de enfermera abnegada. No es eso lo necesario.

Todo se conmueve y todo sufre ante la guerra. Aunque no movilizadas, las mujeres también tuvieron que llevar sobre sus hombros el peso terrible. Las de vientre hecho fruto dejaron el recuerdo de los niños de guerra, desmedrados y tristes. Las demás supieron lo fatigosas peleas diarias con la escasez, con la substitución de alimentos. Los fisiólogos racionaban en el papel y jugaban con las calorías y las vitaminas como niños inconscientes. Pero el cuerpo humano no es un tubo de ensayo.

²³ *Tiempos Nuevos*, n.º 2, junio de 1935.

¿Qué debemos hacer, mujeres, en este nuevo trance? ¿Otra vez ver marchar a los compañeros de todos los días? En aquel tiempo triste, vosotras tomasteis el arado en su nombre; además —¿cómo pudisteis ser tan crueles y tan ciegas?— fuisteis a las fábricas de armas y explosivos, para empaquetar y pulir con vuestras manos la más odiosa de las muertes. La que iba zumbando, estallando, sobre las cabezas encogidas de los compañeros de otras mujeres... que también se afanaban porque también tenían un pedazo de esa múltiple razón de las guerras.

Ahora, se desvían los ojos femeninos de la tierra yerma en primavera; y sus manos del suave gesto acariciador. Seco y duro el fusil hace con ellas sus ejercicios, y los ojos se entornan, un poco oblicuos, para perfeccionar la formación. ¿También se han embriagado con el gesto bélico? ¿También les ha embriagado la arena febril y el mito de la patria con su banderita ondulante?

Hay que apresurarse; hay que apresurarse y acabar con todo eso. No levantéis la cabeza, mujeres, para mirar la tela simbólica; bajadla para mirar la evolución humana martirizada cruelmente por sus insensibles directores. No prestéis oídos a los himnos nacionales ni a las palabras retumbantes que os hablen de falsos deberes patrióticos; sino a esa otra voz dulce y profunda que sale del propio corazón y enseña el precepto intangible de amar a todos los seres y todas las cosas.

Reíd, reíd; no os dejéis prender en las leyendas que, al quebrarse, muestran sus entrañas de lágrimas.

Pasad con energía a defender la paz y la dulzura. Pasad sobre el gesto, sobre la institución, sobre la fuerza y el escándalo. Pero sonriendo siempre.

¿Dónde estáis? Tomad el caballo de la brida; alisad sus crines y decidle que ya no le desgarrará el lomo la estupidez de los hombres hecha metralla. Tomad al soldado de la mano y en vez de cigarrillos y

escapularios, dadle palabras de fuerza. Decidle que el campo abre la boca esperando sus granos; que la fragua es preciosa cuando chisporrotea el fuego y se tiñen de rojo los hércules; que hacen falta casas anchas y bien iluminadas; puentes, carreteras y ferrocarriles; barcos sin cañones que unan a los hombres en vez de exterminarlos.

No mantengáis una pasividad inexplicable e inexcusable. ¿Dónde estáis? No hace falta gritar, sino pasar delante. Llevar la luz, y hundir todo lo que pueda despertar el odio. No aprendáis el gesto militar, mujeres. Mandad sin disciplina; con esa suave gracia de los miembros sanos y libres; con esa actitud natural de la alegría. Volved la vista a la yema en primavera y la mano al dulce gesto acariciador. Pasad adelante.

Sin jactancia —sin gritar os digo—, obstruid con el cuerpo la puerta por donde los hombres hayan de salir. Que las manos son cerrajos y los brazos barras invencibles. Hacedos muralla frente a todos los choques.

Sin partidismos, sin distinciones, sin la menor grieta en el dique contra la creciente marea.

Poned a salvo contra todos los atentados ambiciosos, contra todos los asaltos del imperialismo y de la crueldad, el principio intangible del amor.

Arruinad por él cuanto sea preciso, sin piedad y sin reflexión. Salvadlo, porque es la única manera de que todo se salve.

PAPEL DEL VALOR EN LA MORAL LIBERTARIA²⁴

Es curioso observar la multiplicidad de conceptos por que pasa y ha pasado esto que dicen *valor personal*. Es natural que, primero, tuviese una medida grosera y bruta, hecha en la diaria lucha del hombre peludo y cavernícola contra todos los elementos que amenazaban su debilidad de retoño. Entonces el valor era enfrentarse con el animal que servía de comida; o con la pavorosa oscuridad con faroles de relámpago; o con el silencio interrogante y problemático de los bosques. Luego ya se podían matar las fieras a distancia, y por pasatiempo, pues la clase de animales comestibles se cultivaba cómodamente; y se supo que los relámpagos no eran un gesto colérico de la divinidad, sino una descarga eléctrica; y se hicieron bosquecitos artificiales para recreo y holganza.

Entonces el valor se apreciaba en aventuras de mayor o menor postín; y en duelos de más o menos fanfarronería. El tipo de medida para el valor, se hizo romántico y se clavó un mote en el estandarte: *Son mis amores reales*. Ya sabemos todos el pobre final de estos desafíos.

Ahora no comemos animaluchos; o al menos nos los dan muy bien disimulados en los cubiertos de abono, o en los banquetes caros; pasamos al borde del bosque desdeñosa y velozmente en el automóvil o en el tren eléctrico; y en cuanto al rayo, lo cogemos en la punta de una varilla de hierro como unos consumados malabaristas. Además, creemos en el amor libre y lo practicamos sin necesidad de bordar

²⁴ *Solidaridad Obrera*, 1 de agosto de 1935.

estandartes para decirlo y de salir en caballo con faldas. No. Hemos arruinado el viejo concepto del valor y no sabemos en qué vaso encerrar su esencia.

Pero en el tráfago de tanta y tanta conquista se nos ha perdido algo muypreciado: la independencia moral.

Cada uno de nosotros irrumpe en el Universo con su audacia y anhelos propios y la audacia y el anhelo de las generaciones pasadas hechas experiencia pequeñita en el plasma celular de su organismo. Cada uno de nosotros invade lo exterior en circunferencias cada vez más amplias que cierran astros y vacío, de cuya infinidad somos el centro. Pero en castigo a este derramarse, un malhechor se nos ha colado en casa. Un malhechor temible: el Otro.

Como al salir hemos dejado la puerta entreabierta, el Otro ha entrado traidoramente en nuestra conciencia, en nuestra alma, y se ha puesto a examinar todas las piezas que componen estos dos aposentos de nuestra verdadera intimidad. El Otro ha revuelto, ha quitado y puesto cosas diversas; y cuando hemos querido descansar, con el retorno, de nuestra gran aventura de conquista, se ha puesto nombres y disfraces para que no le pidamos cuenta de sus fechorías. Se llama Deber, o Sacrificio, o Fe, o Esperanza, o Amor, o Censura... Es igual. Para cada circunstancia tiene una apariencia que, a veces, quiere ser respetable. Pero no es más que la opinión de los demás controlando y conduciendo la nuestra; la voluntad ajena desmenuzando nuestra voluntad; la Vida y la Conciencia de los otros invadiendo nuestra Vida y nuestra Conciencia e instalándose en ellas.

Nuestro temor ha contribuido a engrandecer las fábulas; y por grande que sea el botín de fuera es mil veces mayor el tesoro perdido. Ahora, el Otro nos impone leyes, como nos indica modelos para el vestido; y nosotros obedecemos a los dos con igual beatífica mansedumbre. El Otro, desde el centro de nosotros mismos, ata y desata nuestras

acciones, nos ordena rumbos y pone la planta de su pie sobre el corazón y sobre las ideas.

Ante tal enemigo, nuevas perspectivas se ofrecen para el concepto del *valor personal*. Tenemos derecho a dudar del valor del cazador de leones, cuando teme que se rían sus semejantes de una camisa mal planchada que lleva, en el banquete ofrecido por sus admiradores.

Por ello, en nuestra moral de extrema vanguardia, el valor se aquilata en la pelea misma de lo interior. Las armas no sirven ya para contrastarlo; al menos las armas comunes. Ni la acción dura le concede ya prestigio. Ahora ha cambiado el tipo de los héroes.

El Otro nos tira sus flechas que juega a envenenar: el Ridículo, el Escándalo, la mala opinión de los demás, la Mentira, la Calumnia, el Des crédito, la Burla... En nuestra moral, el papel asignado al valor es resistir contra todo eso; agotar todos los proyectiles del Otro sin retroceder un paso; y luego de desarmarlo, lanzarlo fuera de sí sin otra fuerza de la iluminada de sonrisas: Serenidad.

ESTUDIOS

LA MORTALIDAD INFANTIL²⁵

El niño puede morir antes de haber nacido, antes de comenzar el trabajo del parto, durante éste o después de separado por completo del organismo materno. Ello hace dividir el conjunto de la mortalidad infantil en tres categorías:

- a) Mortinatalidad (para los que nacen muertos);
- b) Mortalidad neonatal (para los muertos en el período de *recién nacidos*, que comprende, próximamente, el primer mes);
- c) Mortalidad en el curso de la primera infancia.

La mortalidad infantil, en su conjunto, obedece a la influencia de dos factores: *médicos*, que constituyen todas las causas patológicas, y *sociales*, que comprenden las causas de predominio *económico*, pues, a fin de cuentas, a lo económico pueden referirse.

La mortinatalidad se reparte en tres grupos:

1. Mortinatalidad antenatal (muertos antes del trabajo del parto).
2. Mortinatalidad intranatal (muertos durante el trabajo).
3. Mortinatalidad postnatal (muertos poco después del nacimiento, cuando el corazón funciona, pero la respiración no se ha establecido).

²⁵ *Tiempos Nuevos*, 1 de septiembre de 1935.

La Sociedad de las Naciones ha resumido las causas de la mortinatalidad de este modo:

Las causas de la mortinatalidad antenatal son habitualmente una enfermedad de la madre o de la placenta; el feto sale macerado.

Las causas de la mortinatalidad fetal intranatal, por lesiones intra-craneanas del feto, parto prolongado, espina bífida, desprendimiento prematuro de la placenta, etc.

Las causas de la mortalidad postnatal, por lesiones craneanas ves, debidas a un trabajo laborioso de parto.

Quedan fuera de esta clasificación muchas causas. Pero las razones médicas no nos interesan ahora principalmente y tampoco nos interesa mucho la mortinatalidad.

Creemos más importante, para nuestro objeto, agrupar las causas que influyen en las cifras de la mortalidad infantil durante la primera infancia, y sobre todo hacer resaltar aquellos factores tan estrictamente unidos a la organización social o a la moral que es su consecuencia, que sólo se modificarán radicalmente cuando se modifiquen los errores que sustentan unas y otros.

Factores influyentes

La *raza* influye sobre la mortalidad infantil, pero quizá gran parte de lo que a ella se atribuye se deba a las diversas condiciones económicas y morales de los distintos pueblos. No obstante, parece que existe una superioridad biológica en ciertas razas que da a los niños una mayor resistencia contra las enfermedades. Tal ocurre entre los rusos.

El *clima* y dentro de un mismo clima las *estaciones*, influyen sobre las cifras de mortalidad infantil. Pero este factor no nos interesa. Ocurre lo mismo con la *edad* del niño; a medida que ésta aumenta, el pequeño se hace más resistente, pero también tiene más ocasiones de enfermar por el mayor contacto con el medio.

La *edad de la madre* ejerce su influencia en el sentido de que la mortalidad infantil es mayor cuando la madre tiene menos de dieciocho años, y mucho mayor cuando la madre pasa de los cuarenta años. Esto puede recordarse en el sentido de que las circunstancias económicas tienden a retrasar cada vez más el nacimiento de los hijos.

Muchos factores sociales influyen en el *estado físico de la madre*, y éste, a su vez, influye en la mortalidad infantil. La *muerte de la madre* crea un conjunto de circunstancias favorecedoras de la mortalidad de los lactantes, las *enfermedades maternas* y las *malas condiciones de lactancia* ejercen su acción en el mismo sentido. Y no hace falta recordar, si queremos limitar la extensión de este trabajo, que la salud maternal es la resultante de una buena higiene, una buena constitución, una correcta vigilancia médica; de adecuada alimentación, habitación saludable y ejercicio y reposo lo mismo físicos que intelectuales, discretos y oportunos. Pero, ¿siempre se puede conseguir el juego armonioso de todas estas coincidencias?

La mortalidad infantil depende de la *frecuencia de los nacimientos*, de su *sucesión*, del *intervalo que los separa*. Los niños de familias numerosas mueren en una proporción mayor; la mortalidad entre los niños de una misma familia es tanto más frecuente cuanto más cortos son los intervalos que separan los nacimientos. La mortalidad debida a nacimientos muy aproximados está influenciada igualmente por la edad de la madre. He aquí, pues, un factor interesante. Es clara la necesidad de regular los intervalos y el orden de los embarazos si queremos ver descender la curva de mortalidad infantil, y de la mortalidad maternal también influida poderosamente por esta causa. No puede conseguirse este objetivo fuera de generación consciente del control de los nacimientos, cuyo enunciado todavía levanta nubes de espanto en muchas conciencias.

Adelantemos que entre los niños nacidos con intervalo de un año, la mortalidad alcanza el 146,7 %.

Entre los nacidos después de un intervalo de dos años, la mortalidad es de 98,6 %.

Entre los nacidos con un intervalo mayor de tres años, la cifra de mortalidad baja a 86,5 %.

El *modo de alimentación* influye de una manera extraordinaria; y todo el mundo sabe en cuánto disminuye los riesgos de muerte del niño, una lactancia natural, bien dirigida, y dentro de la lactancia artificial, la buena cualidad de la leche, las cantidades de ésta, sus suplementos... Pero la pobreza de las clases proletarias, la extrema indigencia de los *parados*, les aleja tantas veces del establo donde hay una buena leche para niños! Y luego, en las habitaciones pequeñas y superpobladas, los rigores del verano se extreman, los gérmenes de la leche se multiplican exageradamente a falta de la refrigeración precisa; el niño pequeño se abate ante el calor para el cual es tan sensible; se pone en contacto con objetos contaminados, con adultos enfermos. La madre misma, girando en el círculo de su pobreza que la arrastra, a veces, a trabajos inadecuados, no puede atender al chiquillo, y todavía no hay casas-cunas ni guarderías suficientes para todos... La mortalidad suma nuevas cifras.

El *estado civil* de la madre también se deja sentir. De tal manera está todo podrido, penetrado hasta lo más íntimo por la idea de pecado en la libertad de amar, que sobre la vida pequeñita también amenaza esta absurda y bien defendida concepción.

Los hijos de madres solteras mueren en mayor número que los que son producto de una «decente» y «legítima» unión. Generalmente, el hijo de madre soltera supone el hijo de madre abandonada... y ya sabemos cómo se mira todo esto aun por las personas que dicen haber vencido todo prejuicio. La madre abandonada se encuentra en

condiciones de vida social y económica muy difíciles, que repercuten sobre el niño. El niño, que supone casi siempre una carga para la madre, tiene que soportar la privación de alimentos e higiene. Casi siempre son alimentados artificialmente. Según cifras generales, de 62 a 75 por ciento de estos pobres niños no son alimentados al pecho; 29 a 43 por ciento son lactados menos de tres meses consecutivos, y solamente 0,5 por ciento son amamantados un tiempo suficiente. Cuando la madre no es de una moral muy elevada y no tiene una personalidad muy fuerte, puede abandonar al niño y no es necesario culparla de ello furiosamente. Los niños abandonados se encuentran en una situación muy penosa, y su suerte depende, en parte, de la estación del año y del momento en que son abandonados. Algunos mueren de hambre y de frío; otros contraen enfermedades, generalmente del aparato respiratorio; los más afortunados son colocados en establecimientos de auxilio social. Posteriormente, estos niños viven bajo la amenaza de infecciones epidérmicas de los establecimientos y soportan penosamente la vida.

La *habitación* guarda una relación directa con la mortalidad infantil en el curso del primer año. La cifra varía según el número de habitaciones que ocupa la familia en relación con el número de niños. También influye la calidad de la construcción, la limpieza, la aireación y la luz.

Cifras generales

En cifras generales, Woodbury establece lo siguiente:

La mortalidad total de lactantes que han sobrevivido dos semanas después del nacimiento es de 75 por mil.

En las habitaciones con menos de una persona por pieza, 52,1 por mil.

En las habitaciones con 1 o 2 personas por pieza, 94,9 por mil.

En las habitaciones con 2 y más personas por pieza, 135,7 por mil.

Cuanto más grande es la promiscuidad, más amenazado se encuentra el niño y más fácilmente es presa de enfermedades...

Y... ¿será preciso recordar la superpromiscuidad forzada de la clase proletaria?

Existe una relación directa, también, entre el número de niños de una familia y la mortalidad infantil. Las razones son, en gran parte, de orden económico. En familias después de veinte años de constituidas, la proporción de niños vivos es:

En familias con un niño, 78 por ciento.

En familias con dos niños, 74 por ciento.

En familias con tres niños, 70 por ciento.

En orden decreciente, las familias con más de tres niños no tienen más que un 40 por ciento vivos.

El *grado de cultura* y las *aptitudes* de la madre dirigen mejor la higiene del embarazo, la puericultura antenatal, la higiene del recién nacido, lo mismo que su alimentación y de esta manera influyen sobre la salud del niño.

Entre 65 por ciento de madres que aplican de una manera racional los principios de alimentación, sólo hay un 8,5 por ciento que alimentan mal a sus niños. Las que no están bien instruidas en este sentido regulan mal la alimentación en una proporción de 32 por ciento.

La *moral* de los padres tiene una relación muy estrecha con la salud de los niños. Sólo como recuerdo rápido diremos que en familias de grandes bebedores de alcohol la mortalidad infantil alcanza el 55 por ciento. Una gran parte de estos niños mueren en el primer mes. Algo semejante podría decirse de las intoxicaciones por el vicio y de las profesionales. Pero nuestro trabajo se haría demasiado largo.

Diremos, por fin, que existe una apreciable diferencia entre las cifras de mortalidad infantil en familias pobres y en familias acomodadas. La mortalidad referida a la situación material de la familia, referida a 1.000 nacimientos y en niños de 0 a 4 años, alcanza:

Clase rica: 5,2-2,8 por ciento.

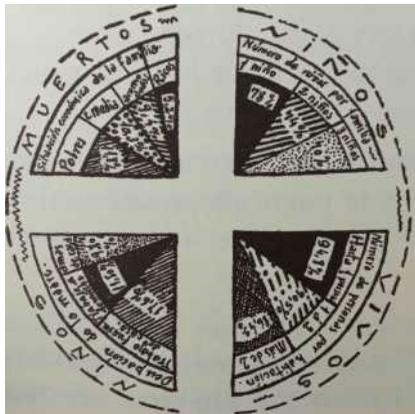
Clase acomodada: 9,4-5,2 por ciento.

Clase media: 10,3-6,7 por ciento.

Clase pobre: 11,8-7,1 por ciento.

La interpretación de estas cifras es plural: trabajo de la madre y su calidad; trabajo durante la gestación; alimentación artificial; alimentación insuficiente, higiene defectuosa... en grado creciente hacia la clase pobre.

Damos este gráfico resumiendo la mortalidad infantil debida a causas sociales y prometemos continuar estos interesantes estudios:



LA AUTORIDAD EN EL AMOR Y EN LA SOCIEDAD²⁶

El escritor inglés D. H. Lawrence, en su folleto *Defensa de Lady Chatterley*, se esfuerza en convencernos de que el sacramento del matrimonio no ha sido ni más ni menos que la mayor aportación del cristianismo a la felicidad humana. Y nos pinta un ser humano deseoso de autoridad y agarrándose fuertemente al concepto cristiano-burgués de la familia, en el que puede satisfacer sus ansias de mando sin que ningún contratiempo del exterior le perturbe.

Los contratiempos son los mil enredos de las leyes superabundantes y nocivas. Todo este alegato de Lawrence en pro del matrimonio cristiano, no tiene sino el inconveniente fundamental de que la sociedad matrimonial cae de pleno en la esfera legislativa, y es un sueño la independencia familiar, con respecto a los *contratiempos* de fuera. El *asunto privado* del amor, en cuanto se hace matrimonio, se pierde para la sinceridad y la alegría, y se gana para el encasillamiento, el atropello y demás cosas adjetivables que Proudhon lanzara en fecundo chorro cuando quería definir lo que era ser gobernado.

La objetividad masculina, en efecto, ha proyectado su reflejo sobre la nefasta institución; y la ha teñido de su matiz peculiar, después de hacer las ciencias unilaterales y de cortar un ala a la psicología humana. De fuera, se rompe la fraternidad, y la sonrisa desaparece cuando el hombre siente presa su voluntad; cuando se ve forzado a vivir por los demás que se han introducido en él y que le coaccionan sin tregua y le esquilman sin compasión.

²⁶ *Solidaridad Obrera*, n.º 1076, 27 de septiembre de 1935.

Hasta las gentes más ignorantes, crecidas en un ambiente donde siempre aprendieron que su deber era resignarse, tienen momentos de su vida en que protestan, en que se preguntan por qué las cosas han de ser así, y sienten el aleteo angustioso de su voluntad ahogada.

Si una voluntad está sobre otra, la felicidad es imposible. El individuo gobernado, constreñido, maniatado, ni puede comprender la gracia fresca de la vida, y al presentirla y vérsela arrebatada, se llena de odio contra la autoridad.

La tendencia natural del ser humano, se ve perturbada constantemente, y es forzoso que aparezcan señales de malestar. La autoridad, de la diversidad variada y armónica de los hombres, hace patrones a la medida. Nadie puede amar su cadena.

Es igual que la colectividad esté integrada por dos personas, y que éstas hayan contratado su amor como se contrata el alquiler de una finca. El primer error es no contar con las naturales variaciones de la voluntad y hacer el contrato prácticamente *para siempre*, pues aunque otra cosa digan las leyes, la mentalidad de gran número de personas no acierta a ver más allá. Otro error es no comprender que, aun constituida una familia, no puede ser obstáculo, ni debe serlo, para cultivar fuera de ella otros amores tiernos y acendrados. Cuando en la pareja humana, uno de los individuos se hace límite del otro, carga del otro, deber del otro, todo lo desagradable, en fin, el amor ya ha desaparecido. El dulce juego por el que mutuamente deben ofrecerse los amantes sus más tiernas alegrías, las flores más bellas, frescas de su existencia, tórnase obligación pesada y diaria. En la traidora red se quedan, angustiadas, un sin fin de ilusiones; porque la mayor parte de las personas es cobarde, aun para sí mismas, y prefiere vivir la comedia de un deber en el que ni ellos creen desde su corazón.

Dentro y fuera de la equivocada idea de Lawrence, la autoridad mide el tiempo y pide cuentas de él. Estruja el corazón, la mente y el

músculo. Pero más se debe avergonzar quien lo soporta. No se envilece tanto quien tiraniza, como quien se deja tiranizar. No se envilece tanto quien limita y oprime al ser que dice amado, como éste, que se deja limitar y oprimir.

LA CONVIVENCIA, ANTÍDOTO DEL AMOR²⁷

Lo sentiría que no lo tomaseis en serio, porque merece la pena. El asunto es delicado, pues en la realidad es lo más difícil de hacer bien. «Convivir» es algo extraordinario cuando quiere llevarse a cabo correctamente... y no se lleva casi nunca. No me pongáis cara de desilusión... quizás alguno de vosotros ha pedido permiso al juez para poder besar a una mujer sin que nadie se escandalice; y para poder tener hijos con «todas las de la ley». Claro, si catáis en este caso... me explico hasta la indignación vuestra. En el trance de desearla, la convivencia se nos aparece como un camino de flores. Con guardas armados y todo. ¡Qué bien! Comeremos, cenaremos, dormiremos, pasearemos... con «ella»... o con «él». Cuando leamos el periódico, estará «ella» o «él» asomado por detrás del hombro. Cuando nos cambiemos de zapatos, estará «ella» o «él», vigilando, por si se enredan los cordones. Cuando nos abrochemos un botón, cuando nos peinemos, cuando escribamos, cuando pensemos... ¡cuando nos hartemos también! Allí estará «ella» o «él», implacable, inmutable, indescifrable. Estará su olor, su ruido, su voz, su presencia, voluntad, su pensamiento... como un pesado envoltorio de nuestro olor, de nuestro ruido, de nuestra presencia, de nuestra voluntad, de nuestro pensamiento... Será «él» o «ella», el que también tendrá un teléfono con el mismo número que el vuestro; el que tendrá una llave igual que la vuestra para entrar en una casa que está metida dentro de la vuestra, tan ajustadas que no se pueden despegar.

²⁷ *Solidaridad Obrera*, 19 de diciembre de 1935.

¡Oh! Un día, uno se siente tímidamente, dulcemente individualista. Quiere encogerse, enroscarse su alma, como un perrito, en un pacífico rincón solitario. Uno trabaja para pagar ese rincón; uno lo ha soñado muchas veces... ¡Sí! ¡Sí! Cuando comenzamos a gustar esa hermosura de la paz... ¡él! o ¡ella! porque pueden aparecer en cualquier momento, su presencia es una amenaza que nunca sabemos cuándo ha de cumplirse. Y, claro, nos molestan sin molestarnos, ¡Oh, absurdo! Porque el ser amado no debe molestar, aunque moleste; no podemos decírselo, porque entonces se marchará enfadado y está en su casa... A veces estaremos escribiendo, o leyendo con entusiasmo... «él» o «ella» están en la habitación próxima y sabemos que, inesperadamente, pueden salir, llegar a nuestro lado, interrumpirnos, molestar sin molestar, porque hay que sonreír y ponerse muy alegre y tirar a rodar el libro o las cuartillas.

Alguna vez hemos visto ese suspiro de satisfacción, ese gesto de grato descanso en la cara de las mujeres. Y dicen: ¡Ya se ha ido!

En efecto. Entonces es la gloria de moverse con soltura, de pensar con audacia, de volver los ojos y no ver a nadie. Y otras veces hemos visto el gesto cansado de esos hombres que empujan dulcemente a su compañera escuchando sus últimas palabras mientras le dicen: «Sí, sí... está bien... ¡vete!» y cuando ella se va, él se vuelve y sonríe satisfecho al grupo de sus amigos, si estaba con ellos; o al vacío, si estaba solo.

La mejor propiedad particular es el tiempo. Se le divide en pedacitos menudos, como taquilleros de un bureau americano. ¡Eh! Aquí está el almuerzo, aquí la lectura del buen libro, aquí el paseo, aquí la fresca meditación a solas... Pero llega «él» o «ella» y empieza a revolver el bureau... es decir, que se presenta a la hora que teníamos destinada para el almuerzo, o para la fresca meditación, o... Y si nos sentimos tímidamente, dulcemente individualistas, empezamos a

sentir una sorda e íntima inquietud: ¡Eh! ¿Quién eres tú para entrar por mi tiempo como un ladrón? Yo quiero verte de común acuerdo, preparando la hora sabrosa que no será, por eso, menos espontánea y sorprendente. ¿No sabes que ahora yo «no deseo» verte y tu presencia es una imposición, como lo sería la mía si tú no lo desearas?

Pero a este razonamiento íntimo que «él» o «ella», por íntimo, desconocen, responden posando la mirada en una carta que acabamos de recibir, y nos preguntan de quién es; o se callan aguantándose el deseo franco de abrirla atropellando la voluntad de quien escribió para nosotros solos; y nos preguntan a qué hora vamos a salir y a volver, y a soñar... ¡Ay! Dan ganas de dejar el rincón sólo que se soñaba; la llavecita que lo abre; el teléfono que te tiende un puente hacia el resto del mundo... dan ganas de dejar todo eso en manos del ser amado y marcharse, como un borracho vagabundo a un banco estrecho y amplio en su soledad, de cualquier plaza pública.

A nadie se le ha ocurrido establecer en regla, para sostener escondido el amor en plena ilusión, limitar la convivencia y la intimidad. Tener la habitación común dividida con tabiques invisibles, pero impracticables relativamente; educar la moral de tal manera, que el individuo pueda sentirse solo para su responsabilidad, para su pensar, para su sosiego; y acompañado para que el dulce amigo sea deseado, recibido con el gozo y la ilusión que se recibe «al que viene».

¡Cuánto más inteligentes en amor son los que conviven sus horas diarias, y luego saben desprenderse, sin vaciar por eso el corazón!

Pero ¿qué decimos? ¡A cualquiera vamos a contarle cuentos idealistas! ¡Como si fuera tan fácil de recortarse la silueta de este amor que deseamos, lejano, pero viniendo a nosotros cada vez; apasionado, íntegro, a lo Werther, pero bañándose en aire fresco para llenarse de ansias nuevamente; altruista, pero retirado, «individualista», con un pequeño cerco donde nadie pueda entrar; dulce, dulce, dulce,

irradiándose al infinito... pero celoso y firme para mantener la gracia y la serenidad de su línea sin arborizaciones!

Todavía no llegamos. Aún hay que molestarse mutuamente.

MORBILIDAD Y MORTALIDAD MATERNALES²⁸

Factores sociales

Además de las causas médicas que determinan primitiva o secundariamente la mortalidad maternal, existen otros factores que influyen claramente las cifras de la morbilidad y la mortalidad de las madres. Se trata de los factores sociales. Ellos preparan las condiciones en que ha de evolucionar la maternidad y permiten o impiden, según su calidad, la actuación de los factores de orden médico. Expondremos los más importantes:

Raza

La *mortalidad maternal* varía de una raza a otra. Woodbury afirma que ello es debido a un conjunto de estados fisiológicos y anatómicos, así como a las condiciones de educación y de higiene: todo variable según las razas. Más adelante damos un cuadro detallado de este aspecto: pero podemos adelantar que la mortalidad maternal es mayor entre los húngaros, los ingleses, y sobre todo los negros; mientras tiene cifras más reducidas entre los americanos, los canadienses, alemanes, etc.

²⁸ *Tiempos Nuevos*, n.º 2, 1 de febrero de 1936.

Medio urbano o rural

En regla general y mientras se obtengan conclusiones de las estadísticas, la mortalidad maternal es mayor en las ciudades que en los campos.

Según las estadísticas reunidas por los Estados Unidos en 1921, la mortalidad maternal en el medio rural es de 3,9 por mil nacimientos de niños vivos, de los que 2,1 representa la mortalidad por infección puerperal y 3,8 la mortalidad por las demás causas; mientras que en las ciudades, la cifra de mortalidad alcanza 7,7 por mil nacimientos de niños vivos, de las que 3,3 son por infección puerperal y 4,4 por diversas causas.

Estas conclusiones, sin embargo, solamente son ciertas para los países cuya población está constantemente transformándose a consecuencia de las inmigraciones y donde la asistencia urbana está medianamente organizada; en estos medios, todas las enfermedades se extienden con suma facilidad.

Pero cuando la asistencia urbana se organiza bien, y el nivel intelectual e higiénico de la colectividad es más elevado, la mortalidad maternal rural se eleva notablemente con relación a la urbana. Al final va un cuadro demostrativo.

Situación económica

La mortalidad maternal es tanto más elevada cuanto menores son los ingresos de la familia. Woodbury deduce de sus estadísticas que la mortalidad maternal es de 5,3 % cuando los ingresos del padre son inferiores a 850 dólares; mientras no sobrepasa la cifra de 3,3 % cuando los ingresos son superiores a la cifra anterior. ¡Qué amargas reflexiones sugieren estas cifras! No es bastante el tributo de la fuerza, del brío, del ingenio... ¡El sistema capitalista exige también el tributo de la más preciada vida materna! En Francia, las cifras obtenidas son:

Ricos	8,2 %	nacidos vivos
Acomodados	7,00 %	» »
Pobres	8,8 %	» »
Muy pobres	9,8 %	» »

La multiparidad

La mortalidad maternal es tanto mayor cuanto mayor es el número de embarazos que la mujer ha experimentado. Esto puede explicarse por las sobrecargas repetidas que las sucesivas gestaciones representan, la debilitación del organismo y la influencia nociva que, repetidamente, han ejercido los diversos factores sociales en los anteriores embarazos.

También es grande la mortalidad maternal en los embarazos gemelares por el mayor número de intervenciones obstétricas que es preciso realizar y la mayor sobrecarga que para el organismo femenino representa la gestación gemelar. En los embarazos dobles, la frecuencia de intervenciones viene a ser doble, también, que en los simples; y además las intervenciones practicadas en esos casos dan una mortalidad más elevada que las realizadas en embarazadas con un solo feto.

La mortalidad maternal, viene a ser de 34,5 % en los embarazos gemelares: y de 16 % en los únicos, lo que representa más del doble (estadísticas noruegas).

Orden de los nacimientos

A igualdad de las demás condiciones, la maternidad maternal es tanto mayor cuanto mayor ha sido el número de embarazos anteriores. Según estadísticas de Baltimore, en las grandes múltiparas, la mortalidad maternal alcanza durante el primer trimestre la cifra de 8,2 ‰ y es mucho menos en las que han tenido menos de ocho partos. Sin

embargo, la mortalidad en las primíparas alcanza la cifra de 6,2 ‰, debido a la falta de experiencia y cuidados higiénicos y a las malformaciones y obstáculos que aparecen en el primer parto. La cifra menor de mortalidad maternal se observa en el tercer embarazo, con 1,9 ‰ y su razón es la madurez de la mujer para esta época así como la experiencia que ha adquirido por el hecho de su maternidad.

Edad de la madre

Este factor influye en el sentido de que la cifra de mortalidad maternal es mayor en las mujeres por debajo de veinte y por encima de cuarenta y cinco años.

No quisiera hablar de la influencia de la habitación, de la alimentación y del estado civil de la madre sobre la mortalidad de las mismas. Al tratar de los dos primeros, se haría patente una vez más la dura consecuencia de las injusticias sociales, de la irritante desigualdad que hasta en la función social de la maternidad deja su huella. Y del estado civil ¿qué diremos, sino que nos avergüenza que todavía sea una razón que trueque en gloria sin límites o en vergüenza sin fondo el hecho maternal? ¡Pobres *puras conciencias*, pobres *almas sin manchas*, las defensoras ciegas de la regla moral, estricta, severa e inhumana! Habría que gritarles con voz de corazón: ¡Dejad que las mujeres amen: ¡Dejad que tengan sus amantes elegidos, que se fundan y pierdan en los brazos y en la vida del amado, y que puedan levantar como el más humano y sencillo de los trofeos, el hijo bienvenido, el hijo de su amor... el niño que tanta falta hace en toda vida de mujer...!

MORTALIDAD MATERNAL EN DIVERSOS ESTADOS (1920)

Mortalidad maternal por 1.000 nacidos vivos

ESTADOS	Todos los Factores puerperales	Septicemia puerpera	Otras causas puerperales
EEUU	7,99	2,67	5,32
Chile	7,48	2,09	5,39
Francia	6,64	3,30	3,34
Nueva Zelanda	6,48	2,24	4,24
Escocia	6,15	1,77	4,38
Bélgica	6,09	2,62	3,47
Irlanda	5,53	1,66	3,87
Alemania	5,15	2,86	2,29
Austria	5,01	1,83	3,17
España	5,01	3,10	1,91
Inglaterra y País de Gales	4,33	1,81	2,52
U. Sudafricana	4,10	1,93	2,16
Italia	3,67	1,41	2,26
Finlandia	3,60	—	—
Japón	3,53	1,33	2,20
Uruguay	3,38	2,06	1,32
Noruega	2,97	0,82	2,15
Suecia	2,58	1,26	1,31
Holanda	2,42	0,84	1,57
Dinamarca	2,35	1,34	1,01

MORTALIDAD MATERNAL SEGÚN EL MEDIO URBANO O RURAL

Mortalidad por factores puerperales

(Por 1.000 nacidos vivos)

Nº de habitantes	Conjunto de causas	Septicemia puerperal	Los demás factores reunidos
10.000 a 25.000	8,3	3,4	4,9
25.000 a 50.000	8,1	3,6	4,5
50.000 a 100.000	7,9	3,3	4,7
10.000	7,5	3,2	4,2

LA TUBERCULOSIS, ENFERMEDAD SOCIAL²⁹

Siendo la herencia de la tuberculosis una cuestión que carece de importancia práctica, importa conocer bien los factores que influyen en el contagio de la enfermedad, modo como en la vida corriente se adquiere la tuberculosis. El contagio, prácticamente, se verifica en la infancia la gran mayoría de las veces; y el niño infectado puede recorrer dos caminos distintos: o se hace tuberculoso franco, verdadero enfermo cuyo final depende de causas que ahora no nos importan, o dominando la infección por medio de sus defensas naturales, acorrala y limita los bacilos tuberculosos en algún rincón de su organismo desde donde éstos ejercen una acción permanente de vacuna que le inmuniza relativamente, contra infecciones posteriores. Pero éstas pueden, por sus exigencias, sobrepasar las defensas del individuo; o estas defensas debilitarse por alguna razón; y entonces estalla la enfermedad. Estas infecciones post-infantiles que sobrepasan el umbral de tolerancia, constituyen lo que prácticamente se llama contagio tuberculoso.

¿Qué factores sociales influyen en este contagio? Todos aquellos que favorecen la promiscuidad, el contacto persistente e íntimo, y por consiguiente, la superinfección; y todos aquellos que disminuyen el vigor y la salud, y, por tanto, las defensas orgánicas.

²⁹ *Tiempos Nuevos*, n.º 3, 1 de marzo de 1936.

Aglomeraciones humanas

Su acción nefasta se echa de ver siguiendo las huellas de la «civilización». Allí donde la humanidad constituye núcleos de población densos, aparece la tuberculosis cuya intensidad es paralela a la densidad del grupo humano; en los grupos indemnes, la infección tuberculosa es introducida por los elementos que pretenden llevar la civilización, con otras enfermedades, como las venéreas; y algunos vicios, como el alcoholismo y el tabaco.

Vida familiar

Ésta favorece el contagio en elevadas proporciones y cualquiera puede comprenderlo si se considera que la vida familiar lleva consigo la intimidad del contagio con la fuente infectada: la persistencia de dicho contacto. Por esto, la vida familiar es un origen copioso de superinfecciones continuadas, particularmente peligrosas en los niños, en los que las defensas orgánicas no están, aún, bien aptas para su cometido. El contacto más peligroso tiene lugar cuando la fuente de contagio está constituida por la madre. El niño bebe y respira el aliento materno; la madre prepara las ropas y los alimentos del pequeñito; ella misma los prueba para comprobar su sabor y su temperatura... ¡Ninguna intimidad como la de la madre y el niño! ¡Ninguna tuberculosis tan peligrosa para el niño como la de su madre!

Vida escolar

Después de la vida familiar, amenaza al niño el contagio en la escuela. Aquí puede proceder de los compañeros o del maestro. Muchas veces no son los compañeros de banco los que contagian al niño, sino los que salen con él y le acompañan por la calle. En cuanto a la tuberculosis del maestro, el problema es de solución difícil en la sociedad

burguesa; porque el maestro con una tuberculosis abierta debe ser separado de la enseñanza; y en este caso pierde generalmente los medios de vida, por lo que procura ocultar su enfermedad hasta donde y cuando le es posible.

La forma más peligrosa de la tuberculosis del maestro, es la de localización laríngea, pues en este caso en todas las conversaciones se realiza una abundante emisión de bacilos.

Vida militar

Después de la escuela, el cuartel contribuye de manera importante a diseminar la tuberculosis. Se realizan, durante este período de la vida, una serie de condiciones que favorecen el contagio: edad juvenil, hacinamiento, malas condiciones higiénicas de la habitación, promiscuidad, sobrecarga física, etc. Todo ello se acentúa en épocas de guerra, en que las condiciones de vida son antihigiénicas en grado superlativo y la fatiga física y moral con la alimentación insuficiente cuantitativa y cualitativamente, debilitan en grado pronunciado la resistencia del organismo.

La vida militar ejerce, además, un funesto influjo sobre la morbilidad tuberculosa, en el sentido de que, después de su licenciamiento, los jóvenes contagiados llevan su enfermedad al medio familiar; generalmente, al medio rural en que residen, y donde, en contra de la abundancia de sol y de aire, está muchas veces el alojamiento antihigiénico.

Alojamiento

Debe reunir las condiciones primordiales de ser bien soleado y bien ventilado. Además no debe estar superpoblado. En realidad, cada uno de los miembros de la familia debe tener su habitación, con luz y

ventilación directa. El estudio estadístico de los diferentes distritos de una población, enseña que la morbilidad tuberculosa es tanto mayor cuanto más superpobladas se encuentran las viviendas. Facilitan en este caso los contagios, la intimidad y frecuencia de los contactos, la falta de aireación y la oscuridad.

Alimentación

Una alimentación escasa o inadecuada, produce un debilitamiento del organismo, cuya resistencia es así disminuida. Durante los períodos de guerra, o de hambre debida a otras causas, se ve ejercer a la hipoadministración su nefasta influencia sobre la cifra de morbilidad por tuberculosis.

La educación alimenticia debe ocupar un lugar importante en la lucha contra la tuberculosis.

Industrialización

Actúa, por una parte, favoreciendo las aglomeraciones humanas; las cuales sufren, casi siempre, de una insuficiente aireación, y de un alojamiento en condiciones defectuosas. Además, la industrialización es productora de polvos cuya acción sobre los pulmones desempeña cierto papel en la diseminación del contagio.

Sin embargo, en la actualidad, la cifra de morbilidad tuberculosa en los campos ha aumentado más que la de las ciudades, relativamente.

Esto parece debido al retorno al hogar de los militares tuberculosos, muy notablemente después de la guerra europea. Durante el triste acontecimiento, se manifestó, también, un aumento relativo de la tuberculosis femenina mayor que la masculina; paralelo al aumento de la mano de obra femenina en la industria.

Profesiones

Son tanto más importantes como factores de tuberculización, cuanto que reúnen en mayor grado estéis dos condiciones nocivas: aglomeración de personal y permanencia en lugares cerrados. De tal manera, vemos hacerse mayor la cifra de tuberculosos en los empleados de oficina, en los funcionarios de casas de Correos, por ejemplo; en las poblaciones de prisiones y conventos, etc., etc.

La profesión influye, también, poniendo en contacto al sujeto con la fuente infectante o con el material tuberculoso. Es lo que ocurre entre los médicos, enfermeras, lavanderas, etc.

Alcoholismo

No influye como factor de tuberculización más que cuando, en dosis exageradas, produce alteraciones que debilitan las defensas orgánicas. Esta decadencia se halla agravada por otros productos tóxicos que siempre van presentes en las bebidas alcohólicas.

Por lo demás, si el papel del alcoholismo se ha exagerado con respecto a la tuberculosis, son bastantes los perjuicios que ocasiona al hombre para encontrar argumentos sobrados con que combatirlo.

Paro y miseria

La tuberculosis es, realmente, enfermedad de miseria, en el sentido de que ésta hace real la habitación antihigiénica y sobrepoblada, la alimentación insuficiente y la decadencia orgánica. Claro que la tuberculosis no castiga menos a los ricos, cuando éstos se exponen a la contaminación. No obstante, el paro supone el aumento de morbilidad y la agravación de los casos existentes.

Cifras generales

28 por 100 aproximadamente, de adultos tuberculosos, proceden de padres tuberculosos.

León Bernard, estudiando 123 familias con ascendientes tuberculosos y comprendiendo 501 niños, obtiene que:

15,4 por 100 mueren en la primera infancia.

18,2 por 100 mueren de tuberculosis más tarde.

37,2 por 100 eran tuberculosos en la época de la investigación.

29,2 por 100 permanecían aún indemnes.

Resumen: que 70,8 por 100 de los niños de familias tuberculosas habían muerto o eran tuberculosos.

En España, las estadísticas confeccionadas hasta 1931, señalan, para este año, las cifras máxima y mínima, respectivamente, de muertos por tuberculosis por 100 fallecidos de 2,54 para la provincia de Teruel. Y de fallecidos por tuberculosis por cada 10.000 habitantes: 21,67 para la provincia de Cádiz y 4,75 para la de Teruel.

La crisis de viviendas consecutiva a la guerra europea agravó en diversos países las cifras de tuberculosos. En Francia, una investigación anterior a la guerra, mostraba que 26 por 100 de las viviendas de 616 ciudades a que se extendía la investigación, estaban sobrepobladas; y esta proporción se elevaba, a veces, hasta 30, 31 y 32 por 100; entre estas viviendas sobrepobladas, el 40 por 100 estaban ocupadas por familias de más de seis personas. En algunas de estas viviendas, la mortalidad alcanzaba el 33 por 100.

En Alemania, la cifra de tuberculosis se hizo casi doble durante la guerra; 40 por 100 en los campos; 60 por 100 en las ciudades. En ello influyeron no sólo la crisis de la vivienda, sino también la alimentación deficiente.

En Blackburn la mortalidad tuberculosa, de 0,64 por 1000 subió a

0,74; al mismo tiempo que el número de parados inscritos en la asistencia pública subía de 778 a la cifra de 4.501.

CONSULTORIO DE PUERICULTURA³⁰

R. Abad, Alcoy (Alicante).

Tiene un niño de cinco meses, que pesa 10 kilogramos; alimentado al pecho.

Quiere empezar a darle papillas y zumos de frutas. Hace las siguientes preguntas:

1.^a *¿Cuáles son los alimentos más eficaces para combinarlos con las tetadas que le da su madre?*

Lo primero, amigo Abad, hay que felicitarle por su hermoso hijo. Debe ser hermoso, efectivamente, a juzgar por la cifra de peso, si está bien tomada. A los cinco meses, en nuestro país, el peso corriente de los niños es de 6.500 a 7.000 gramos. Así que el pequeño sobrepasa abundantemente el peso que le corresponde por su edad.

Aquí se acostumbra a aconsejar la alimentación complementaria de la leche materna, una vez cumplido el medio año. Pero si el niño está sano y usted quiere empezar antes, yo no veo ningún inconveniente.

Una vez pasados los seis meses, la alimentación láctea exclusiva no es conveniente para el niño; una de las razones es la escasa cantidad de hierro que lleva la leche; y siendo este metal muy preciso para el organismo infantil es necesario administrarlo con otros aumentos distintos de la leche.

Cuáles han de ser estos alimentos, varía según el país. Los pediatras alemanes, que figuran sin disputa en primera fila, aconsejan

³⁰ *Tiempos Nuevos*, n.º 4, 1 de abril de 1936.

empezar con el zumo de frutas frescas y dulces, completamente maduras y libres de fermentación. A los pocos días de consumir el niño dos o tres cucharaditas de jugo de frutas, se substituye una de las tetadas por una sopita.

Mi consejo es el siguiente: comience a dar al niño zumo de naranjas dulces; si no le agrada solo, al principio puede añadirse un poco de azúcar. La cantidad de un par de cucharaditas bastará al principio; el estado del niño es el que servirá de pauta para su aumento, y a los diez o doce meses puede tomar el zumo de una naranja, diariamente.

A los ocho o diez días de tomar el jugo de naranja, se substituirá una de las tetadas por una papilla, que puede prepararse con sémola, tapioca o cualquier harina para niños, de preferencia la harina Neave, que da resultados excelentes, o la harina lacteada Nestlé. Si se emplea sémola o tapioca, se usará en la proporción de una o dos cucharaditas por 200 a 250 gramos de leche. Las harinas que se expenden en el comercio llevan una tabla indicadora de las cantidades, que son distintas, según el preparado.

2.^a ¿A qué horas y qué cantidad debo de darle?

Las tetadas, a la edad de este niño, deben estar distanciadas de tres horas, y una hora más después de la papilla que substituirá a una tetada diurna. Al cabo de quince o veinte días, si la papilla es bien tolerada, puede substituirse una segunda tetada. La cantidad de leche materna debe dejarse al gusto e instinto del pequeño, tratándose de un niño normal y de un pecho también normal. Las cantidades de papilla las indico anteriormente.

3.^a *¿A qué edad debe practicar la gimnasia sueca?*

Le falta mucho todavía, amigo Abad. Hasta los seis años, la gimnasia del niño son sus juegos. De los seis a los trece años, la educación física comprende la marcha acompañada de canciones: las actitudes correctivas y educativas; y de los trece años en adelante puede iniciarse al niño en la natación, en la gimnasia sistematizada, pero bajo la dirección médica, por ser esta una cuestión muy delicada.

4.^a *¿Qué es lo mejor para lavarle todos los días los ojos?*

En un caso normal, el agua hervida, antes de la limpieza general. Procúrese que el jabón no penetre durante el lavado, pues irrita la conjuntiva.

5.^a *En caso de una infección gastrointestinal, ¿qué debo de darle?*

Las verdaderas *infecciones gastrointestinales* son tan raras en el lactante, que casi nunca existen más que en el diagnóstico médico. Esto ya no es puericultura, sino pediatría, y cualquier trastorno digestivo del niño requiere una atenta vigilancia por parte del médico y un tratamiento adecuado al caso concreto. Honradamente, no puede generalizarse ni resolverse a distancia este asunto.

6.^a *¿Es partidaria de aplicarles a los nenes la vacuna antivariólica?* (esta pregunta está hecha en otros términos, pero este es el contenido esencial).

Personalmente, sí; aunque respetando todas las objeciones hechas en contra. Fuera de los casos en que está contraindicada, creo que debe

hacerse uso de ella, pues aun reconociendo alguno de sus riesgos, el beneficio aportado por la vacunación antivariólica es, con mucho, superior a todos ellos. Aun sus mismos detractores han experimentado el bien obtenido por la vacunación de grandes masas de gentes.

LA SÍFILIS ENEMIGA DE LA BELLEZA³¹

La belleza y la juventud son las dos víctimas de la sífilis. La belleza y la juventud, incalculables tesoros del hombre, son aniquiladas por la sífilis en su obra de envilecimiento de la vida. Y a la par que la belleza exterior, que la armonía de las formas, es desfigurada la belleza interior; las sinergias crónicas, la correlación química y la correlación nerviosa.

En cualquier época de la vida y en cualquier parte del organismo, la sífilis puede poner su mano llena de desdichas y hacer de un ser normal y perfecto un muestrario de fealdades. La sífilis es la creadora de lo feo.

Pero si en cualquier época de la vida y en cualquier lugar del organismo puede aparecer la enfermedad, hoy nos entretendremos en pasar revista a las deformidades pequeñas o grandes que deben su origen a la sífilis congénita.

Se llama sífilis congénita a la que padece el recién nacido al venir al mundo. Debiera llamarse *sífilis innata*, pues si bien el niño puede nacer y nace afectado de ella, no k adquiere por el hecho de su concepción, sino en virtud de un contagio transplacentario y realizado sobre el cuarto mes de la vida intrauterina.

Las deformidades que la enfermedad causa, pueden ser visibles desde el momento del nacimiento; y entre éstas haremos notar una

³¹ *Tiempos Nuevos*, n.º 5, 1 de mayo de 1936. Reproducido en *Cénit*, n.º 8, agosto de 1951.

gran variedad de monstruos no viables; y otros de posibilidades muy reducidas.

La forma de la nariz es profundamente alterada en ocasiones. Cuando la infección ataca al armazón nasal antes del nacimiento, dicho armazón se destruye en una extensión mayor o menor y se producen deformaciones como las llamadas nariz en forma de silla de montar; nariz en forma de gemelos de teatro. Cuando la alteración de la morfología es poco pronunciada, da lugar a un tipo de nariz sospechoso, que un clínico avisado ve pronto y distingue de la nariz normal. La piel del recién nacido puede estar afectada por el pénfigo sifilítico, en forma de grandes ampollas más o menos numerosas. En un grado menor, las infiltraciones de la piel y las fisuras alteran también, visiblemente, el aspecto normal.

Cuando la correlación hormonal se altera, por ataque de la infección a las glándulas de secreción interna, se producen trastornos, a veces muy acentuados, del crecimiento. Se pierden las proporciones normales y la cifra normal de la talla no se alcanza. Así resultan los *nanismos* en cuyos estados el individuo alcanza una estatura muy por debajo de la corriente; y dentro de los *nanismos* los hay que van acompañados de deformidades de los miembros o del tórax.

Otra alteración de la morfología normal que con frecuencia se debe a la sífilis, es la *acromegalia*, y consiste en alteraciones de la forma de las facciones y de los miembros. Unas y otros se hacen grandes y toscos, muy desproporcionados al tronco y dando al sujeto una apariencia característica de este trastorno, a la vez que proporcionándole variadas molestias.

Una alteración muy frecuente en los niños atacados de sífilis inata, está integrada por diversas atroñas dentarias que dan, cuando son pronunciadas, un aspecto muy repugnante a la boca del sujeto y le proporcionan las consiguientes dificultades para la masticación. La

distrofia dentaria más frecuente y más característica en la sífilis consiste en una desviación de la morfología de las piezas, de tal manera que éstas, muy especialmente los incisivos y los caninos, son más estrechos en su parte libre que en la porción superior; su borde está como desgastado, erosionado en media luna, formando un grosero biselado, además de las estrías, y otros defectos que presenta la corona. Todo ello va acompañado de anomalías en la implantación de las piezas dentarias.

También los ojos padecen frecuentemente, constituyéndose una queratitis intersticial que da aspecto turbio a la córnea con la consiguiente perturbación de la función visual.

Aún quedan por señalar numerosas y feísimas deformidades; los huesos atacados por la sífilis sufren desviaciones más o menos pronunciadas, que alteran en ocasiones, sobre todo cuando aparecen en los miembros inferiores, la estática general del cuerpo. Entre estas desviaciones figuran la *tibia en hoja de sable*, con la consiguiente fealdad de los miembros abdominales; el *cúbito en arco*, del que resultó alterada la forma y dirección normales del miembro torácico. Las deformaciones del tórax, a veces muy manifiestas, son de mayor importancia, no sólo por cuanto afean al individuo, sino porque llevan consigo dificultades a la respiración normal muy de tener en cuenta en cualquier afección de las vías respiratorias.

En el cráneo, el aumento de espesor que experimentan los huesos bajo la acción de la enfermedad, da lugar a la llamada *frente olímpica* con un doloroso humorismo; o al *cráneo natiforme*, debido a la exagerada prominencia de las bolsas frontales y parietales.

Consecuentes con nuestro propósito de poner de manifiesto, esta vez, los golpes rudos que la sífilis asesta a la belleza, pasaremos por alto las alteraciones del funcionalismo orgánico, que aun siendo más graves, no se dan a conocer, generalmente, en el cambio del

exterior del sujeto; aunque toda rotura de la armonía fisiológica lleve consigo la pérdida de la hermosura fresca peculiar de una perfecta salud.

UN VENENO: EL ALCOHOL³²

Para olvidar las penas... esta es la excusa que han tenido y tienen una gran cantidad de individuos cuando usan y abusan de las bebidas alcohólicas. Siguen fieles al rey Salomón, que ya aconsejaba dar vino a todo el que tuviera el corazón triste, en vez de evitar las tristezas del corazón. Es verdad que con el alcohol se olvida; pero es un olvido momentáneo, que lleva tras sí la amargura renovada de un nuevo recuerdo, y la repugnancia instintiva hacia su degradación que siente todo hombre consciente. Pero si persiguiendo un olvido más prolongado, el abuso del alcohol se prolonga también, el alcoholismo crónico lleva consigo la más desdichada e idiota de las inconsciencias.

Sin el alcohol se vive perfectamente. Ni que decir tiene que el hombre normal y sano para nada lo necesita; pero también la medicina puede prescindir de él sin inconveniente alguno.

Sobre el organismo, las dosis moderadas de alcohol ejercen una acción estimulante: dilatan los vasos sanguíneos y aceleran el ritmo cardíaco. Dosis altas de alcohol, manifiestan la acción nociva de la sustancia sobre la totalidad del cuerpo. Su efecto es ni más ni menos que una verdadera intoxicación a la que no escapa ningún órgano. La intoxicación aguda por el alcohol es sobradamente conocida y se llama embriaguez o borrachera. Parece comenzar por una excitación. Decimos *parece* porque las dosis de alcohol capaces de producir la borrachera, ejercen una acción paralizante sobre el sistema nervioso, el cual es muy sensible al alcohol en su totalidad; y de todo él, las partes más

³² *Tiempos Nuevos*, n.º 7, julio de 1936.

nobles, los centros de adquisición más recientes, más delicados, más finos, de categoría más elevada, son los más sensibles al veneno.

Estos centros son los que controlan las actividades groseras y animales del hombre; son los centros en los que reside la reflexión, el juicio, el sentido crítico, todos los caracteres morales, en fin, que hacen de la especie humana una especie superior. Y son estas partes el sistema nervioso las que, desde el comienzo de la embriaguez, quedan deprimidas, paralizadas, dolorosamente aherrojadas y presas por el veneno. Por eso, el hombre borracho y aun el hombre simplemente «alegre» producen en la persona de sentimientos delicados una profunda sensación de lástima y conmiseración: han perdido, siquiera sea momentáneamente, lo que les confería su cualidad de libres, de dignos, de seres capaces de una decisión y de una trayectoria. Han ahogado en el vaso lleno, toda su voluntad, toda su inteligencia, todo su discernimiento. No tienen más que el nivel del bruto. Las personas de sensibilidad grosera se ríen del borracho, ¡se ríen!, y esto es el comentario más triste, pero también más elocuente, que se gana el borracho.

El alcoholismo crónico pone de manifiesto también el deterioro del sistema nervioso. La inteligencia, la memoria y la voluntad, disminuyen; el temblor característico de los alcoholizados tiene el carácter de una revelación. El aparato digestivo también se estropea: inflamaciones crónicas del estómago y del intestino con su cortejo de vómitos, diarreas, etc., son muy corrientes. En su esfuerzo por destruir el veneno que constantemente impregna el organismo todo, el hígado se rinde, es vencido por la destrucción de sus células trabajadoras: de aquí una serie de enfermedades de las que la más conocida es la

cirrosis de Laënnec.³³ También el riñón enferma, cansado de eliminar en cantidades grandes y constantes un veneno de la categoría del alcohol.

Y además, este organismo del alcohólico, impregnado totalmente de veneno, sin una célula de su cuerpo sana, ¿qué descendencia tendrá? El pedacito microscópico que desplaza de su cuerpo para dar origen a un hijo, está también intoxicado, es una materia prima de baja calidad, estropeada; por tanto, no puede dar origen a un niño sano. Así se encuentran entre las familias de alcohólicos cifras enormes de mortalidad infantil, junto a un gran número de individuos débiles y enfermos del sistema nervioso. Y no es necesario para que en la descendencia se avergüence la borrachera paterna, que ésta sea un hábito: basta muchas veces una sola ocasión de embriaguez. Basta solamente, muchas veces, esos excesos de la fiesta de bodas, ese uso des-acostumbrado y perjudicial del alcohol en el día en que sanciona, se consolida y se anuncia públicamente la unión amorosa. Nosotros, los médicos, sabemos cuantos «niños de la noche de bodas» han pagado con una imbecilidad o una idiocia que no se ha repetido en ninguno de sus hermanos, esa alegría torpe, estúpida, artificial, turbia; esa alegría triste que sus padres fueron a buscar en el fondo de un vaso de vino, para suplantar la alegría verdadera que nace únicamente de la conformidad entre las convicciones y los actos, de la conciencia limpia, de la libertad, de la salud y del buen amor.

³³ René Théophile Hyacinthe Laënnec (1781-1826), médico francés, inventor del estetoscopio.

SANATORIO DE OPTIMISMO³⁴

Apertura y marcha triunfal³⁵

Reluce como un ojo de gato en la oscuridad; y es ligero y grande mi Sanatorio, todo nuevo y divinamente desordenado. Antes de abrir las puertas, señor visitante, quiero presentarle al personal de servicio y mostrarle las dependencias. El personal reparte las sonrisas en cartuchos repletos, como si fueran bombones; abre los ojos al día, como los niños ingenuos al juguete; brinca y palmorea, cosa inusitada en los medios sanitarios.

Todo el Sanatorio está lleno de una luz desigual; que no hiere los ojos, pero cosquillea la piel. Es una luz en tiras amarillas y blancas, descolgándose como un fleco por las paredes azules. ¡Oh! Usted, señor visitante, no sabe cómo es la luz de mi Sanatorio. Entra cual un caballito alegre y sin frenos; y como no hay nada que la filtre., ni la tamice, ni la detenga, ini siquiera hay cristales!, tiene algo de fresco, amable y dulce, que no tiene la luz de las casas. Sí; es una luz completamente callejera y simple, como usted, señor visitante, la habrá visto por las mañanas, a eso de las diez o las once, ágil y extendida por los parques y las placitas.

Tengo un médico-director muy simpático. No sé cuántos años tiene. Véalo usted. Dice que vive desde que el mundo comenzó a

³⁴ Epígrafe de una serie de artículos publicados en *Mujeres Libres* y firmados bajo el pseudónimo de Dra. Salud Alegre. Fue publicado más tarde como folleto en la colección *La ciencia en la mochila: Sanatorio del Optimismo*. Publicaciones Mujeres Libres. Sección de propaganda. Barcelona; 1938.

³⁵ *Mujeres Libres*, n.º 1, mayo de 1936.

estremecerse. Primero se reía por los volcanes aquellos de las leyendas geológicas; después, cabalgaba a lomos de los reptiles gigantes de la Era Secundaria, y los reptiles, al sentirlo, coleaban con una gracia desmañada y torpe; también floreció luego en las plantas frondosas y arrulló a los primeros hombres como una claridad generosa en la nube negra de sus ensayos primitivos; y hoy se conserva tan limpio, tan erguido, tan sencillo, lozano y fresco como un muchacho. Usted mismo lo mira creyendo que un hombre tan joven no puede tener la inteligencia y el criterio maduros necesarios para dirigir una obra de esta categoría. Además, señor visitante, usted lo ha visto andar a la patita coja, y saltar y bailar solo. Le ha oído entonar cuplés, reír con un tono franco y acogedor.

Usted se escandaliza de todo esto y me mira con un aire de furiosa protesta. ¡Oh! Mi médico-director es indispensable en el Sanatorio. Nada podríamos hacer sin él. Hasta la misma luz se encogería como un caracol a quien le tocan los cuernos, y se iría suspirando. ¿Qué sería de nosotros sin el doctor Buen Humor, que atiende a todo y todo lo hace fácil, ameno y entretenido?

Tiene unos valiosos auxiliares. Son doctorcitos valerosos y lindas enfermeras que esperan con los brazos abiertos al cliente. Aquí están los más importantes: los doctores Buen Apetito, redondito y de color de rosa, con ojos dulces como la crema pastelera y límpidos como el agua clara; Sueño Feliz, extendido y grato, siempre con un reposo y una voluptuosidad sonrientes; Amor Humano, lleno de brazos y corazones, como un ídolo oriental. Y las enfermeras: la eterna Ilusión, inagotable de intimidad; la extensa y ágil Fantasía; la simpática Risa, que pasa como algo asombroso y extraño para casi todos, en estos momentos en que el microbio de la Reflexión desata sus mortales epidemias...

¡Oh, señor visitante! ¿Le ha chocado a usted aquella reja? Es una lástima, señor, pero... tenemos una prisionera, sí... Me duele mucho decírselo. Nos prometió ayuda en nuestra labor, dijo que contribuiría a sanar a nuestra clientela, que pondría luz en los cerebros y brío en los corazones... La dejamos entrar y nos lo estropeó todo. Intentó envenenar a las enfermeras y a los médicos; puso unas sombras estúpidas en nuestras galerías de sol y aire... Lo peor es que no pudimos echarla; no hubo manera. Y tuvimos que meterla allí y atarla bien, porque está rematadamente toca. ¡Ay!, señor visitante, quiso volvernos serios y reflexivos, meternos dentro su frío empaque para que anduviéramos muy tiesos; echó malignos cálculos en nuestra comida para estropearnos el estómago... ahí está bien amarrada y todos se olvidan de ella, al menos durante veinte o veintidós horas diarias, porque en las demás el sueño es tan profundo y tan pesado... Nuestra desdichada prisionera es la Razón.

¡Ah, señor visitante...! No; no tenemos quirófano, ni cámaras de aislamiento, nada de eso... No nos hace falta. ¿Con quién cree usted que está hablando? Nuestra mejor dependencia es esta amplia galería. Véala. Ancha y larga, feliz y abierta al sol y a las estrellas. Se pasa paulatinamente, como la vida; está encendida y llena de caricias, como el amor; lisa y suave, como la promesa; prolongada, como la esperanza; tendida, como la sonrisa; entera, como la palabra noble. Aquí curamos a nuestros enfermos.

Vea, vea usted. Mire desde la ventana. Los clientes forman una cola como una lombriz negra. ¡Cuánto trabajo nos espera! Tendremos que despedir a usted porque esa pobre gente sufre mientras aguarda los procedimientos más eficaces y modernos de la terapéutica.

Allí está el celoso, el suspicaz, el que todo lo ve negro, el pesimista, el desconfiado, el agresivo, el razonador, el egoísta, el que todo lo mide, lo reflexiona y lo comprueba, el que vacila, el tímido, el

rencoroso. ¡A ver, mi gente! Destapad los frascos de nuestras vitrinas y que el aire vibre de alegría.

Váyase, señor visitante. Van a abrirse las puertas y a comenzar las consultas. El médico-director baila como una peonza y canta como una olla rajada. Mi corazón funciona a presión altísima. Entren los que sufren. La Razón yace arrinconada y nosotros podemos derrochar todos nuestros tesoros de felicidad.

He aquí la Humanidad triste. Empecemos. ¡Qué bien...!

Un cliente: el celoso³⁶

Buenos días... ¡Buenos días! ¡Ah, es usted, señor visitante! Le atenderé y le daré cuenta de nuestro éxito formidable. Sí, ha sido tremendo, agotador, espantoso. En un mes hemos recibido cerca de dos mil enfermos ... Un buen éxito, naturalmente. El primer cliente., agradecido sin duda, nos envió con tarjetas de recomendación cerca de dos mil individuos, hombres y mujeres, que padecían igual enfermedad que él. Era un Celoso impenitente, molesto, fastidioso, pelma. Y detrás de él vino esa nube de cerca de dos mil. No, no son muchos. Es una dolencia de difícil remedio, muy difundida, y cuyo germen todavía no se ha descubierto. Algunos creen que se trata de una bacteria, la «Cellosa Fastidiabilis L»; otros se apoyan en múltiples experiencias para asegurar que el culpable es un hongo: el «Horrorosus Cellum C». ¡Tal vez no sea más que un trastorno de la nutrición!

Pues bien... ¡si hubiera visto usted, señor visitante! El pobre cliente vino suspirando y quejándose de variados trastornos

³⁶ *Mujeres Libres*, n.º 2, junio de 1936.

cardiacos. Puramente imaginarios, desde luego. Estos desdichados individuos se quejan todos de tener el corazón muy grande, demasiado grande, y hablan de buscar compañía que les ayude a soportar el peso del órgano, o una simple camioneta que haga el mismo papel. Nuestro cliente, nada más entrar, abrió las puertas de su pecho y sacó su corazón como si fuera algo importante. Un asco, señor visitante. Aquello olía muy mal; además, no hacía más que despedir humo y lanzar estallidos como si estuviéramos de fiesta. Las enfermeras se horrorizaron. La Risa escapó corriendo; la Ilusión se desmayó dejando caer cuanto llevaba en las manos. El doctor Buen Apetito, que estaba encargado de la consulta, perdió el color. Una calamidad... Además, la Razón chillaba, como loca que está, diciendo que ella sola podía curarle, pero nuestro cliente se asustó nada más ver esa cara fría y seria que tiene...

La intervención del doctor Sueño Feliz solucionó el conflicto momentáneamente. El Celoso cayó en un dulce letargo y, entre tanto, el doctor Amor Humano procedió a saturarle de fluido magnético...

¡Oh, señor visitante; qué pena! No hay luz más miserable que la luz polarizada. Los físicos la estudian como algo extraordinario, pero a mí, le aseguro a usted, me parece una luz estúpida y tacaña, que no mira más que a un lado. Ya sabe usted. La luz corriente y vulgar es mucho más generosa. Es una luz que tiene rayos para todos, que vibra en todas las direcciones; esto es: ella sola, sin artificios ni enredos. Pero llegan los hombres, le ponen por delante prismas y músicas celestiales y la polarizan, la vuelven pobre y unilateral, vibrando en una sola dirección. Esto es lo que los Celosos quieren hacer de nuestros corazones y de nuestros cuerpos. Usted comprenderá lo peligroso que resultaría para la civilización que todos nos volviéramos como la luz polarizada. Sería como si no tuviésemos más que un perfil. Y sería imposible que un chófer pudiera llevar un «taxi» si sólo tenía perfil; y

sería imposible también mirarnos al espejo, asistir a los mítines y hablar por teléfono. No. Nosotros detestamos todas estas cosas y queremos que los corazones vibren ampliamente, sin prismas ni músicas celestiales; y queremos tener algo más que perfil, para poder telefonar a los amigos.

Y otra cosa, señor visitante. Usted imagínese lo triste que es ver un perro atado. Mucho más triste si es un perrito dulce y delicado; sensible, en fin. Usted imagínese lo que serían veinte, treinta mil, ochenta mil perritos sensibles atados. Pues aún es peor si los atados fuesen los corazones humanos y tuviéramos que tenerlos con una chapa del Ayuntamiento y amarrados a la pata de la mesa. No. Hay que curar a esos pobres hombres. Sueño Feliz los tiene bajo su poder, Amor Humano sigue con sus pases magnéticos...

Cuando crean que ha pasado el peligro, despertarán a los pacientes. Los sociólogos dicen que para entonces habrá cambiado todo. Los de vía estrecha creen que en aquel tiempo andaremos con los ojos bajos y una velita en la mano. Los de ancha vía opinan que la propiedad habrá desaparecido y, por consiguiente, los celos, que son su consecuencia, y que no dejan vivir con esa intoxicación del «¿Dónde vas?» y del «¿De dónde vienes?»...

Si ocurre esto último tendremos que trabajar muy poco. Pero si sucede lo primero echaremos a nuestros clientes al cubo de los desperdicios, como una basurita más.

Terrible fracaso³⁷

Ustedes no sabían que mi Sanatorio tiene un teléfono maravilloso. Pues sí. Allí está el teléfono con su cable retorcido como un brazo amenazador, o como un tentáculo que chupara todos los ruidos de fuera para traerlos montados en las ondas invisibles como una cuadrilla de viejas chismosas. Sí. El teléfono de mi Sanatorio nos cuenta al oído todas las cosas que suceden, todas las que no suceden porque no pueden suceder y las que acontecen y no debieran acontecer nunca. Si vieran ustedes a la telefonista... Tiene una viva cabeza inteligente, con una rebelde cabellera encrespada. Cuando habla, parece que todos los cascabeles del mundo se ríen y que todas las campanitas se balancean. Sus ojos son dos luces encendidas de risa; y está constantemente pronta a llenar el Sanatorio de piruetas y carcajadas. Todo el personal la adora y no podría pasar sin ella. Su nombre es Imaginación.

He aquí lo sucedido... Me causa rubor la confesión, pero debo hacerla. Hemos fracasado estrepitosamente. Por un momento pensamos cerrar el Sanatorio..., pero, después de cambiar impresiones con el Médico-director, hemos modificado nuestro parecer. Hay enfermos enteramente incurables y esto no debe desanimarnos.

Era un domingo lluvioso cuando el timbre del teléfono llenó de chillidos todo el edificio. Y la señorita Imaginación, nuevo timbre palpitante, nos dijo la noticia a través de las dependencias:

—¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista! ¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista!!!!...

Y el grito de alarma ondulaba por las paredes como una lagartija y se enroscaba por las columnas como una hiedra...

³⁷ *Mujeres Libres*, n.º 3, julio de 1936.

El equipo de urgencia acudió rápidamente al lugar de la catástrofe. Los camilleros iban aterrados y el doctor Buen Humor, que personalmente dirigía el equipo, arrugaba la frente con preocupación.

¡Oh! Un mitin feminista es el espectáculo más lamentable que ustedes puedan imaginar. Tiene un pronunciado sabor de retroceso y estrechez de espíritu que da pena. Verán. Primero se ponen unos cuantos fotógrafos para multiplicar las imágenes de la Feminista número uno, de la Feminista número dos, de la Feminista número tres, y así hasta todas las que han de hacer al público hondas revelaciones. Después el público mira los bordaditos búlgaros y los estampados de los vestidos de las Feministas número uno, número dos, número tres, etc., y ellas se sientan. Luego se levanta la primera, después la segunda...

Cuando empezaron las revelaciones, el terror del equipo de urgencia fue tan grande, que los camilleros sufrieron un síncope cada uno y hubo que llevarlos a una Farmacia. Sólo el doctor Buen Humor, ya templado en la lucha, pudo resistir. Se trataba de lamentarse porque las mujeres no pueden ser fiscales o porque cuando contratan su amor no se hace un previo análisis químico de las cenizas de la parte contraria. Luego, de meter a los niños en grandes cajas de cartón cuando se declare la guerra, y marcharse las madres al frente hasta que los niños crezcan mucho, mucho, dentro de sus cajitas. Después de hacer comprender a las gentes lo malísimo que es el Amor Libre, pues por su culpa nacen niños sin permiso del Juez; y de proponer contra estos tóxicos de Amor y Libertad un único remedio, el Matrimonio, que acaba con la Libertad, y como hace orto tanto con el Amor, se matan dos pájaros de un tiro, que siempre es una economía.

Fue en vano que el doctor Buen Humor intentara ensayar remedios heroicos. A dos o tres inyecciones que puso, por sorpresa, de su preparado especial, un alcaloide extraído de la «Sonrisas Eternus»,

planta perenne de las bilabiadas, se le respondió con otros tantos estacazos.

Y se vio precisado a abandonar la reunión...

Llegó cabizbajo, arrastrado por los pies a los camilleros y dejando todo el instrumental en el lugar de la derrota.

Cuando me refirió su pena, dialogamos melancólicamente:

—Deja que se entretengan las «mujeres de su casa» con esas bromas de los quince años, que no son sino una manifestación de la crisis hormonal de la pubertad... (Los muros del Sanatorio abrieron la boca de asombro).

—Tú y yo soñaremos con suprimir fiscales y notarios para que las mujeres no tengan que apetecer cosas húmedas, sombrías y estáticas. Tú y yo soñaremos que no hay que esconder a los niños porque el amor ha terminado las guerras; y que los hijos puedan nacer en paz y sosiego sin que los hombres tengan que asustarse por su venida; y que los Jueces se dedican a dar permiso para que las encinas den bellotas... También soñaremos que no hay Jueces...

Le puse las manos sobre los hombros y nos miramos. El Médico-director me preguntó:

—¿Has pasado la noche con el doctor Sueño Feliz?

—Sí —le dije.

El doctor Buen Humor sonrió; se iluminó con el cielo y en todas las farmacias del mundo bajó la cifra de ventas de bicarbonato sódico

Entonces decidimos contar el fracaso para que las gentes de buena voluntad tomen ejemplo.

Controlados e intervenidos³⁸

Durante muchos meses hemos tenido cerrado nuestro Sanatorio ¡Oh!, fue una mañana trágica y espeluznante. De película políciaca.

Estábamos preparando un alegato en pro del traje de baño moral..., una preciosidad, una especie de traje de buzo con puntillas rizadas y todo... cuando doña Guerra y doña Revolución preguntaron por el doctor Buen Humor, director de nuestro sanatorio.

Doña Guerra llevaba una cesta que el pobre doctor creyó que contenía huevos, y doña Revolución mostraba una caja, llena al parecer de bombones. El doctor Buen Humor es glotón y goloso. Se apresuró a recibir a las dos chupándose los dedos. Pero, sí, sí... los huevos eran bombas y los bombones cartuchos. ¡La que se armó en el Sanatorio!

Todos tosían y estornudaban, se tapaban la boca con el pañuelo y andaban a gatas con las sillas en la cabeza.

Cuando se aclaró la atmósfera de humo y de polvo, nos dimos cuenta de que faltaban dos médicos: Sueño Feliz y Amor Humano. Ambos desaparecieron.

Ese cuerpo serrano de investigación los ha buscado inútilmente. Y hemos tenido que abrir de nuevo el Sanatorio, muertos de pena por su desaparición.

El médico-director salió de la prueba descalabrado. El pobre doctor Buen Humor pasó unos días de tortura...

Pero ¡ya funcionamos otra vez! Controlados e intervenidos por nuestros clientes y por tanto, funcionamos muy mal. Los celosos, los pesimistas, los amargados, los melancólicos... ¡Ah, camarada

³⁸ *Mujeres Libres*, n.º 7, marzo de 1937.

visitante! Desde que el Sanatorio está controlado, nadie lo limpia, nadie lo atiende, nadie se esmera, y el Comité número 10.084.926.800 de la España leal, hace sus deliberaciones en la galería de curas, de espaldas a la Vida y el Sol.

Fiestecitas superevangélicas³⁹

El director del Sanatorio ha tenido un grave disgusto. ¡Oh, sí! Ha sido víctima de un engaño. El doctor Buen Humor es ingenuo y cándido. Cree en la perfección humana y tiene confianza en unos cuantos imposibles más. Por eso, cuando fue requerido para contribuir con su aportación personal a la fiesta en pro de Asistencia Social, se puso muy contento. Verdad es que el doctor Buen Humor posee una alegría crónica que ningún remedio puede corregir; pero, en fin, se puso muy contento... Y fue, a pesar de faltarle sus ayudantes, los insubstituíbles doctores Amor Humano y Sueño Feliz.

Vamos, no hay derecho a defraudar así las ilusiones del pobre director del Sanatorio... ¿Ustedes no recuerdan...? Sí, sí... ¡Hagan memoria...! Aquellas fiestas de los colegios purísimos de dulces monjitas, purísimas también... ¡Oh! Aquello, redivivo y agravado. El doctor Buen Humor se frotaba los ojos, como el hombre primitivo frotaba los palitos para obtener el fuego... Pero las chispas no le salían de los ojos, precisamente, sino que todo él las despedía, entre alicaído y furioso.

Pues verán; salen unas niñas muy cursilitas, muy rancitas, muy feítas. Se ponen en corro, levantan un pie, luego una mano, después otro pie, previamente colocado en el suelo el anterior; y así están

³⁹ *Mujeres Libres*, n.º 9, junio de 1937.

levantando pies y manos mientras nos dicen a gritos que son las flores de una pradera. El doctor Buen Humor hacía esfuerzos inauditos para imaginarse que eran flores; pero a lo sumo alcanzaba a comprender que fueran cebollitas o pepinillos en vinagre.

Luego se van las niñitas rancitas y salen otra vez con los pelos sueltos lacios y extendidos y con unas sombrillas, ilas pobres!, de lo más baratito. (Hagamos caso a los trabajadores de las finanzas: hay que ahorrar y llevar dinero al Banco, porque vamos a abolir el dinero y la propiedad).

Con las sombrillas vuelven a levantar los pies y las manos, igual que antes, y nos dicen entonces que son pajaritos japoneses. Para este tiempo, el director del Sanatorio había devorado un cuarto de kilo de caramelos de menta sin lograr mitigar su amargura...

Él no podía intervenir en fiestecitas superevangélicas e infrarrevolucionarias con niñitas que querían ser golondrinas o coles de Bruselas

Entonces exigió por el brazo a un ordenanza muy galoneado y le encargó que llamase a su amigo doctor Guasa Viva, y éste dijo el discurso que debía pronunciar el director.

Pero el público estaba tan soso, tan aburrido y tan serio, que nadie se apercibió del cambio...

¡Ooooooh! Ginebra⁴⁰

La historia no lo registrará; la policía tampoco lo registrará... Pero nosotros vamos a referir este gran episodio de la Sociedad de las

⁴⁰ *Mujeres Libres*, n.º 10, julio de 1937.

Naciones y de las Internacionales Obreras, primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, etc.

El director del Sanatorio despertó un día con un extraño malestar. El doctor Buen Humor nunca había padecido enfermedad alguna, y se alarmó verdaderamente. Luego procedió a examinarse con cuidado... ¡oh, sorpresa! Allí estaba el daño, evidente, amenazador. El doctor Buen Humor tenía en la región precordial un bulto poco más o menos como una mandarina. Se miró al espejo de frente y de perfil. El doctor Buen Humor es eternamente joven, eternamente esbelto, eternamente apolíneo y sedoso; y aquel bulto precordial, con un extravagante latido, con una consistencia como la vejiga repleta, rompía sus líneas armoniosas... Allí estaba el daño y había que buscar el remedio.

El doctor Buen Humor llamó a sus colegas distantes. Acudieron rápidamente los ilustres colegas: Ojo Avizor, menudo, redondo y vivaracho; Piensa que te Pensarás, largo, seco y serio. ¡Oh! ¡Oh! Aquello era un caso muy grave. Se trataba de un tumor maligno que segregaba una substancia terriblemente tóxica para el ser humano: la *credulitas confiabilis*.

Los dos galenos coincidieron en el tratamiento; el doctor Buen Humor tenía que recurrir a un remedio heroico: una cura enérgica en Ginebra a base de *S. de N.*, alcaloide cuyos efectos últimamente descubiertos en España son todo lo contrario de lo que se creía hace cinco años, cuando los chicos nacían sin cabeza y había que ponérsela después a tornillo; y unas dosis audaces de *Asambleas Internacionales* acompañadas de masaje vibratorio en el mismísimo bulto.

Y el pobre director del Sanatorio se fue a Ginebra con su extravagante mandarina.

La cura fue severa. Primero disolvió en agua unos discursos alcalinos envasados en papeles mojados y los tomó en ayunas. Su

alimentación consistía en proclamas dudosas y en Comités más o menos controladores e intervencionistas hechos filetes. La mejoría no se hizo esperar. El bulto comenzó a disminuir de volumen y a segregar menos cantidad de *credulitas confiabilis*. El malestar del director disminuía francamente. Sobre el mismísimo bulto se colocó unas cataplasmas de *intervencionales* números 1, 2, 3, 4, 5..., cuya eficacia disminuye con el número. Después de esto se sintió tan mejorado que se decidió a regresar para hacerse cargo nuevamente de su Sanatorio. Antes, sin embargo, quiso someterse a una prueba decisiva: píldoras de Primero de Mayo concentrado. Preciosas. Con sus pancartas y todo; con sus obreritos muy formales, muy planchaditos, muy buenos chicos; en fin, que no desentonan ni siquiera en esa fecha... Le sentaron divinamente, como aceite en un candil..

Al regresar, Ojo Avizor le aseguró que no estaba curado todavía y que el Porvenir podía reservarle desagradables sorpresas. Piensa que te Pensarás, con el dedo índice de la mano derecha apoyado en la sien derecha, aseguró que existía un medicamento que acabaría categóricamente con todo peligro y para siempre. Pero no se acordaba del nombre.

Fueron unos días muy intranquilos. El doctor Buen Humor soñaba por las noches que las dosis de *S. de N.* habían sido insuficientes y la enfermera Ilusión le tenía que hacer cosquillas con una pluma de ministro de Estado para que despertase de su horrible pesadilla. Por fin se supo el nombre del ansiado medicamento: se trataba de un valiosísimo extracto, de tal concentración que bastaba una gota diaria para recobrar la salud en una semana. Su origen era vegetal. Las alcahofas y las adormideras lo contenían en cantidades muy respetables, como también las calabazas. El extracto tenía un nombre: *escepticismus*. El doctor Buen Humor iba a ponerse una discreta gota en dos

deditos de agua. Poquita cosa. Pero lo pensó mejor y se bebió de un golpe todo el frasco. Bueno... No le queda ni señal de la mandarina.

Un viaje de placer⁴¹

Hoy vamos a desempolvar viejas historias. ¿Quién habla del progreso humano? ¿Quién cree que los aeroplanos sirven para algo más que lanzar bombas? ¿Quién puede asegurar del teléfono otra utilidad que la de dar disgustos? ¿Dirá alguno que la rapidez extraordinaria en la difusión de las ideas —Prensa, cinematógrafo, radio, televisión— alcanza otro objeto más beneficioso que el enterarse lo antes posible de la estupidez ajena? ...Hoy no han desfilado por el sanatorio más de veinticinco enfermos. ¡Un día tranquilo! Y el director, después de ponerles emplastos y recetarles agua caliente, y darles por vía de ensayo una dulce sonrisa comprensiva, se ha encerrado en la Biblioteca con gran misterio y ha empezado a repasar su diario.

Porque ya os dije una vez que el doctor Buen Humor es eterno, de una graciosa, juvenil y alegre eternidad. Y él conoció las edades del verdadero progreso. Las conoció en Marte, ese discutido planeta al que adelantamos un puesto hacia el sol. Y de Marte, y de aquella edad de oro del progreso universal entre los marcianos es el episodio que referimos.

*
**

⁴¹ *Mujeres Libres*, n.º 12, mayo de 1938.

Había prisa, mucha prisa; pero no había autos ni gasolina. Es decir: algunos marcianos tenían gasolina y auto y se les veía en las puertas de los *cafelocus* (de *locus*, lugar) y de los *cinescopios* (de *scopeo*, mirar). En Marte andaban las cosas revueltas, a consecuencia de tanto progreso y los pobres marcianos iban a la greña en todos momentos, excepto en los que dedicaban al sueño. Unos decían que había demasiadas máquinas; otros, que demasiado pocas. Unos perjuraban que los desgraciados pasaban mucha hambre; y otros, exigían fieramente que habían de pasar mil veces más hasta que se desesperasen. ¡La locura! ¡Nadie se entendía! Como entonces había teléfonos interplanetarios, llamaron al doctor Buen Humor a toda prisa y éste se puso en viaje espacial, intercósmico, y actínico, con su enfermera Ilusión, que es la más útil y benéfica de todas.

Pero el lugar donde eran más necesarios sus servicios estaba a 60 kms. De la estación de su llegada a Marte. Y el director del Sanatorio hubo de tomar el tren ordinario. A la vista del convoy se emocionó. Mejor que a la vista, al oído. Cantos de gallo, graznidos, mugidos, maullidos ... Todas las onomatopeyas salían a borbotones del tren. El doctor Buen Humor palmoteó y brincó más que un chiquillo.

—¡El arca de Noé! ¡El arca de Noé! Y subió a uno de los vagones. La gente está allí tan apretada, que los marcianos, del resultado de la comprensión mutua, se habían hecho poliédricos y no los reconocía ni su madre.

En el vagón se hacinaban las coles, los sacos de garbanzos y los animales de diversas especies.

El ambiente ofrecía variedad de olores y el decorado era una prueba de buen gusto y exquisito cuidado.

El pobre doctor apagó su cándida sonrisa y se dispuso a ser comprimido, y ¿por qué no? a poliedrizarse. Pero apenas hubo caminado

el tren unos cinco metros, siete gallinas exhalaban su último aliento, completamente asfixiadas y una coliflor se marchitó del todo.

Diez metros más allá, la locomotora, un modelo conseguido de un Museo cerrado por viejo, intentó silbar, pero tuvo que apretarse la chimenea contra una rueda, pues se encontraba demasiado débil. Al llegar a una estación, se paró.

El maquinista descendió de su estuche y dijo a los viajeros poliédricos, a las coles y a los bichos: —¡En seguida vuelvo! Y se fue a beber unas copas de vino malo en la taberna del pueblo, con el jefe de estación. Empezaron a hablar de tonterías: política, accidentes de automóvil y así, y corrió el tiempo. Los viajeros se habían dormido, apoyados unos en otros.

Al cabo de mucho tiempo, no sabemos cuánto exactamente, llegó un muchacho a la taberna corriendo, pidiendo a grandes voces que quitaran el tren de la vía, por favor, pues venía el correo del día siguiente y ocurriría una catástrofe. El maquinista acabó la copa que tenía en la mano y le dijo al tabernero que pagaría el jefe de estación, el cual puso mal gesto y agarró un farol que había dejado en el suelo.

Entre tanto, el doctor Buen Humor se había dado cuenta de todo, y, creyendo seguro el choque, intentó salir. Pero en el momento en que, después de aplastar veintiséis garbanzos y pedir cincuenta perdones, ponía un pie en tierra, arrancó el tren con tal suavidad, que cayó rodando. Desde el suelo, y antes de perder el poco sentido que le quedaba, vio a los dos trenes perseguirse, como si jugaran a policías y ladrones.

*
**

¡Pobre director del Sanatorio! Como se había poliedrizado, al caer se melló todas las aristas y tuvo que estar dos semanas en cama, con un masaje diario...

Luego, volvió a redondearse...

La raza esforzada del «aval»⁴²

Cuando al doctor Buen Humor se le ocurrió comprarse aquellos calcetines rojos con ribetes morados, la dependencia acordó que era precisa la presentación del «aval» sindical o político. Unos calcetines de lana de tan brillantes colores no podían venderse a cualquiera.

El doctor Buen Humor razona algunas veces. Y ésta lo hizo ante los dependientes constituidos en Comité.

—¿Quién ha de hacerme ese «aval»?

—La organización a que usted pertenezca.

—Pero... ¿Y dentro de esa organización?...

—Una dependencia habrá que...

—Los sujetos de esa dependencia no me han visto en su vida. No saben si juego, si estafo a mis amigos, si trasnocho, si me gusta el coñac, el tabaco inglés. Ni siquiera saben si llevo ligas de metal... ¿Pueden, acaso, tener algún valor las cosas que digan esos señores acerca de mí?

Los razonamientos se perdieron en el vacío del Comité y el doctor Buen Humor se vio precisado a empezar la caza trágica del «aval». Primero, hizo «cola» ante la puerta de una «secretaría» de donde salía

⁴² *Mujeres Libres*, n.º 13, otoño de 1938.

un olor feo de hierbas chamuscadas y un ruido irregular de tecleo de máquina de escribir en manos inexpertas.

—El siguiente... —y entró el director del Sanatorio.

—¿Qué quieres? —le preguntó el dueño de las manos inexpertas.

Este era un mozo mal lavado y mal peinado. Estaba solo, con la máquina aterrorizada.

—Un «aval» para comprarme calcetines —explicó el doctor poniendo sobre la mesa su querido y viejo carnet.

—¡Oh, eso es muy difícil, muy difícil!... —rumió el mozo, y le dio un papelito escrito a máquina—. Vaya con esto a la secretaría número 26.

El director del Sanatorio hizo la segunda «cola». Esta vez le atendió un poco un hombre viejo con una barba llena de polvo. También le dio un papelito:

—Vaya al Comité de Defensa.

En el Comité de Defensa había mucha gente; muchas cáscaras de avellanas y mucho olor a sudor de pies.

Otro papelito y otra recomendación:

—Con esto, al Comité de Asuntos militares.

A los quince días, el doctor Buen Humor había hecho «colas» ante veintinueve secretarías. Uñas largas y cortas, dedos de todas las formas, máquinas de todas las marcas, olores de todas clases, voces de todos los timbres, empujones de todas las intensidades, le habían agotado, confundido, mareado... pero no habían logrado hacerle comprender la necesidad ni la eficacia del papelito.

Dos días tuvo que guardar cama después de tan azarosas y tremendas gestiones. Durante sus frecuentes pesadillas, aquellos calcetines rojos con ribetes violeta, le perseguían, le amenazaban, le hacían temblar y suspirar de congoja.

Al tercer día se levantó, y todavía pálido y febril se fue al establecimiento en busca de sus calcetines.

Puso el «aval» sobre el mostrador y el Comité le miró con terror y con lástima...

—¡Ah, sí... sí! Aquellos calcetines de lana, todo lana auténtica... No querrá usted llevarlos, seguramente...

—Oh, sí. Me han costado tantas penas...

El Comité puso en las manos del director del Sanatorio unas piltrafas de lana rojas. Eran los restos de los calcetines que se había comido la polilla.

El doctor Buen Humor, ¡el pobre!, se plegó en tres dobleces y cayó al suelo desmayado.

EL RECIÉN NACIDO⁴³

He aquí el niño

He aquí el niño, menudo y de color de rosa; torpe, llorón y encantador. He aquí el niño, el esperado y el temido; el anhelado y el que saltó sobre los obstáculos; el alborozo y el cálculo deshecho; el gozo supremo y el miedo sin fin; la serenidad gloriosa y la responsabilidad consciente.

He aquí el niño, el bebé, «l'enfant» «baby»... He aquí el nombre pequeño, cariñoso y universal. El milagro biológico y el cariño humano; la flor y la semilla; el granito de arena y el universo sin límites.

Y bien... Hagamos los brazos tiernos y el corazón angustiado, de tan feliz; hagamos los brazos para cuna y el corazón para canción acompañada. Pero extendamos también, como los brazos, la inteligencia despierta, para plegarla luego sobre él como un poderoso reflector; como una enorme y dulce bengala que ponga luz en todos los rincones. En los ojos redonditos y claros; en la boca glotona; en los brazos atáxicos y lentos; en las piernas inquietas y libres. Oigamos el corazón del niño, reloj atrevido y nuevecito, corriendo en apuesta tenaz, y veamos su respiración, ansia de verter la gracia de la vida en el vaso interior. Acariciemos su piel de seda ... Mirémosle reír. ¡Oh, niño! ¡Ya has venido!... ¿Ya?...

⁴³ *Mujeres Libres*, n.º 1, mayo de 1936. Tanto este artículo como el siguiente se incluyeron luego, junto a otros dos textos, en el folleto *Niño*.

Conoce a tu niño

Los ojos, la boca, la actitud de la cabeza, la expresión del rostro, el color de la piel, el movimiento de los miembros, la posición de éstos y del tronco... Todo, todo nos puede ilustrar sobre la salud infantil.

¡Oh!, este niño, este bello ejemplar... Este niño grueso, forrado de grasa, con múltiples surcos en los miembros rollizos; este niño que levantan los brazos orgullosos como un modelo, y que desmiente las curvas normales de peso que la madre tiene pinchadas en la pared de la cocina ... Y este otro, delgado sin ser flaco, pero vivo, inteligente, despierto, y con una permanente sonrisa en los labios. Que se asusta con gracia y con brío; reconoce pronto las personas y los objetos, y se enfada como por no saber hablar ...

Aquél, rubio y tranquilo; el más lejano, lleno de caprichos, amor y tortura de la casa.

¿Cuál elegiremos para enseñarlo como tipo «standard» de la perfecta salud? Hay un tipo de niño enteramente ideal; un tipo de niño que corresponde a una adecuación perfecta del individuo y su medio; un niño en estado de salud «crónica». No es éste, ni aquél; es un niño que forjamos con los mejores materiales; sin una tara, sin un dolor, sin un llanto inoportuno, sin una nube en su horizonte. Su nutrición es perfecta; su sueño, normal; su peso coincide exactamente con la cifra correspondiente a su edad, así como su talla. Describiremos este niño modelo. Pero antes...

Ama a tu niño

Antes, ama a tu niño. Ámale en el pensamiento y en la idea, aun antes de amar al hombre que lo haga vivir en ti. Ámale en la dulzura y en la caricia para los demás niños y para los demás hombres doloridos que el dolor infantiliza. Ámale en el deseo y en el mismo amor. Ámale

como una espina aguda y necesaria; como una herida por donde la vida misma tuviera su puerta. Ámale en los ojos y en las palabras del amado; en sus dedos, sabios para la caricia; en sus labios, espléndidos para el beso.

Ámale en los dulces pajaritos de primavera; en las yemas y las flores que esmaltan los tallos serios; en el riachuelo que canta y se reparte sin desaparecer; en las estrellas picudas y colgadas; en la luna sorprendida y abierta; en las fuentes, en los lirios y en las amapolas.

En la espiga madura y en el racimo de oro colgando de la parra.

Ámale aunque no pueda nacer y se quede como un fracaso amargo en el amargo motón de los fracasos. Llévale contra el corazón como una medalla enorme e invisible. Ámale...

Desea tu niño

Y deséalo para merecerlo. El deseo de una cosa nos hace esmerarnos en su consecución, aplicar bien nuestro trabajo, nuestras fuerzas, nuestra voluntad. Desea tu niño y así le recibirás con alegría y le saludarás como nadie te oiga, con esas palabras tan hondas y tan prietas que no pueden salir de la boca. Desea tu niño y ese deseo ferviente te hará trabajar para que nada le falte cuando venga; te hará sentir recatadamente para que aprenda bondad y justicia desde el principio; te hará hablar y obrar con verdad para que todo en torno suyo sea claro y cándido.

Pobrecito niño

Pobrecito, pobrecito niño; tan pequeño, tan indefenso, tan torpe... Mucho más torpe que el pollito amarillo, que el gatito de lana, que el potro juguetero. Tiene frío y no puede abrigarse; tiene hambre y no puede buscar ni preparar su comida; se ensucia y no puede limpiar su

cuerpo.

A merced del cariño y del desvelo de los demás; a merced de la buena voluntad de quienes le rodean y le examinan; según la simpatía con que es acogido, según el problema que su venida resuelve o plantea, así el pequeñito recibirá cuidados, alimentación y sonrisas.

Él no puede hacer más que dormir, llorar, agitar sus manos. Bloque de hambre y de sueño, no sabe otras gracias al nacer que satisfacer ansiosamente las dos primordiales tendencias: nutrición y reposo, que es una manera de economizar para la nutrición.

Pequeño..., pequeño..., ¡y ha crecido mucho! Cuando comenzó a latir, cuando apenas era una grata sospecha o un vago malestar, era tan pequeño, tan sumamente pequeño, que el microscopio tenía que ir a buscarlo entre el acolchado nido donde la madre le guardaba como una redonda perla de carne. Era tan extraño y tan feo un poco más tarde, que podía confundírsele con cualquier cosa; con un pez, con un mono, con un perro. Y luego, cuando la humanidad se dibujó en él con un tímido esbozo, era grotesco e insensible, pero ¡tan amado ya! o tan cargado de odio y de miedo, que conmovía todos los rincones sentimentales de los adultos poderosos y fuertes. Creció de prisa, antes de mostrarse a nosotros, y se puso una capa de grasa debajo de la piel para no avergonzarse de sus arrugas donde la vejez, precursora de la muerte, se mezcla con la vida en principio; y se quitó el vello de todo el cuerpo para no hacernos sentir la angustia de ver nuestra dignidad humana rebajada por su franqueza de imitar lo pasado; y se lustró el pelo negro. Muy bonito. Hay que empezar ayudando a este pequeño ejemplar. Hay que preparar sus comidas y sus ropas, secas y limpias. Hay que vigilarle para que no se derrumbe el palacio de ilusiones que hemos edificado sobre su cabeza incompletamente hecha y sobre su corazón aprendiz...

Pobrecito niño; te vas a encontrar, a pesar de nuestros cuidados,

de cara a la injusticia, a la ambición, a la compraventa. Vamos a prepararte un biberón estupendo. ¿Lo quieres aristocrático o esencialmente proletario?

¿Qué hacer al principio?

¿Qué es necesario hacer con el recién nacido, con el más infantil de todos los niños?

Cuando el médico o la matrona que han presidido su entrada en la vida lo entregan, bien tapado, bien limpio, bien vestido y calzado de lana, hay que dejarlo dormir. El pequeño ha pasado unas horas muy malas. Ha sido plegado, conformado, comprimido, estrujado, por las leyes de la Naturaleza que hacen de la madre una prensa y un resorte, y el cerebro, delicado y sin terminar, del bebé, ha sufrido los efectos de esa compresión, porque los huesos de la cabeza se han plegado, para reducirla de volumen, sin consideración ninguna. Y el niño, cansado, abatido por este para él enorme traumatismo, quiere y necesita dormir.

Madre, también aún cansada: deja dormir a tu chiquitín. Dale su lecho propio, en su cuna, en un cajón adecuadamente provisto de colchoncillo y ropas; en una cesta grande...; es tan menudito que cabe divinamente en cualquier lugar. Dale su lecho propio si te interesan su salud y su bienestar.

Déjale dormir. Las horas pasan lentas y buenas, apretándole dulcemente los párpados tibios. No temas por su larga permanencia en el sueño si respira bien, si su color es normal, si la posición de sus miembros es la doblada, tal como estaba en el reducido alojamiento que le diste antes de nacer.

Este sueño le hace recobrar las energías perdidas durante el trance duro de su llegada; aumenta su vitalidad; le restablece, en

suma. ¿No lo ves? Al cabo de doce o catorce horas abre definitivamente los ojos y ensaya el primer llanto. Se mueve inquieto; busca intranquilo. En efecto: el Sueño deja paso al Hambre.

Madre: tú has descansado también. Mírale y tómale en tus brazos. No temas; incorpórate sobre las almohadas, aunque las vecinas y amigas te lo hayan prohibido. Hazlo si te encuentras con ánimos y ganas para una acción tan fácil, que entonces puede parecerte esforzada.

Tómale en los brazos con alegría, pero sin exaltación. No es un trofeo, ni una gloria, ni un laurel. Es sólo un hijo, un hecho profundamente humano, profundamente social, profundamente amoroso. ¡Ay de ti, mujer, si antes no lo has sentido en el corazón y en la inteligencia!

La cabra peluda y elegantemente femenina tiene más habilidad la primera vez. El ternero se encuentra con una ayuda mejor.

Mira: si Le dejas al chiquitín solo, puesto al amable pecho que es su fuente ahora, mamará muy mal, porque la misma fuente repleta le aplastará las naricillas y no podrá respirar a gusto, y se apartará con enfado, sin poder satisfacerse desde el principio.

Acude tú. Con tus dedos preocupados puedes apartar el obstáculo y dejar al niño realizar su primer acto agresivo con sus mandíbulas desiertas. Y luego sométele a una disciplina beneficiosa. No quieras calmar sus gritos ni su inquietud, a cualquier hora, con el pecho. Tu conducta, así, no puede hacerle más que daño, obligando al estómago a un trabajo excesivo y en malas condiciones. Acostúmbrale a esperar las comidas a su hora y llévale al pecho los primeros cuatro o cinco meses cada dos horas y media; ¡pero no le despiertes si algún turno le sorprende durmiendo! ¡Es tan bueno el Sueño para él, que se fatiga tan fácilmente!

Acostúmbrale también al agua. Báñale todos los días, ¡todos los días!, en agua tibia de treinta y seis grados. Báñale sin consideración

a tus miedos ni a las habladurías ajenas. En cualquier recipiente puedes hacer esta cosa tan buena para él. Jabón suave, no irritante, en la cabeza. ¡Cabellos limpios! Bien limpios también los pliegues axilares y de las ingles, así como el cuello y la parte posterior de las orejas. Toda la piel bajo la caricia del agua y del jabón en tu mano, madre.

Y bien seco después, bien seco sin frotar. Su piel es fina y delicada. Cualquier pequeña violencia puede estropearla. Empólvale cuidadosamente. No hacen falta polvos especiales, cuyo precio es más alto. El talco de las farmacias cumple bien la misión que se exige a estos polvos.

Y luego..., ya verás. Alimentaremos, vestiremos, enseñaremos a jugar al niño. Ya verás. Tú y yo, a la par, cara al niño, y alegres, alegres, alegres...

EL NIÑO SANO⁴⁴

Lámpara maravillosa

El niño sano es una lámpara maravillosa y transparente que deja ver el resplandor hermoso de su luz interior. Ese color delicado de la piel, esa finura del cabello, esa placidez del sueño, esa dulzura y amor de la mirada, no son sino rayos filtrados y esparcidos de la llama vital que arde y arde en sus entrañas calientes y jóvenes.

Llama que se hizo a la más fuerte del amor. Lámpara maravillosa que canta como una lengua incansable, y alumbra de color y sonrisa todo el cariño con que se prendió, todo el anhelo con que se le esperaba, toda la ternura con que se le hablaba a través de la carne...

La salud infantil es sincera, y se revela con franqueza y extensión en todos los órganos y en todas las funciones. Sale por los ojitos hecha rayos tenues e indecisos; se extiende por los dedos torpes, con movimientos desorientados; envuelve como un blando tapiz el cuerpecillo frágil. El niño sano es una lámpara maravillosa...

La vista

El recién nacido, el verdadero recién nacido, en sus primeras veinticuatro horas, no ve. La vida en principio es ciega; nada percibe del exterior, íntimamente atenta a su gran acontecimiento.

El niño es verdaderamente ciego durante el primer día de su vida. Se le acerca una mano o una luz a los ojos y no mueve los párpados ni la cabeza. No te alarmes, mujer; no creas, tal vez, que el niño no sabrá

⁴⁴ *Mujeres Libres*, n.º 2, junio de 1936.

nunca del placer de las cosas teñidas de sol; o de la inefable emoción de los rostros conocidos. No. Al día siguiente ha cambiado todo y el pequeño percibe la luz. Pero todavía, pobrecillo, aprendiz del manejo de su cuerpecito, cometerá graciosas torpezas durante algún tiempo; porque veremos que, a veces, un ojo permanece entreabierto mientras el otro se abre franco y redondo. Que un ojo mira hacia un lado mientras el otro se queda quieto o se desvía en dirección contraria, como un par de caballitos indisciplinados y traviosos. Tampoco te asustes por eso, madre pendiente de todo, los gestos pequeñitos de tu niño, de tu amor vivo y renovado, como una palabra escrita para siempre, como un afán materializado, móvil y hecho corazón.

De repente, una viva claridad impresiona al niño y sus ojos se vuelven rápidamente a ella. Pero enseguida los aparta y los cierra, como si la fatiga hubiera sido tan rápida como la impresión. Poco a poco el niño adquiere poder sobre los músculos que mueven sus ojos; poco a poco aprende el color, la forma, las distancias; y se establece ese acuerdo que ya nunca, en caso normal, se romperá, de la doble flecha de la mirada que sabe entrar y extenderse como un chorro de agua deliciosa, entre piel y carne, hasta las honduras del propio corazón.

El gusto

¡Oh!, aquí el niño es mucho más adelantado. Prueba, prueba, mujer, con esa cucharilla llena de agua o de té azucarados, y verás cómo adelanta el hociquillo goloso, cómo chupa ávidamente su lengüecilla, cómo abre y cierra los ojos con expresión de agrado, cómo todo su rostro manifiesta el contento que entra por la lengua. El chiquitín trae al mundo, ya aprendidas y enlazadas, la percepción de los sabores gratos y la sensación de agrado con su manifestación expresiva. Pero si, en cambio, le ofreces una solución de quinina o de cualquier otra cosa

amarga o ácida, le verás hacer gestos raros, ayudarse de la lengua para expulsar de la boca las gotas introducidas. ¡Qué elocuentes los incipientes gestos de la carita menuda; qué defensa y qué protesta contra lo desagradable!

Muchas veces, cuando se intenta dar al pequeño cualquier sustitutivo de la leche materna, es su sentido del gusto quien le previene de la pequeña trampa que se le quiere hacer, y el nene rechaza decididamente y con tenacidad aquello que no le gusta.

Antes que con los ojos, el niño entra en contacto con el mundo exterior por medio de su boca. Antes de verlas saborea las cosas y ya, sin darse cuenta, las clasifica.

El olfato

El pequeño es, relativamente, torpe de olfato. Torpe, como los somos todos los humanos. De verdad que no puede compararse nuestro pobre olfato con ese certero instinto olfatorio de muchos animales, por el que rechazan o aceptan las sustancias que se les ofrecen. Pero considerando toda la agudeza que habrá de poseer este sentido en el resto de su vida, el niño lo tiene bastante desarrollado. Muy pronto el lactante hace señales de disgusto cuando se acercan a su rostro cuerpos de olor desagradable. Muy pronto —dos o tres meses— vuelve la cara inmediatamente en cuanto percibe el olor del seno materno, ese inconfundible olor cuya animalidad místicamente exaltada conmueve a quien no es, como el niño, más que todo un Hambre de leche y cuidados; o a quien no es, como el hombre, más que todo un deseo y un ascua viva.

El oído

Sordo, sordo también. Esa vida pequeñita no quiere distraerse, no

quiere ver ni oír. Toda la atención está confusamente plegada, concentrada, en la novedad extraordinaria de su principio.

El oído del recién nacido no funciona. Al nacer está lleno de moco viscoso y es necesario que el aire penetre desalojándolo. Sólo entonces comienza la audición, y esto suele ocurrir durante el primer día y, a lo más, durante el segundo. El pequeñito se estremece de un modo típico cuando se produce un ruido o sonido intenso: todo el cuerpo se agita, mueve la cabeza y se calla si estaba llorando. Cuanto más repentino y súbito ha sido el ruido, mayor es el susto del niño. Pero enseguida, durante la segunda semana de la vida, comienza a desaparecer ese «susto». Al cuarto mes, el bebé normal conoce ya la voz de los padres y la distingue perfectamente. ¡Qué gran progreso para él, y qué gran alegría para ellos, que ya son un primer plano en la psique infantil! Desde muy pronto el lactante es sensible al ritmo musical, y muy pronto también demuestra el agrado que le produce. Dulzura y belleza de la música que se labran la primera senda en el alma humana...

El tacto

El recién nacido es sensible en su piel, y si tocamos ésta con los dedos le veremos hacer movimientos. Al tocarle las pestañas, el chiquitín cierra los ojos. Si el contacto se verifica en los labios o mejillas, el nene vuelve la cara y realiza movimientos de succión. Ya ves, madre; lo hace siempre que se le toca en las mejillas o en los labios, y es un movimiento reflejo. Si tú lo interpretas como hambre, desordenarás sus comidas, le llenarás el estómago a deshora y le causarás un daño probablemente.

Tocando la planta del pie el niño dobla la pierna y extiende los dedos del pie. Sin embargo, esto no es el tacto. El tacto supone una serie de movimientos activos y coordinados por parte de los dedos de

las manos. Como ávidos receptores, los dedos se adaptan a las cosas, perciben su forma, su consistencia, su temperatura. «Algo» de fuera, quizá esa «conciencia» vaga que flota sobre todas las cosas, pasa a nosotros a través de los dedos que adaptan su inervación de una manera precisa.

El pequeño es incapaz de esta finura, de esta exactitud; en él no existe, propiamente hablando, un sentido del tacto.

También es muy poco sensible para el dolor. Es verdad que los pellizcos, las temperaturas muy altas o las bajas le ocasionan disgusto; pero a consecuencia de la lentitud con que los nervios transmiten las sensaciones dolorosas, el lactante no reacciona verdaderamente al pinchazo hasta las tres semanas aproximadamente.

El psiquismo del recién nacido

¿Hay una almita en él tan indiferente al bien y al mal? No una almita con alas en la nuca, sino una vida psíquica que denominaremos así: «alma»?

El palacio, la alta torre donde Psiquis reside —cerebro— no está completamente terminado en el chiquitín. Por tanto, habremos únicamente de suponer que en él existen una percepción, una sensación, una representación, una voluntad rudimentarias, discontinuas, semi-conscientes, que sólo en el curso del desarrollo se transforman en acontecimientos psíquicos subjetivos. Nos equivocaremos si queremos observar la vida psíquica del pequeño, atribuyendo a sus movimientos y a sus gestos la misma significación que tienen en el adulto.

Se equivoca la dulce madre cuando piensa que el llanto desconsolador de su niño indica un sufrimiento «moral», pues el médico asegura que no está enfermo. Se equivoca la dulce madre si piensa que su niño de pocos meses la «conoce» porque instintivamente busca el pecho en cuanto le tiende sobre sus rodillas. No te conoce aún, mujer.

No te conoce aún ... Pero tú, equivocada ahora, le conociste ya, antes, y le trajiste llena de gozos, y ahí está, niño, luz, honda y flecha...

ELOGIO DEL AMOR LIBRE⁴⁵

Plegaria del Amor Libre

Dice así:

I. Toma el pétalo fresco y jugoso; toma la pulpa dulce de la fruta en sazón; toma la senda blanquecina bajo el sol poniente, la colina de oro, el roble, y la fuente a la sombra. Toma mis labios y mis dientes donde juegan las risas como hilos de agua, y los hilos de agua como risas.

II. Yo no tengo Casa. Tengo, sí, un techo amable para resguardarme de la lluvia y un techo para que descanses y me hables de amor. Pero no tengo Casa. ¡No quiero! No quiero la insaciable ventosa que ahíla el Pensamiento, absorbe la Voluntad, mata el Ensueño, rompe la dulce línea de la Paz y el Amor. Yo no tengo Casa. Quiero amar en el anchuroso «más allá» que no cierra ningún muro ni limita ningún egoísmo.

III. Mi corazón es una rosa de carne. En cada hoja tiene una ternura y una ansiedad. ¡No lo mutiles!

Tengo alas para ascender por las regiones de la investigación y el trabajo. ¡No las cortes!

Tengo las manos como palmas abiertas para recoger monedas incontables de caricias. ¡No las encadenes!

⁴⁵ *Mujeres Libres*, n.º 3, julio 1936.

Incitación al Buen Amor

Mujer, ama sobre todas las cosas. Pero antes aprende el Buen Amor. En el Buen Amor pesa tanto lo alto como lo bajo, el Pensamiento como la Carne, la Dulzura como el Deseo; y es incompleto si le falta cualquiera de estas cosas. Aprende el Buen Amor.

Para él se necesita plena libertad, pero también capacidad plena, pues sin ésta la primera es una ficción. No se es libre más que cuando se puede tomar una decisión de entre todas las que la ocasión ofrece; cuando se puede elegir un camino tras haber reconocido todos aquilatando sus valores y aceptando sus consecuencias. Pero esto es obra de la Inteligencia, del Corazón y de la Voluntad, y es preciso perfeccionar los tres si queremos alcanzar el rango de seres libres. Si no es así, seguiremos ahogando nuestra inquietud entre simulacros amorosos.

Si no te capacitas, mujer, serás un ser de instintos, serás una carne simple, monótona y limitada, cerrada en ti misma y por ti misma abolida. Si no te capacitas podrás vibrar con el ritmo altibajo de las estaciones y de los nublados seguidos de sol fuerte; tendrás el latido perenne de los animales y las plantas; darás tus generosas floraciones de hembra; pero no lograrás el Buen Amor.

Cultiva la Inteligencia para enroscarla como un tierno rosal trepador al duro tronco de los imperativos del Instinto; cultiva la Sensibilidad y la Delicadeza para correr como un manso arroyo, recogiendo todos los dolores y todas las alegrías sin descanso, sin el menor abatimiento de tu generosidad; cultiva la Voluntad para perfilar tu vida, para modular tu canción, para esculpir tus obras por ti misma.

Y luego extiende la Sonrisa como una sueva serpentina multicolor; reparte el Abrazo como un prieto racimo de bayas doradas; y suelta el Beso, como un raudal de música feliz.

Recuerda que el delicado Eros, para llegar a Buen Amor, ha tenido que desceñir su venda.

Mujer, ama sobre todas las cosas.

Matrimonio y amor

Cuando el hombre perdió la fresca gracia de sus amores sin trabas, ingenuos y primitivos, cuando se agotó la inocente naturalidad de sus pasiones y se ahogó en reglas morales la franca, la cordial sencillez del goce en plena marcha sobre la Naturaleza; cuando el hálito perfumado y voluptuoso de las «Canciones de Bilitis»⁴⁶ se olvidó por entero... descendió el amor a la categoría de pecado. Pero como la Vida, sin él, se estancaba con una congoja inexplicable, los hombres con un insano deseo de venganza, alzaron los puños contra Eros y le escupieron en el rostro.

Le condenaron ferozmente, sin pensar que se hacían desgraciados. Por una pasión, toda una vida de tortura. Por la atracción de un día, incontables años de repugnancia. Eros fue despojado de sus alas.

Por una dulce mirada espontánea se le obliga a estar mirando siempre el mismo objeto; por un generoso y cándido abrazo se le fuerza a estrechar siempre la misma persona. ¡El Alma humana, inmóvil; y la Voluntad, solidificada en hielo!

⁴⁶ *Les chansons de Bilitis* (1894), es una colección de poemas eróticos de Pierre Louÿs, en la que finge ser el traductor de la obra de una poetisa griega, Bilitis, contemporánea de Safo. Se trata de poemas fundamentalmente lésbicos.

Del gesto amoroso se hizo un minucioso código, muerto y frío; del más grato y ardiente regalo, una compraventa en veces, con su reglamento y todo; o de una vez, con su contrato en regla, y a un precio mucho más elevado, porque además del dinero, que cuenta para muy poco, entran en compromiso el Corazón y la Libertad, que lo son todo para el Amor.

Cuando, robada la nobleza de toda manifestación amorosa, ya hecha deber, los hombres se avergonzaron ¡quizás! de todo lo que habían mancillado, no hicieron sino intentar justificar su profanación con otra más grande, tomada como excusa: el hijo. Y de esto, tan claro y tan sencillo, tan divinamente brutal y tan profundamente humano, hicieron un nuevo eslabón y soldaron la cadena para siempre, entre los cobardes. Hicieron tapadujo para su hipócrita timidez, del hijo, que no es sino un punto donde convergen dos cuidados y dos deberes, pero nunca una justificación moral de lo que sólo el Buen Amor, sobre nosotros, justifica.

Y cegados los hombres y las mujeres por sí mismos, siguen cayendo en la trampa; y cuando les falta nobleza para encontrar salida, se arrancan el Corazón y lo ponen para puntal del Matrimonio.

Un fruto espléndido: el adulterio

Precisamente porque la Vida es Vida, no es quietud. Somos todos los seres una doble corriente, que no cesa un momento, de entradas y salidas. Bajo esta permanencia aparente de las formas, la materia y la energía —dos modalidades de la misma cosa— están en perpetuo fluir, en un ir y venir sin descanso. Y así el Alma. Por eso, al sentirse herida en lo más hondo, al sentir degradado lo más noble de su naturaleza, crujió de dolor y espanto. Aún intentó contenerse en la fría unidad de su condena; pero la Vida en su fluir eterno, se impuso con razón. Así,

de la envilecedora aceptación del matrimonio —contrato y reglamentación de lo inalienable— surgió ese fruto rojo y redondo, repleto y elocuente, estupendo y prometedor: el adulterio. Es la protesta natural y humana contra la traba pesada a lo alado e imponderable; y reivindica, como una carcajada fresca, entre burlona y honrada, el pleno derecho a la libertad de amar, el desbordamiento sobre todos los cauces artificiales, de la evolución de la personalidad. He aquí, como una consecuencia del olvido del verdadero ser de Eros y el Hombre, este doble crimen de la mísera vida diaria; la convivencia fría o la caricia instintiva y aislada sobre la Carne muda; y el abandono culpable y miedoso del Sentimiento, valor universal. En suma, amor que no es Amor.

La mujer en defensa

Cuando hubo perdido su lozanía graciosa de lirio enhiesto, la mujer, estrictamente monógama por imposición junto al hombre esencialmente polígamo por naturaleza y sinceridad cuidadosamente mantenidas, se dio cuenta de un hecho: la Propiedad. La Casa se cerraba como una boca ansiosa y había en ella mucho que hacer. La realidad económica enteró a la mujer, completamente ignorante ya del ingenuo placer de la vida primitiva, de que la Casa la excluía de todas las tareas de producción, de todos los trabajos públicos que dan derecho a la subsistencia. Ésta le venía por medio del hombre a quien rendía sus servicios privados, incluso los sexuales; y se defendió en su nueva posición, preocupándose de afianzar los lazos que la unían al hombre.

Este hombre es mío y yo soy suya, dijo. La Propiedad encogió su picuda nariz de usurero, guiñó los repugnantes ojos y todos los regímenes de opresión aumentaron la cifra de sus víctimas.

Fue la venta de la Conciencia, de la Libertad, de la Espontaneidad, por la Irresponsabilidad y la negativa a producir.

Hacia el Buen Amor

Mujer, si quieres recobrar la dignidad perdida; si quieres hallar un sol nuevo en este sol, tan antiguo; si quieres sentir el renacimiento de tu alma y la gracia singular de encontrarte a ti misma, asciende por la escalera amorosa merced a tu superación. Multiplica tu capacidad de amor, mujer, pero...

Piensa que el sentirlo ni te da derecho sobre nadie ni te hace objeto de propiedad.

Piensa que por muy grande que sean la pasión del placer y el placer de la pasión, no deben arrastrarte en su torrente, y que si en una hora gloriosa puedes dejar en extravío tus sentidos, jamás debes perder tu voluntad.

Piensa que el hombre amado tiene su alma, sus ideas, sus intereses, su personalidad, en fin, que sólo en algunos puntos coincidirá con la tuya; pero que la más perfecta coincidencia no supone absorción del uno por el otro.

Piensa que es inmoral permanecer en vida común e íntima cuando no existe una floreciente ilusión, una palpitante Ansiedad, un dulce y sereno Buen Amor, aun cuando se hayan hecho mil propósitos y se hayan creado mil ligaduras.

Piensa que el hijo no es tampoco, ni debe ser, razón de comunidad amorosa cuando ya no hay amor; que se le puede amar, cuidar, instruir, proteger, educar, sin servirse de él como pretexto para la más repugnante de las mentiras.

Piensa que por él no se debe mentir; que precisamente por él se debe ser noble, sincero, valeroso, con un alma y una acción paralelas,

con una fe y una actitud acordes; que hay que sentir y hacer la verdad para poder enseñársela.

Piensa que para llegar al Buen Amor hay que aprender a trabajar, a sentir dulce y rectamente, a tener aspiraciones, a mover la inteligencia, profundamente inquieta, hacia el Bien...

¡Amor Libre!

Y entonces, mujer, apasionadamente enamorada, no pidas nada por tu amor. Gránalo, como la vid; florécelo, como el rosal; levántalo, como el eucaliptus; sin preguntar nada, sin pedir nada para el mañana.

Ni la vid, ni el rosal, ni el eucaliptus, antes de granarse, antes de florecerse, antes de levantarse, piden un jardinero que les atienda; ni exigen promesa de que el sol no ha de agostarlos, ni el viento ha de quebrar sus tallos, ni el agua impetuosa ha de ahogar sus yemas. Ellos son generosos y cuando uno de ellos perece, muchos más nacen a la vida. Ama, ama, pero que ni los brazos te sirvan de ligadura, sino de corona. Deja que todo vaya y venga; y tú, sonrío siempre, tenaz buscadora de todas las alegrías terrenas. Sonrío siempre, ligera y sentimental, dulce y reflectiva, a través del olvido, del desprecio, de la crítica. Esfuerza tu creación, lanza a la Vida un nuevo módulo para estimación de tu sexo. La Vida está harta ya de la Mujer-esposa, pesada, demasiado eterna, que ha perdido las alas y el gusto por lo deliciosamente pequeño y por lo noblemente grande; está harta de la Mujer-prostituta, a la que ya no queda sino la raíz escuetamente animal, está harta de la Mujer-virtud, seria, blanca, insípida, muda...

Crea el nuevo tipo; pon la sal en la Vida; el color y la llama en los besos desiguales. Ama, habla, trabaja. Comprende, ayuda, consuela.

Aprende a desaparecer y a descargar de tu presencia, y a conocer el valor del «yo» libre. Sin nada; ni por dinero, ni por paz, ni por sosiego... ¡Amor Libre!

Envío

Yo no tengo la Casa, que tira de ti como una incomprensiva e implacable garra; ni el Derecho, que te limita y te niega. Pero tengo, Amado, un carro de flores y horizonte, donde el Sol se pone por rueda cuando tú me miras.

Cuando tú me besas...

ACEPTAMOS LA TAREA DE LA HORA⁴⁷

Aquí está la voz de Mujeres Libres, de la mujer, la eterna orientadora de la gracia, la eterna trabajadora, la eterna ilusionada. Para medir el valor de la mujer tened presente siempre, que la mujer ha sido lanzada repentinamente a la lucha desde su abandono, desde su ignorancia, y que con un equipaje mal formado, ha tenido que hacer frente a todos los problemas que vosotros teníais planteados desde hace mucho tiempo y que conocéis muy bien pues formaban parte de toda vuestra vida. Pero asimismo aceptamos íntegramente sin la menor vacilación, todo lo que supone trabajar por la guerra, y aún más, por la Revolución, que es trabajar por la vida, hacia la vida.

⁴⁷ *Ruta*, n.º 19, 18 de febrero de 1937. El texto recoge su alocución en un mitin en representación de Mujeres Libres.

TODOS JUNTOS⁴⁸

Impresiones del mitin de las juventudes revolucionarias

Estaban las compañeras en la Plaza de Cataluña. Tenían una nueva sonrisa de mujeres despiertas; tenían una nueva inquietud de mujeres preocupadas.

Al fin, al fin... Las catástrofes aceleran etapas y decisiones. Las catástrofes plantean los grandes dilemas que a todo trance hay que resolver. Se pueden soportar, sin decisiones radicales, las pequeñas cosas, no por pequeñas menos trágicas, de todos los días. Pero las cosas enormes se resuelven con brutal prontitud.

Al fin; decimos, Está guerra espantosa que nos conmueve, esta guerra repugnante que nos avergüenza, ha precipitado los acontecimientos para todos, pero principalmente para la mujer.

He aquí lo sucedido. Fueron razones económicas, frías y duras e implacables razones económicas, las que sacaron a las mujeres de su órbita sosegada y estrecha. Fue la Economía, señora exigente antes, ahora y después, la que plantó a la mujer en la calle, la que la dejó deslumbrada al sol, acostumbrada como estaba a la penumbra estúpida e irracional de la casa, a la penumbra inhumana de su espíritu vacío y mudo.

En un momento, ¡ya no hubo cuna ni canción!, sino ruido de máquinas y altos edificios de cemento. Pasaban a ser recuerdos las comodidades de la casa, con su enorme ignorancia, con su absurda irresponsabilidad.

Indecisas estaban las mujeres por el brusco empujón. Indecisas, y volviendo la mirada al pasado, y enganchando del pasado sus

⁴⁸ *Tierra y Libertad*, 20 de febrero de 1937.

recuerdos y su voluntad. Con envidia, sin embargo, de las decididas. Con envidia que mal disimulaba la crítica, la burla, la calumnia a veces.

La sencilla y espontánea arrogancia de la que se basta a sí misma, causa envidia a las rezagadas. La libre disposición del tiempo, de los afectos, y de la alegría, también.

Y he aquí el espanto de la catástrofe, He aquí la rebelión militar. A las mujeres antifascistas y aún más a las que además de antifascistas son verdaderamente revolucionarias, la guerra les ha marcado un puesto, que, en paz, hubieran conquistado difícilmente.

La guerra las ha llenado de preocupaciones y de trabajos, las ha despertado del todo su voluntad y su personalidad. Las ha hecho descubrirse a sí mismas.

¡Qué gozo ver frentes de mujer, preocupadas! ¡Qué gozo ver ojos de mujer, interrogantes! Estaban las compañeras en la inmensa Plaza de Cataluña con su nueva inquietud... Eran personas ¡personas! Con una profunda visión práctica; con una extensa inteligencia natural.

Así, los que para siempre quisieron ahogar las aspiraciones proletarias, han hecho de cada mujer un obrero más que defiende sus derechos; los que para siempre quisieron imponer su cruel dictadura, han hecho de cada mujer un ser rebelde.

La catástrofe sangrienta que nos apena, ha puesto sobre las mujeres el fardo pesado y honroso de todas las responsabilidades. Hay que levantarlo y triunfar. Sin competencias. Todos juntos.

IMPERIALISMO Y GUERRA

En el principio era Inglaterra⁴⁹

Cuando, a mediados del siglo XVIII, unos cuantos Industriales, utilizando el invento de Hargreaves, fundaron en el Lancashire las primeras grandes fábricas de hilados, no pensaban de ninguna manera en fomentar una revolución internacional.

F. DELAISI: *Les contradictions du monde moderne*.

La implantación del maquinismo en Inglaterra tiene consecuencias inmediatas: la creación de una clase nueva, el proletariado, y el cambio completo de las condiciones de vida, pues la industria creciente desplaza la agricultura y la ganadería.

Estas consecuencias se prolongan y se intensifican a lo largo del siglo XIX. Inglaterra tiene para su industrialización la ventaja de poseer en abundancia combustible que daba, hasta hace poco, la supremacía a las naciones: el carbón. Y para comerciar con el exterior, Inglaterra tiene las ventajas de su situación geográfica, de sus puertos que la invitan a todos los océanos.

Como la industria inglesa aumenta más y más, los industriales van a buscar lana y algodón a países alejados, que ante las demandas crecientes se especializan en la producción: Australia, la Argentina y

⁴⁹ CNT (Toulouse), n.º 19, 20 de enero de 1945.

otros se dedican a la cría del carnero en gran escala, aprovechando las facilidades que ofrecen para ello sus extensas praderas. En Egipto, en América, en la India, las plantaciones de algodón se extienden sin cesar. Con esto, los industriales ingleses compran baratas las materias primeras y los países que las suministran compran baratos los tejidos, que ellos no pueden fabricar. Inglaterra envía sus barcos a todas partes...

Del hecho primero y comercial por el que unos países suministran materias primeras y otro fabrica y envía los productos de su fabricación, nace un lazo de unión hasta entonces inexistente: la interdependencia. Inglaterra depende de la salud de los carneros argentinos y australianos y de las cosechas de algodón egipcio, indio y americano; y los millares y millares de personas que viven de la cría del carnero y del cultivo del algodón dependen de la marcha de la industria inglesa. Pero Inglaterra se ha hecho también dependiente del exterior en cuanto a los productos alimenticios; y en estas circunstancias cuando alimentos y materias primeras han de llegar del exterior, cuando al exterior han de ir los objetos fabricados, y cuando nadie puede hacerle una concurrencia seria, pues ella ha sido la primera en industrializarse, Inglaterra es la más firme defensora del liberalismo económico.

Durante el siglo XIX otros países europeos empiezan a marchar por el mismo camino que la Gran Bretaña. Francia extiende su red ferroviaria, organiza su industria, y pronto ha de buscar, lejos también, las materias primeras que le faltan; y una vez saturado el mercado interior, países donde vender el excedente de productos fabricados. Lo mismo que Inglaterra, Francia se hace solidaria e interdependiente de los países a quienes compra y a quienes vende.

Alemania, a su vez, pone en marcha sus fábricas, y, como las anteriores, ha de dirigir sus miradas a la lejanía, en busca de compradores y de proveedores a la vez.

Así, aumentando el número de países que se industrializan, y en el interior de cada uno de ellos la cantidad de productos fabricados, cada día es más urgente la necesidad de materias primeras para la industria, de alimentos para las poblaciones y de mercados para dar salida a los resultados del trabajo...

Al finalizar el siglo XIX los barcos de todas las marinas mercantes surcan todos los mares; los ferrocarriles se adentran hasta rincones poco antes desconocidos; las mercancías se trasladan de un sitio a otro, realizando recorridos que de no estudiarlos bien parecerían caprichosos.

Por el libre juego de las fuerzas económicas el mundo es una unidad, una especie de monumento a la gloria de Adam Smith; para vestir y alimentar a un hombre varios países intervienen. Pero esta unidad choca entonces con una idea, con una representación, con un mito anterior a ella. Y el conflicto aparece ya a las gentes avisadas y gruñe claramente en las Cancillerías.

Pero esto lo veremos otro día con toda la atención que nos merecen los preliminares de una tragedia.

La nación contra el mundo⁵⁰

Los ferrocarriles, los vapores, los nuevos inventos que permiten conocer los acontecimientos de los países situados al otro lado del planeta, los efectos comerciales facilitando enormemente los cambios, los mercados reguladores, las Bolsas... El mundo es al finalizar el siglo XIX una unidad económica. La mercancía no tiene patria; el dinero tampoco. La máquina, cada día más perfecta, ha hecho la producción más abundante y de mejor calidad. La industria ha salvado obstáculos y distancias y los hombres más separados y más desconocidos dependen estrechamente de sus actividades recíprocas. Pero cuando los grupos humanos se dan cuenta de esta realidad a la que todos han contribuido fatalmente, se encuentran solicitados por dos fuerzas de sentido contrario.

A partir de la Revolución Francesa, la idea de Nación comienza a extenderse en Europa. En 1792 el suelo francés queda liberado del feudalismo y pasa a ser propiedad de todos los franceses que, por lo mismo, adquieren el deber y el derecho a su defensa. Una vez esta idea ha penetrado bien en la mente de los «ciudadanos», es posible hacer la *levée en masse*, pues ya todos tienen algo que guardar y que defender. Napoleón no hace sino aprovechar este acontecimiento que es la instauración del «servicio militar obligatorio» para extender la guerra por Europa; y sus ejércitos parten llenos de entusiasmo y de fervor nacionales. Pero los demás países quieren defenderse y comprenden que ante la avalancha necesitan ejércitos no sólo numerosos, sino también movidos por algo más que el atractivo de un salario. Y al grito de «Pueblos, sed libres», siembran en sus tierras el espíritu nacional y oponen a Napoleón ejércitos nacionales.

⁵⁰ CNT (Toulouse), n.º 20, febrero de 1945.

En 1848 el despertar de las nacionalidades se apercibe claramente en toda Europa; y cuando al finalizar el siglo la interdependencia económica se hace patente, los hombres se hallan ya sometidos al principio de las nacionalidades. El concepto de nación que vio la luz con la Revolución Francesa, ha echado raíces en el alma de los pueblos; ha modelado sus instituciones y ha hecho un mosaico de soberanías más o menos irascibles, soberbias, ambiciosas y llenas de prevenciones hacia las vecinas. La industrialización supone una fuerza centrífuga que tiende a desplazar al hombre cuando no materialmente moralmente, en cuanto dependiente y solidario de los demás y por tanto preocupado de lo lejano. Y el nacionalismo es una fuerza centrípeta que tiende a sujetar al hombre en unos límites demasiado pequeños y hostiles a lo que se extiende más afuera. Pero como la máquina no se para y como los propietarios de la máquina quieren más y más beneficios, los diversos países se encuentran ante un dilema: o renunciar a la Nación o renunciar al Mundo. Los industriales piden protección al Estado dueño del poder político y del poder militar, y esta protección se realiza en el propio país limitando la concurrencia extranjera por medio de las tarifas aduaneras que ayudan al industrial contra la enorme masa de consumidores nacionales; con las primas a la exportación, con precios especiales en los transportes y otras medidas. Desde este momento el liberalismo económico deja de serlo pues las fuerzas económicas ya no actúan solas, sino que se unen a las de la diplomacia más o menos secreta y a las de los Estados Mayores, confundiendo peligrosamente el interés particular de los capitalistas con el interés nacional.

En esta situación el dilema es claro: o renunciar a la soberanía nacional que no es sino un mito sin consistencia ninguna, revisar la idea de Nación ante la real que es la unidad del mundo, resultando de

la técnica; o no renunciar a la idea de Nación, sino agrandarla para encerrar en ella las nuevas fuerzas de la economía.

Puestos en tal trance, los hombres, dando la espalda a la realidad, cegados por sus aspiraciones nacionalistas al servicio de las cuales se ha falseado la historia, la etnografía y la lingüística, buscan la solución a sus necesidades de materias primas y de mercados en la captación de «países complementarios» y he aquí el imperialismo. Los «países complementarios», conquistados con violencia más o menos disimulada o con atrocidades sin disimulo alguno, quedan unidos a la Metrópoli según una política que varía en cada caso. Ellos constituyen las «colonias» que proveen más o menos completamente de materias primas y de alimentos y que compran los productos manufacturados de la Metrópoli. Todo un ejército de industriales, de comerciantes, de «aprovechados» de todo género, se entrega con ardor al trabajo de civilizar los pueblos inferiores incapaces de gobernarse por sí mismos.

Y lejos de Europa, en el corazón del continente africano, en el Congo, en Marruecos, en China, en varios lugares, se afrontan por primera vez los imperialismos, o sea los capitalistas; pero como estos han arrastrado tras de sí las diplomacias turbias y los siempre inquietos Estados Mayores, los encuentros intentan realizar este absurdo cuya repetición pondrá a la Humanidad en situaciones gravísimas: emplear las armas para resolver los conflictos económicos. Primeramente veremos cómo esta fusión del poder económico, lleva a la primera guerra mundial con características que por primera vez aparecen en las guerras.

LA MUJER ANTE LA LIBERTAD⁵¹

Jean Cassou⁵² y Jean Camp⁵³ han traducido al francés *Nuestra Natacha*,⁵⁴ y el público parisino ha de juzgar más o menos acertadamente la que en España decían muchos que era una obra «avanzada». Yo recuerdo la ilusión con que fui al teatro el día del estreno en Madrid. La protagonista era una mujer y su obra se anunciaba con aires revolucionarios. Es tan difícil que la mujer salga bien parada —es decir, tratada justamente— del ambiente masculino; es tan difícil que ella acierte a encontrar el gesto sincero y que los demás se den cuenta del porqué de su actitud, que siempre he sentido curiosidad ante los libros, las películas, las obras teatrales y los oradores que abordan ese tema.

Lamento tener que decir que *Nuestra Natacha* me decepcionó profundamente. Tan profundamente, que los aplausos del público irreflexivo, candoroso e impresionable ante los «lugares comunes» de la obra, herían mi sensibilidad de mujer disconforme con una sociedad que siempre nos ha tratado con violencia, y que no sabiendo cómo captarnos nos ha arrastrado desconsideradamente, sin preocuparse lo más mínimo ni de nuestros sentimientos, ni de nuestros instintos, ni de nuestras predilecciones ni de las cualidades especiales de nuestra naturaleza.

⁵¹ *CNT* (Toulouse), n.º 24, 22 de febrero de 1945.

⁵² Jean Cassou (1897-1986), escritor, crítico de arte e hispanista francés.

⁵³ Jean Camp (1891-1968), dramaturgo, hispanista y traductor francés.

⁵⁴ Obra teatral en tres actos de Alejandro Casona (1903-1965), estrenada en Barcelona el 13 de noviembre de 1935 y en Madrid el 6 de febrero de 1936.

Nuestra Natacha nos muestra lo que ya no es una novedad: que los «reformatorios» han pasado a ser lugares amables, donde el psicólogo aprovecha sus conocimientos del alma humana y adquiere otros nuevos. Pero después de esa demostración de pedagogía moderna, la señorita Natacha no sabe hacer nada más. Fuera de lo aprendido en los libros, sus pies permanecen clavados en el terreno del buen orden, y ella tiene sumo cuidado en no apartarse lo más mínimo de la línea que debe seguir una mujer «decente» con arreglo al vocabulario de nuestras abuelas, que tenían en el pensamiento costras de hastío y represión y en el cuerpo costras de suciedad para la mejor conservación de su virtud anatómica. Y no quiero decir con esto que Natacha hubiera olvidado de instalar en el retiro que buscó para sus «pensionistas» al menos una ducha, ya que hizo instalar un horno, cosa innecesaria y más complicada.

Hay dos cosas que quiero hacer resaltar: la actitud de Natacha ante el embarazo extramatrimonial y su reacción ante el amor.

Cuando el médico descubre el embarazo de la «pensionista» a quien unos señoritos desconocidos emborrachan para divertirse con menos resistencia, las señoritas del Patronato se escandalizan y arremeten contra la muchacha que yace, desvanecida, en su lecho. Y Natacha, con sus airecitos de reformadora «avanzada», dice que la CULPA no es de la pobre niña, sino de los señoritos sin vergüenza, a los cuales dedica unos párrafos escritos indudablemente con el pensamiento puesto en la galería... la cual corresponde a tantos desvelos con los aplausos consiguientes. Es decir, que la buena Natacha, tal vez sin querer, quizás obedeciendo a ese amasijo de cosas del pasado cuyo sedimento nos gobierna, reconoce una CULPA en el embarazo extramatrimonial; y como la muchacha no ha dado su consentimiento, se la carga a los señoritos ociosos y sin vergüenza que en esta ocasión son verdaderamente culpables. Pero hay que pensar que si la muchacha

hubiera concebido en estado de lucidez y sabiendo, por tanto, lo que hacía, Natacha, de acuerdo con su idea de CULPA, la hubiera amonestado muy seriamente y hubiera participado de esa contradicción por la que la maternidad unas veces deshonra y otras ennoblece a la mujer, sin pararse nunca en el justo medio de la serenidad biológica, cuyas leyes no entrañan ni honra ni deshonra en su cumplimiento.

Naturalmente que con esta mentalidad Natacha no puede reaccionar ante el amor más que con arreglo a la más estricta y rancia moral que exige que el novio espere hasta el día de la ceremonia... entreteniéndose muchas veces en atrapar sífilis y ladillas. Ella tiene que trabajar y se casará cuando haya terminado su obra. De donde deducimos dos cosas: el amor bien ordenadito dentro del matrimonio, como Dios manda, y la incompatibilidad, para la mujer, entre este perfecto estado y la actividad exterior. Si añadimos el idilio que se desarrolla en el seno de la pequeña comunidad y que acaba, ¡quién podría dudarlo!, en la boda reglamentaria, el ramillete revolucionario queda terminado.

He aquí lo que van a recibir los franceses como exponente de lo que quiere y busca la Nueva España.

Y no quiero extenderme más. Hace años que no había tratado particularmente el problema femenino, por considerarlo englobado lógicamente en el de la emancipación de los oprimidos y explotados. Pero como a un viejo manjar vuelvo a encontrarle el gusto; y creo que ante su atractivo siempre nuevo y actual, merece la pena de que lo reanude una vez más y con más detalle.

**EL PROFUNDO SENTIDO DE LA
FRONTERA**⁵⁵

El cambio es señal de vida y condición imprescindible para ella. La biología nos muestra que los maravillosos y callados procesos que constituyen las diversas fases del desarrollo individual en todo ser vivo, así como la continuidad de su existencia, se traducen en una serie de cambios con el medio ambiente del cual dependen. Las grandes funciones orgánicas que todo el mundo conoce —respiración, nutrición y otras— no son sino la captación por parte del individuo de las sustancias que necesita —sólidas, líquidas o gases— y la vuelta al exterior de sustancias en vías de eliminación. De suerte que el mundo mineral aparece como el gran depósito de donde se toman los átomos y vuelven, cuya combinación da realidad a las múltiples formas con que la vida se presenta.

Pero más alto aún, escalando manifestaciones más especializadas, emanaciones de ese «algo» específicamente humano cuya realidad y empuje constituyen las diversas civilizaciones, nos encontramos también con el «cambio» como signo y condición vital. La ciencia y la técnica progresan porque realizan normalmente el intercambio de ideas y descubrimientos como de resultados. El arte y la filosofía suponen igualmente un intercambio constante de ideas, de creaciones de la mente, de conclusiones y de inquietudes. El progreso humano se

⁵⁵ *Boletín Interior de la CNT*, n.º 19, 9 de agosto de 1945.

detendría si de un lado a otro no cruzasen el mundo esas corrientes invisibles e imprescindibles y si cada genio no pudiera recoger y sintetizar la creación larga y penosa que sus hermanos esparcidos por todo el mundo ofrecen a su anhelo productor.

Y, económicamente, el cambio sigue siendo condición necesaria para subsistir e indicio revelador de vida normal. El hombre, ya dependiente del exterior como ser vivo, acusa una mayor dependencia como integrante sociable, para quien el aislamiento es la muerte. Esta dependencia del hombre con respecto al grupo que le engloba, es un intercambio de servicios; y su videncia es clara para el niño, el enfermo, el inválido y el viejo.

Pero el intercambio, señal y condición de toda manifestación vital, se injerta sobre el soporte de las relaciones individuales; pues en suma, no hay otra cosa en la vida, y toda su trama puede descomponerse en este hecho elemental y revelador.

Si los sabios, los investigadores, los pensadores, los artistas, los trabajadores intercambian constantemente sus aspiraciones y sus conquistas, sus hipótesis y sus conclusiones, sus interpretaciones y sus normas, es porque una sociabilidad natural y poderosa los mueve; es porque una sociedad INTERNACIONAL existe esparcida en diversos países, entre diversas razas, palpitando por surgir a la superficie de las conciencias y de la vida institucional. Es porque la evidencia de la sociedad internacional está en todo, contra las equivocaciones y las maldades de los hombres, contra los egoísmos y los intereses, contra los viejos principios que resisten a la revisión, contra las normas vacilantes, porque si el poder aún las sostiene, la ética ya no las reconoce. Ahí está la gran potencia de la sociedad internacional, burlándose de las nacionalidades, de los ejércitos, de las divisiones políticas.

Y de la misma manera que en el individuo, la superficie que le separa del medio es aquella a través de la cual se realizan los cambios

—piel, pulmón, intestino— por lo que en realidad no es superficie que separa, sino que une; de la misma manera que las divergencias entre tendencias filosóficas, escuelas artísticas, géneros literarios, estimulan el intercambio y la síntesis creadora, así las divisorias artificialmente trazadas entre los pueblos, son los órganos de unión, los lugares de intercambio: las fronteras. Élisée Reclus dice que el río dejó de ser divisoria entre los hombres, para unirlos de varias maneras. La frontera es el sitio de comunicación entre los pueblos, el lugar donde éstos cambian sus mercancías, por donde los individuos se trasladan. No es un muro, sino una puerta en la que normalmente se realiza ese signo y esa condición vital a que nos referimos.

Cuando los intercambios del ser vivo se alteran, éste pasa del estado de salud al de enfermedad; cuando los intercambios y la circulación a través de la frontera se alteran, los pueblos se hallan en grave peligro. De otro modo: en tiempo normal, las relaciones a través de la frontera son individuales, y eso es la paz; pero si dichas relaciones pasan a ser gubernamentales, la anormalidad es clara: es la guerra.

La frontera no será divisoria, sino lazo de unión entre los pueblos.

LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD⁵⁶

Cuando el hombre habla de libertad quizá no se dé cuenta de los problemas que suscita, de los recuerdos que despierta, de las fuerzas que enfrenta y compara.

La libertad supone capacidad y posibilidad de buscar placer y alegría; de obrar en sentido digno y grato; de no encontrar obstáculos a nuestros movimientos ni fuerzas que repriman los instintos y los deseos normales.

Cuando el hombre clama por la libertad casi siempre le asiste una multitud de razones respetables. Pero es necesario tener de la libertad una idea magnífica, elevada y transigente, capaz de abarcar a todos los hombres con sus concepciones distintas de la vida que atribuyen a la misma objetivos y sentidos diferentes, porque la libertad es principio y esencia de transigencia y comprensión. Y además hay que pensar en que la libertad no sólo ha encontrado trabas en el sistema capitalista, en la organización de la sociedad, sino que está esencialmente y tal vez irremediabilmente limitada por la condición natural del hombre, por las leyes naturales que han limitado por largo tiempo y estrechamente, su espacio, sus movimientos y la adquisición de conocimientos e ideas.

Nada menos libre que el hombre cuando en los comienzos de la especie se enfrenta con la naturaleza y está a merced de las inclemencias atmosféricas; sin más posibilidades para conquistar una parcela de espacio horizontal que sus pies y sus manos, amarrado a la tierra por su propio peso, sin opción para elegir su residencia que depende

⁵⁶ *Boletín Interior de la CNT*, n.º 23, 2 de septiembre de 1945.

de los recursos alimenticios naturales, del clima y de los accidentes del suelo; amenazado por los animales más fuertes que él y acorralado por el miedo.

Cuando quiere edificar ha de llevar los materiales sobre sus hombros y cuando intenta luchar contra la desgracia ha de invocar a los dioses y aplacar sus cóleras tremendas en los tiempos no evolucionados.

La invención y el empleo de la rueda, máquina sencilla que miramos con indiferencia, otorga una suma considerable de libertad al disminuir el esfuerzo, a la vez que aumenta el rendimiento del trabajo; y más tarde el hombre conduciendo al animal de tiro se nos aparece ya camino de un avance creciente.

Es el caballo de vapor el que lleva al hombre de conquista en conquista. La del espacio horizontal se realiza rápidamente y los lugares más inexplorados van cubriéndose de raíles, por los que se extienden los intercambios a la vez que la libertad va cruzando de un lado a otro territorios cada vez más extensos. El motor de explosión acaba la conquista del espacio horizontal; y el espacio vertical empieza a ser explorado cuando, resuelto el problema de la composición de fuerzas, el primer aeroplano surca los aires.

La electricidad burla la noche y amplía el sentido de la vista; como el disco de gramófono amplía el del oído a través del tiempo y el teléfono y la radio a través del espacio.

El océano une en vez de separar gracias a los cables submarinos, a los paquebotes y a las emisoras de radio. De un lado a otro de los mares. Los hombres se ofrecen productos fabricados y cosechas; se cuentan sus desgracias, se consuelan, se amenazan y se aniquilan.

Si en la carta geográfica pueden aún delimitarse los continentes, en la vida real, en las relaciones cotidianas de los hombres los

continentes han desaparecido como extensiones de tierra aisladas mutuamente y a veces hasta mutuamente ignoradas.

Porque ya nada hay aislado ni ignorado, ni en cuanto a países ni en cuanto a razas; y hasta el pensamiento se vierte y se comparte apenas nacido. Las propagandas vuelan de antena en antena, de sala de redacción en sala de redacción; las revueltas que se suceden en una ciudad despiertan ecos semejantes en mil ciudades lejanas; los caprichos de la moda enriquecen o arruinan millares de individuos en cuya existencia nadie piensa; la helada que destruye una cosecha arruga de preocupación las frentes que calculan al otro extremo del diámetro terrestre.

El hombre vuela, corre hasta el vértigo, extiende su voz como una cinta alrededor del mundo; se abre paso a través de las rocas; y las mismas leyes naturales que antes limitaban tiempo y espacio, ahora le sirven obedientes y dóciles. El principio de Arquímedes transformó el naufragio en trasatlántico, y las fuerzas misteriosas que almacenó el átomo encenderán mañana la fogata que mitigará el rigor invernal. Mejor aún, suprimirán el invierno.

Ancho camino de la libertad que el hombre ha recorrido. Y sin embargo... El problema se plantea todavía candente y cruel como si fuera nuevo, como si nada se hubiera hecho. La conquista de la libertad no se ha realizado aún.

INSULTO A LA BELLEZA⁵⁷

Los argumentos helvéticos contra la guerra han llenado volúmenes y volúmenes y han originado controversias apasionadas. La matanza organizada, calculada, recompensada, cargada de medallas y cintas, ha soportado todas las maldiciones, todas las negativas, todos los propósitos más o menos firmes. El fondo sin fondo de su entraña ha sido descubierto rudamente; completamente despojado de excusas y adornos, ha mostrado en plena luz su realidad amarga. Los filósofos, los economistas, los psicólogos, los hombres versados en ciencias sociales, han hecho ver lo que hay verdaderamente detrás de las palabras mágicas, que dan un sentido al sufrimiento humano.

Pero, ¿dónde está el hombre? ¿Qué es de la pobre figura humana, mal traída y mal llevada por todos? ¿Qué es del pobre Hombre, del Hombre verdadero, del Hombre de carne, con todas sus debilidades, sus miedos, sus cóleras impotentes, pero también con su gracia, sus brazos abiertos que sueñan con el vuelo, sus ojos brillantes que abren al misterio interior todas las bellezas del mundo de fuera? ¿Dónde está el Hombre, entre los razonamientos, las estadísticas, las pugnas, los planes, las estrategias, las materias primas, los mercados, la curva inestable de la política, los nuevos mitos que se levantan en el horizonte de las conciencias, y entre los cismas, las escisiones y el dolor?

La gracia de la figura humana puesta de pie, se ha olvidado. La belleza de sus formas y de sus proporciones, el encanto de sus gestos naturales, la delicia de sus movimientos, la elegante expresión de su

⁵⁷ CNT (Toulouse), n.º 53, 11 de abril de 1946.

cabeza cuando gira o se inclina; todo lo que el cuerpo humano tiene de noble y de hermoso, su primor y su naturalidad, han sido deformados, ignorados, llenos de barro y de ignominia.

La mano del hombre, tan dulce cuando acaricia, tan poderosa y fraternal cuando trabaja, tan mágica cuando teje collares de poemas; tan noble cuando se tiende hacia otra mano; tan expresiva siempre, tan bondadosa siempre en la paz; tan capaz; resumen y síntesis de las posibilidades de acción y realización, se ha envilecido en contacto con la muerte. Ha torcido su gesto; y sus dedos abiertos como hojas de palma se han cerrado como garfios miedosos o como garras crueles sobre el arma. La mano del hombre, esa escultora sublime, esa forjadora de sueños, yace hundida en el barro, propugnando por salir al aire, por asirse a la orilla del cráter, sin saber dónde encontrar un palmo de verdura o un guijarro. Sin sangre para posarse.

Y los brazos le siguen en su desconsuelo; esos brazos gallardos que dan la sensación de alas cuando se extienden a ambos lados de un tórax jubiloso; esos brazos humanos que cobraron belleza para enlazar al hermano o a la amante; esos brazos que se expresan a compás de la palabra, que atienden y reciben... Los brazos humanos han usado sus músculos en el manejo de las máquinas guerreras pesadas; han malgastado e infamado su fuerza hendiendo las entrañas vivas del hermano; y ahora caen como alas paralíticas y avergonzadas. Han perdido el objeto de su abrazo.

Y la cabeza humana, la corona de sentidos del Hombre, donde florecen eternamente la palabra, la sonrisa, el beso, la luz interior; esa corona de sentidos que capta el alma de las flores, y el color de las cosas y las formas, y las brisas suaves y las músicas, la cabeza humana, esa torre majestuosa y alta donde la personalidad vive y revive en el juego constante de la fisonomía, donde la nobleza y la belleza humanas tienen su mayor plasticidad, su más acabada expresión. La cabeza

del Hombre, escondida de miedo y de vergüenza entre los hombres, ha contemplado, estremecida, todos los horrores; ha escuchado los clamores y los murmullos; se ha pegado al fango, a la tierra destripada, al cadáver aún caliente; y cuando ha surgido la luz, vacilando, sin saber qué nuevo espanto le aguardaba: el crimen sin nombre la había marcado para siempre y la cicatriz afrentosa proclamaba su prostitución y su cobardía de haberse entregado a los asesinos.

Esa figura humana que se armoniza con el paisaje completándolo y dándole nuevo valor, ha estado en fraternidad con las orugas blandas y repugnantes que se arrastran por el suelo; esa suave piel humana que se hizo para el contacto dulce, sabe de todas las manchas, de todos los desgarros y de todos los temblores.

Y sobre todo, el gracioso cuerpo femenino; el ánfora creadora de la mujer cuya curva sólo con placer y con respeto puede ser tratada rectamente, ¡qué abismo abrió para enterrar si viva dignidad y su viva belleza debajo del uniforme militar... ¡Toda su potencia de vida, toda su alteza de creadora, toda su misión de amante se pierde en la más negra de las vilezas! En vez de atraer a sí la cabeza masculina y devolverle el encanto perdido, compartió con ella la fealdad triste de la máscara antigás. En vez de retener al amante y de enseñarle de nuevo el valor infinito de un fruto que comienza a madurar, compartió con él la vida infrahumana del cuartel, se sumó al asesinato, a la propaganda y a la mentira; tomó partido por una nueva palabra vacía y creyendo o sin creer, lanzó un puñado más de barro a la Belleza.

Apenas puede reconocerse en el Hombre que pugna por levantarse la gracia serena e infinita que los clásicos antiguos adornaron con los sencillos pliegues verticales de las túnicas; o con las ondas divinas con que el viento extiende las vestiduras.

Apenas puede reconocerse en el Hombre angustiado, prostituido, desequilibrado y engañado de la postguerra, el Hombre lleno

de calma y majestad, repartiendo como pan sabroso su ciencia, su filosofía o su trabajo; el Hombre de la sonrisa bondadosa y de la fuerza discreta; el Hombre que parecía una promesa magnífica sobre el cielo azul de la Primavera.

La Belleza, regla eterna, alma y cuerpo, ha recibido una injuria más.

EL DOMINIO DE LA LEYENDA Y LA CUESTIÓN SEXUAL⁵⁸

I

Los seres vivos se perfeccionan en la medida que se diferencian; la personalidad adquiere nuevas particularidades que la distinguen más y más en la medida que su evolución y su formación son más acabadas; el nivel de vida en el mundo entero se ha elevado con esta diferenciación que es la división del trabajo, la especialización, cuyos efectos revolucionarios han de alcanzar aún a varias generaciones. Diferenciación o especialización y progreso marchan paralelamente. Por eso encontramos en el origen de las variadas especialidades científicas actuales un número de tradiciones comunes que contienen partículas de verdad. En el principio la medicina, la magia y la religión se confunden en las mismas creencias, en los mismos ritos, en los mismos «tabús», como el médico, el hechicero y el sacerdote se confunden en la misma persona. Es una labor lenta, de siglos, y que no siempre ha transcurrido en calma, la que separa del tronco común y original las diversas ramas.

La labor dista de estar acabada. Al lado de los asombrosos resultados de una técnica que resume innumerables esfuerzos y no menos angustias, ansiedades, ilusiones, fracasos, vemos aún florecer ritos que a primera vista hacen reír. Eso que se llama «supersticiones»

⁵⁸ *Universo*, Toulouse, n.º 8, 1947. Reproducido en *Mujeres Libres*, Londres, n.º 37, abril-mayo-junio de 1974.

cuyas raíces se prolongan a lo largo del tiempo pasado; prácticas que dejan al observador reflexivo sumido en un ensueño evocador. En esta sociedad moderna las más viejas tradiciones tienen aún creyentes convencidos. La inteligencia humana no reconoce, a veces, el largo trazo que nos une a los que desaparecieron hace siglos; pero el trazo está vivo y perenne y los que más se creen evolucionados y libres obran obedeciendo a principios que dicen despreciar o combatir y cuyo origen no se molestan en investigar.

No encontramos mucha diferencia entre el católico de buena fe, creyendo todavía en la concepción de Jesús «no por obra de varón», y los hombres que aceptaban las «verdades» de la mitología, y hacían salir a Minerva del cráneo de Júpiter, gracias a un hachazo de Hermes; ni de cuantos transmitían ese bello y simbólico motivo por el que Júpiter, transformado en lluvia de oro, o en cisne, visitaba y fecundaba a sus amantes.

Las medidas que permiten la obtención de un feto masculino o femenino, a voluntad de los progenitores, pasan por la fisiología y la patología comparadas, por los estudios y descubrimientos de Mendel, por la observación constante y acertada de hechos fortuitos, para remontar a los antiquísimos principios de la ciencia china y a obras de filosofía indias cuyo origen parece situarse a millones de años antes de la era cristiana...

Y si en la India brahmánica se creía que el nacimiento de un hijo varón libraba al padre de la permanencia en los infiernos, no es menos verdad que en la actualidad, un gran número de veces, el nacimiento de una niña es considerado como un acontecimiento «menos feliz»...

Aquellos que se burlan del empleo de medallas, estampas, mantos y cinturas de vírgenes, objetos todos que pasan por acelerar el trabajo del parto y hacerlo menos penoso, ignoran u olvidan que la sugestión ejerce una acción probada sobre órganos y funciones

independientes de la voluntad y que los modernos métodos de analgesia obstétrica no son sino los nietos o los biznietos de las fricciones practicadas por ciertas tribus africanas, los masajes de los Annamitas, los nidos de golondrinas que, durante el siglo V, se disolvían en aceite y se aplicaban en la región lumbar así como de una serie de prácticas cuya sola enumeración sobrepasaría enormemente los límites de un artículo.

Del mismo modo, el «parto eléctrico» actual trae a la memoria el empleo de los imanes en el siglo XII asociado a un collar de coral; y más tarde espolvoreado de casco de caballo o de asno.

En el primer año de exilio, yo he sido consultada por una muchacha cuya virginidad he comprobado y que tenía miedo de quedar embarazada lavando calzoncillos masculinos. El caso me recordó el que relata un médico francés acerca de una joven de 18 años que creía firmemente que la concepción no es posible a pesar del coito, si no se duerme en el mismo lecho que el hombre. Tales ideas tienen un íntimo parentesco con las de la Edad Media, cuando las comadronas juraban ante los tribunales que bastaba soñar con el marido ausente para que la concepción tuviera lugar. Y con los «íncubos» que podían fecundar a las mujeres por medio de ensueños más o menos obscenos...

Como hemos dicho al comienzo, el trabajo es largo y penoso. Así como hace falta tiempo y esfuerzo para separar un mineral metálico de su ganga, así se van aislando lentamente las partículas de verdad que contienen las viejas tradiciones, los antiguos símbolos, las creencias que en otro tiempo todos profesaron y que aún influyen muy a su pesar en el alma y las decisiones de tantos hombres.

En verdad, la sociedad de los vivos no es más que un eslabón uniendo los que fueron a los que vendrán. Y los miles y millones de años transcurridos, si bien han dado al hombre triunfos y poderes insospechados, himnos a su gloria y homenaje a su genio, no han logrado,

de ninguna manera, romper la continuidad humana y el orgullo de la técnica moderna no nos impide sentirnos cerca, muchas veces, de aquellos antepasados de cuyas «supersticiones» sonreímos a veces muy ligeramente.

Pero dejándolos con respeto a un lado, después de haberlos recordado cariñosamente como a viejos familiares, seleccionaremos en sucesivos artículos, tres o cuatro temas importantes de la «cuestión sexual» y los pondremos «al día», procurando resumir claramente sus fundamentos científicos.

LA DETERMINACIÓN DEL SEXO⁵⁹

II

La atención del hombre ha sido siempre atraída por el problema de la determinación del sexo. El deseo no sólo de conocer las razones que hacen evolucionar el óvulo fecundado en sentido masculino o femenino, sino de poder dominar los factores una vez conocidos, de poderlos dosificar, combinar a voluntad, es viejo, viejísimo y obedece no solamente a la curiosidad, madre del genio científico y patente

⁵⁹ *Universo*, Toulouse, n.º 9, 1948. Colocamos este artículo aquí porque creemos que pertenecen a la misma serie que el anterior, que constaría de cuatro, aunque no hemos conseguido el tercero y del cuarto sólo la primera página, que incluimos.

contra la estupidez, sino a motivos religiosos, económicos o simplemente de gusto personal.

Ritos y prácticas de la más remota antigüedad se desenvuelven en relación con este problema: unas veces porque el hijo varón es necesario para que el padre goce de las delicias celestes, y porque la esposa puede ser repudiada al cabo de un número de años si no ha dado descendencia masculina, como en la India brahmánica; otras veces por razones de Estado más o menos imperiosas, como es el caso de ciertos soberanos en espera de un heredero del trono. La agricultura y la crianza de animales en gran escala se interesan también por la cuestión desde el punto de vista de su provecho. Las razones de gusto personal las encontramos todos los días, más o menos mezcladas con razones de interés o con influencias de tipo social y moral, como son los casos de los padres que prefieren los hijos varones, porque como todo les está permitido, dan menos disgustos; o porque siendo el trabajo productivo normal en el varón desean y esperan una ayuda del hijo futuro.

La Ciencia ha recogido las viejas prácticas y las tradiciones que los hombres transmitían sin conocer el fundamento biológico; y no sólo se ha descubierto este fundamento sino que ha sido el punto de partida de numerosos y fructíferos estudios.

No haremos más que recordar de paso aquellas ideas desmentidas por los hechos que atribuían a un testículo y a un ovario la producción de células germinales masculinas y a los otros testículo y ovario la producción de células femeninas.

De Graaf⁶⁰ creía que el útero estaba dividido interiormente en siete compartimentos: tres a la derecha, tres a la izquierda y uno en el

⁶⁰ Regnier de Graaf (1641-1673), médico y anatomista neerlandés que realizó descubrimientos clave en la biología reproductiva.

centro. El sexo dependería del lugar en que el huevo fecundado iría a implantarse.

Las influencias que pueden ejercerse sobre los gérmenes pueden ser de orden externo y de orden interno. En los animales vivíparos, el organismo materno constituye un medio especial a través del cual actúan los factores externos y que pueden influir por sí mismos en la producción de un sexo determinado.

Hay un grupo de doctrinas que tienen cuenta principal sino exclusivamente con las células como unidad orgánica, con sus partes diversas, su constitución química, etc... Otras doctrinas, más modernas en su interpretación de los hechos, aunque viejas en el fondo de las prácticas sancionadas por el éxito y la observación, atribuyen un gran papel, quizás preponderante, a la dinámica o manera de funcionar, al movimiento, en suma, y a las fuerzas que relacionan entre sí todos los seres orgánicos e inorgánicos, a las radiaciones, por medio de las cuales todo lo existente se influencia mutua y recíprocamente.

El famoso cromosoma X pertenece a la época de preponderancia histológica y su presencia o ausencia en los espermatozoides dividiría a éstos en dos categorías: unos con cromosoma X capaces de producir por la fecundación un embrión femenino y otros sin cromosoma X que producirían un embrión masculino. La explicación para la especie humana puede resumirse brevemente: La mujer está formada por células que contienen 48 cromosomas de los cuales 46 son cromosomas que pudiéramos llamar ordinarios (alomas) y dos cromosomas X mientras que las células que componen el hombre tendrían 46 cromosomas ordinarios y un solo cromosoma X.

Como el óvulo en el proceso de maduración pierde la mitad de sus cromosomas, mitad que le aporta el espermatozoide después de su maduración correspondiente, depende de este segundo germen el sexo del embrión, ya que si se trata de un espermatozoide con

cromosoma x el óvulo fecundado tendrá dos de éstos y dará lugar a una hembra y a un embrión masculino en el caso contrario.

Esta teoría muy en boga durante cierto tiempo no ha sido confirmada.

Veremos rápidamente las principales influencias externas, reservando para un posterior artículo las de carácter interno así como la interpretación de unas y otras.

La temperatura influye sobre la producción del sexo y en la especie humana se observa un aumento del número de nacimientos masculinos correspondiendo a las concepciones en meses de frío.

La orientación tiene también su importancia. El organismo humano y el de los animales no reaccionan de igual manera ni oponen igual resistencia a la corriente eléctrica cuando miran al N. o a otro de los puntos cardinales. Así como para dormir la mejor posición es cabeza al N. y pies al S.; la posición más favorable a la actividad es de cara al O. La influencia de la orientación sobre el sexo del producto de la concepción, se conoce en muchos lugares y se hace aplicación de la misma en granjas donde se construyen con estacas pasillos cuidadosamente orientados de E. a O. y donde se lleven las hembras a ser fecundadas colocándolas con la cabeza hacia uno u otro de los puntos cardinales según se desee descendencia femenina o masculina.

La luna parece tener también su influencia y esta es probada sobre los movimientos de la savia y otros hechos de la agricultura.

Refiriéndonos al hombre, el feto será masculino si ha sido concebido durante la Luna nueva y femenino si la concepción ha tenido lugar durante la Luna llena.

Los colores ejercen indudablemente una influencia que no se conoce bien aún; pero experiencias hay que la prueban y el sexo de huevos de ciertos insectos, han podido modificarse haciendo actuar este factor.

Igualmente se ha atribuido a los vientos de distinta proveniencia una influencia sobre la determinación del sexo y en tiempos pasados algunos campesinos hacían fecundar las ovejas cuando soplaban viento N. para obtener machos.

Estos factores externos actúan todos enérgicamente y modificando el estado de nutrición de las células.

El organismo humano es muy sensible a influencias hasta hace muy poco despreciadas; la presión arterial, la composición de la sangre, los reflejos viscerales, cambian la orientación, es decir con el sentido en que el cuerpo es atravesado por las fuerzas del magnetismo terrestre.

Las «manchas solares» que producen perturbaciones en dicho magnetismo, cambian la ionización del aire y ejercen también una acción no tan estudiada como merece, sobre todos los organismos. El hombre reactivo delicado a todas las variaciones del exterior, expresa consciente o inconscientemente los cambios realizados. Y actualmente está demostrada la «polaridad humana» que cambia con el sexo: el hombre es positivo a la derecha y negativo a la izquierda y la mujer al contrario.

IV

Después de haber visto muy someramente algunos de los factores internos y externos que influyen en la determinación del sexo, terminaremos nuestra serie de artículos con unos cuantos consejos prácticos destinados a los procreadores que deseen obtener niña o niño a voluntad. Cada uno de estos consejos irá seguido de un razonamiento breve, ya que la razón de muchos de ellos queda explicada en artículos anteriores.

Las medidas que hay que tomar para procrear a voluntad individuos de uno u otro sexo, comprenden dos grupos: precauciones que deben seguirse durante tres o cuatro meses antes de la concepción, y precauciones en la época de la concepción.

Precauciones anteriores a la concepción

EJERCICIO. —Desplegar gran actividad cuando se desea un niño; evitar la fatiga cuando se desea una niña. El hecho está en relación con las reservas nutritiva, pues la gran actividad física impide la acumulación de reservas (niño), mientras que el reposo favorece la acumulación de reservas (niña).

Por la misma razón, para procrear un ser del uno u otro sexo hay que prestar atención a la *alimentación*, usando azúcar, pasteles, cremas, flanes, galletas, huevos y demás alimentos que hacen engordar (niña), o absteniéndose de ellos (niño), a la vez que se restringen las bebidas, suprimiéndolas en las comidas, y que se limita cuidadosamente la cantidad de pan y se le consume tostado.

La *acidificación* del organismo es favorable a la procreación de las niñas, y puede obtenerse por medio del ácido fosfórico tomado en gotas (8 o 10) antes de las comidas...⁶¹

⁶¹ Aquí termina la parte del artículo a la que hemos tenido acceso.

VALOR DEL PRINCIPIO INDIVIDUALISTA⁶²

Arthur Koestler, en su tan propagada obra *El cero y el infinito*,⁶³ plantea el problema que turba muchas inteligencias. Se trata de decidir si el individuo vale y merece respeto y consideración por sí mismo, por algo peculiar, particular, «individual» o si, por el contrario, no es estimable y tenido en cuenta que como miembro de la Humanidad.

La cuestión, algo empequeñecida, se ve surgir doquiera la observación se fije; hay una tendencia alarmante a supeditar cada vez más el individuo al grupo, de sumergir los derechos individuales en una cantidad creciente de deberes hacia la colectividad y de ahogar, en nombre de ésta, el espíritu crítico, el espíritu de independencia, el gusto del riesgo y el ánimo emprendedor.

Con todas estas cualidades quedan abatidas otras no menos preciosas, como la confianza en sí mismo, y ese temple que no cede ni se deprime ante las contrariedades... No se ve, sin embargo, de qué manera una colectividad puede ser libre si está compuesta de individuos limitados por todas partes; ni qué potencia creadora alcanzará el pensamiento de la primera si sus elementos reciben las opiniones hechas, carecen de medios para tener ideas propias y no son dueños de sentir una oposición ni de manifestarla...

⁶² *Cémit*, n.º 137, mayo de 1962.

⁶³ La edición más reciente en castellano es la de Debolsillo, 2021. Traducción de Eugenia Serrano Balanyà.

Con frecuencia se olvidan dos cosas elementales: una, que cuanto más poderoso es un grupo humano, más difícil es un acuerdo, a no ser en asuntos inmediatos y concretos; otra, que el acuerdo es también tanto más difícil cuanto más evolucionada y robusta es la personalidad, cuanto más acabada y completa es su formación. Los fines individuales son y serán siempre innumerables; podrán acallarse por el terror o por otras circunstancias que los reduzcan a silencio momentáneamente; pero no dejarán de existir nunca y su realización, más o menos perfecta o aproximada, es lo que da la sensación de felicidad. Esta es, pues, algo subjetivo y muy difícil de elaborar, ni siquiera aproximadamente, si no es por el mismo sujeto. Nunca parece más acertada que cuando se piensa en esto, aquella imagen por la que los individuos de distinto temperamento se comparan a personas que habitaran a los dos lados de un abismo infranqueable. Sólo de una manera aproximada, y aun en individuos afines por su constitución y manera de reaccionar, puede uno formarse idea de las emociones ajenas, de las cadenas de razonamientos, de las intuiciones, de los impulsos. Jamás un individuo de carácter tranquilo, un flemático, podrá comprender un emotivo y a la inversa; como un hombre sin curiosidad y de espíritu rutinario no podrá nunca explicarse el investigador incansable, siempre inquieto y curioso.

La felicidad, como la justicia, supone la diversidad y sólo puede alcanzarse... relativamente, cuando el individuo conquista más y más su autonomía y cada vez en nuevos sectores de actividad.

El camino es el mismo que conduce a la magnífica eclosión de las ciencias y las artes, al acrecentamiento de la belleza en el mundo. La «multitud» tiene miedo u odio a la verdad; y la supeditación de la individualidad humana al grupo detiene, aunque sea pasajera, la marcha triunfal del Hombre.

Cuando el individuo no tiene defensa contra el poder arbitrario, se producen los casos que todos conocemos: Galileo encerrado entre tinieblas por querer estudiar el cielo; Semmelweis calumniado, perseguido por su propio maestro por sostener que la desinfección previa de las manos que intervienen disminuye la frecuencia de las infecciones puerperales; el inventor del teléfono en Boston detenido como estafador porque se consideraba imposible este modo de transmisión de la palabra, y porque, aunque se imaginara posible, no serviría para nada.

Tampoco se ve cómo los verdaderos valores morales podrían conservarse si la autonomía del individuo estaba de tal manera sacrificada a la colectividad que aquél no era dueño de decidir las cosas que quisiera sacrificar, a cuáles y por qué razones. Cuando el individuo observara una conducta que no obedeciera a principios generales admitidos universalmente, sino que obrase al dictado del exterior, sin capacidad de elección, las virtudes más respetables perderían todo su significado y valor. Uno y otro derivan de la libertad del individuo para decidirse, de la posibilidad que él tiene para sacrificar o no ciertos valores a otros.

Es verdad que, a veces, son muy buenas las intenciones que animan a los que mantienen firmemente el principio de soberanía de la colectividad y que no conceden valor al individuo sino como miembro de ella; pero las buenas intenciones no sirven para prejuzgar los resultados. Cuando se ha uniformado el saludo de los hombres obligando a levantar el puño, se ha abierto el camino a la uniformidad de la mano extendida; y nadie negará que el primero es anterior cronológicamente al segundo. Cuando se organizaron adolescentes y jóvenes uniformándolos en cuerpo y alma, no se hacía más que preparar el advenimiento de las «balillas» y de las juventudes hitlerianas.

El principio colectivista deformado tiene esto de peligroso; que arrebatando al hombre sus particularidades individuales, atropellando la esencia peculiar a «cada uno», crea una mentalidad que se nutre de consignas y propaganda, que pierde el saludable hábito de la decisión individual, de la crítica y de la confianza en sí y es presa fácil para cualquier extravío o aun para, siguiendo una lógica implacable, acabar con los tesoros espirituales que pretende defender.

LA VIDA Y LOS LIBROS⁶⁴

«LAS CANCIONES DE BILITIS», POR PIERRE LOUÏS

Pierre Louÿs ha escrito, con ese título, un libro sencillo y encantador, dispensador de reposo, de naturalidad terrena y de gozo íntimo. Quiero fervientemente creer en la poetisa, hija de padre griego y de madre fenicia, en la verdad de su carne sincera, jubilosa y amante; en esa delicadeza instintiva con que cesa de cantar, a veces, dejando episodios sin desenlace alguno.

Pierre Louÿs dedica el libro —respetuosamente, dice— a las muchachas jóvenes de la sociedad futura. Yo espero, tal vez sin razón, que en la sociedad futura, Bilitis podrá tener un gran número de amigos que la comprendan y la amen a través de los siglos. Porque, en la sociedad actual, sus canciones deliciosas no pueden, sino raramente, encontrar el eco y el comentario merecidos. Hay una diferencia incalculable entre la época de Bilitis en que el amor en cualquiera de sus manifestaciones era santo y natural, y la nuestra, en que el amor es reglamento, o deber, o broma u obscenidad, y la pura, por la introducción de un elemento social en un asunto personal y privado.

La infancia de Bilitis y su adolescencia, comprenden cuarenta y seis pequeños poemas, a cuál más hermoso. Lo que más choca al ser humano actual es la naturalidad con que las cosas se dicen, y la exactitud sencilla de las descripciones. «La naturaleza no tiene moral», ha escrito Rémy de Gourmont en uno de sus libros; y las canciones de la

⁶⁴ *Cémit*, n.º 158, mayo-junio de 1964.

primera parte titulada «Bucólicas en Panfilia», son la naturaleza misma aceptada con un gozo ingenuo.

Todo en esta naturaleza que se ofrece, es amable; Bilitis cuida, al marchar después «de una lluvia fina que ha mojado todas las cosas», de no hacer daño a los escarabajos que atraviesan el camino por entre los charcos y de no espantar al lagarto dorado que se estira al sol.

Con la misma naturalidad con que se baña sola «en el río del bosque» y con que, en compañía de otras muchachas de «cabello violeta», danza sobre la hierba blanda, establece comparaciones de su belleza púber con la de sus amigas. Los primeros deseos han inspirado poemas preciosos, como «La recién casada», «Las confidencias», «Ofrenda a la diosa», «La amiga complaciente».

Bilitis canta su primer amor, Lykas, un joven pastor —pobre, dice ella— que su madre no quiere como pretendiente. La poetisa, recluida por el mal tiempo en el gineceo, promete a la rueca con que hila, que será él quien la tome el día de sus bodas o este día no llegará.

Y ese día llega, después de ternuras delicadas descritas en «La cabellera» y «La copa».

El día de bodas de Bilitis es, como todo en ella, aceptación jubilosa de la marcha natural de las cosas. Ella se siente presa en la tierra, formando parte del ciego mecanismo universal. Las bodas de Bilitis tienen lugar en medio del bosque, sin que ella vea ni la tierra ni los árboles, sino la luz de los ojos amantes; sin que la acción trascienda socialmente, cambiándose en obscenidad. Todo es pura inocencia, candor inimitable incluso cuando dice:

Amor mío, tómame como soy: sin vestidos ni joyas, ni calzado. He aquí Bilitis sola. Tómame como mi madre me hizo durante una lejana noche de amor; y si no te gusto así. no dejes de decírmelo.

El amor, comportando siempre el testimonio de los sentidos, no puede ser eterno. El de Bilitis se hace, finalmente, desgraciado, y entonces deja de cantarlo.

Cincuenta y dos canciones componen la segunda parte que lleva por título «Elegías en Mitilene», más bellos y sinceros que los de Panfilia. Las Elegías cantan el amor lesbiano, la homosexualidad femenina, y no como curiosidad viciosa, ni como pasión verdadera capaz de llevar a los mismos excesos y tragedias que la pasión heterosexual. La filósofa existencialista Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo* da mía explicación del homosexualismo femenino; la misma que Bilitis en «Los Consejos» cuando Syllikamas dice:

...esas niñas te aman. Ellas te enseñarán lo que tú ignoras: la miel de las caricias femeninas.

El hombre es violento y perezoso... Tiene el pecho plano, la piel áspera, los cabellos rasos, los brazos velludos. Pero las mujeres son todas hermosas...

Es la misma tesis de Simone de Beauvoir: la mujer ama las cosas bellas y delicadas y desde pequeña se le ha enseñado el contacto delicioso de las sedas y los terciopelos. Nada de lo que ha aprendido a gustar se encuentra en el universo masculino donde las formas son angulosas, los movimientos bruscos y los contactos ásperos. Naturalmente, nada de esto tiene que ver con ninguna clase de moral, ese producto artificial de las colectividades humanas. No tengo más remedio que recordar la amoralidad original de la naturaleza al tratar de hacer comprender la hermosura del amor de Bilitis hacia su amiga Mnasidika, a quien dice:

Yo besaré de un extremo a otro las negras alas de tu nuca, oh, dulce pájaro, paloma prendida, cuyo corazón salta en mi mano...

Es claro que Pierre Louÿs no ha podido dedicar su libro a la sociedad actual, donde las tendencias homosexuales aun las más sinceras e inofensivas se consideran como una cosa vergonzosa y culpable y se las llama «perversiones» con un sentido de la palabra atroz y malo.

Y, sin embargo, nada en los poemas de Bilitis respira culpabilidad, ni vicio, ni perversidad de ninguna clase. Se leen las Elegías sin la menor alarma, y ésta es la gracia singular del libro y de la época que retrata: el candor y la inocencia de todo: descripciones, sentimientos, instintos. El amor lesbiano dice su nombre sin orgullo pero sin miedo también. Pobre Bilitis, naturaleza del viento, sensible a todas las influencias del mundo pagano y delicioso. Ahora, los que se creen más libres te hubieran despreciado, y, quizás, hubieran pensado que tenían derecho a suprimir tu existencia, a dejar insensible y fría la hoguera de tu carne, como si la belleza y el amor fueran tan fáciles de juzgar.

Al lado de las «Elegías», los cincuenta y siete «Epigramas en la isla de Chipre», aun siendo hermosos, tienen menor pasión; aquí la poetisa vuelve al amor heterosexual, a la «normalidad», dirían muchos. Bilitis es cortesana, una de aquellas cortesanas que la antigüedad respetaba y llenaba de consideraciones, en vez de servirse de ellas para anularlas a fuerza de crueldad y desprecio, como ahora.

Entonces Bilitis es admirada; ella describe una especie de apotheosis en el poema titulado «El triunfo de Bilitis». Sobre una carroza es paseada a través de la ciudad, desnuda y halagada:

Iba echada, las manos bajo la nuca; sólo mis pies estaban vestidos de oro, y mi cuerpo se extendía blandamente sobre el lecho de mis cabellos tibios mezclados a los frescos pétalos.

«La primavera y la carne acaban también», dice Rubén Darío en uno de sus poemas. Y, efectivamente, Bilitis termina su vida con su amor, puesto que arabas cosas se identifican en ella. Bilitis escribe «El último amante» y en las postrimerías, el recuerdo de Mnasidika, su gran amor, su amiga, la asalta todavía con fuerza extraordinaria.

Tres epitafios terminan el libro hermoso de Pierre Louÿs al que, personalmente, debo momentos de bienestar indefinible. Libro que es aliento de la tierra, clamor universal, rebeldía y victoria del amor, por sí mismo, y contra todos los artificios estúpidos y limitados de los hombres.